



Un problema

ENCANTADOR



CATHERINE BROOK

Un problema encantador.

Serie familia Allen - libro 2.º

Catherine Brook.

Contenido

[Prólogo.](#)

[Capítulo 1.](#)

[Capítulo 2.](#)

[Capítulo 3.](#)

[Capítulo 4.](#)

[Capítulo 5.](#)

[Capítulo 7.](#)

[Capítulo 8.](#)

[Capítulo 9.](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11.](#)

[Capítulo 12.](#)

[Capítulo 13.](#)

[Capítulo 14.](#)

[Capítulo 15.](#)

[Capítulo 16.](#)

[Capítulo 18.](#)

[Capítulo 19.](#)

[Capítulo 20.](#)

[Capítulo 21.](#)

[Capítulo 22.](#)

[Capítulo 23.](#)

[Epílogo.](#)

Prólogo.

Inglaterra 1820.

No era su padre.

Si a Arleth Ritter le había quedado alguna duda de que Roger Ritter, barón de Plymouth, no era su padre, fue disipada en el momento en que este le anunció, con total indiferencia, que había dado su mano en matrimonio a su vecino, el Señor Travers, quién además de tener edad suficiente para ser su abuelo, era un ser desagradable que solía verla con lascivia.

Ella siempre tuvo dudas sobre si el hombre que se proclamaba su progenitor en realidad lo era, pero ahora estaba segura de que no. Ningún padre que se preciase daba la mano en matrimonio de su única hija a alguien que no le reportaría ningún beneficio, solo quitarla de su camino. Normalmente estos buscaban obtener alguna retribución en los acuerdos de matrimonio, y este no era el caso. El señor Travers no poseía mayor fortuna que el barón, no tenía gran patrimonio, ni contactos o familiares útiles. Era un simple hacendado sin esposa ni hijos que disfrutaba observar con malicia a las jóvenes. El único beneficio que su padre obtendría de él sería que quitaría a su hija, o mejor dicho, a la que se vio obligado a criar como tal, de su camino.

Desde que tenía uso de razón, Arleth recordaba los desprecios que su progenitor les dedicaba a ella y a su madre, pero nunca llegó a comprender del todo los motivos. La baronesa siempre le decía que era un hombre con un carácter fuerte, y que lo mejor era no molestarlo. Arleth siempre le hizo caso, aunque no fue suficiente para dejar de ser blanco de su desagrado. Parecía que su sola presencia en la casa bastara para que el barón enfureciera. En una de sus borracheras le gritó que su madre era una zorra, y que ella no era su hija. Por su bien emocional, Arleth había decidido no creerle. Ahora, sin embargo, todas las pruebas habían sido puestas sobre la mesa y no había dudas al respecto.

Cómo le hubiese gustado conocer la verdad. Lástima que no hubiera tiempo ni oportunidad para eso.

Se limpió una lágrima traicionera, dobló con cuidado el último vestido sacado de su armario, y lo colocó en la improvisada bolsa de viaje. No iba a casarse con ese desagradable hombre, y no iba a quedarse ahí para ver como su padre enfurecía por su decisión.

Repasó en su cabeza que llevara todo lo que necesitaba, cogió las dos bolsas de viaje, y salió de su habitación. Un baúl hubiera podido transportar más cosas, pero no tenía manera de trasladarlo ella sola, por lo que debía conformarse con llevar lo básico, aunque no era que tuviera mucho. Su padre la consideraba un gasto innecesario y solo la surtió de lo esencial para estar decente.

Salió de la casa y lanzó una última mirada melancólica al lugar donde había crecido. A pesar de todo, tenía buenos recuerdos del sitio. Las salidas a caballo, las conversaciones con su madre frente al fuego de la chimenea. Era su casa, y puede que jamás regresara, pero debía seguir adelante. Su futuro dependía de su fuerza de voluntad para enfrentar las dificultades.

Su vestido negro, signo del luto que llevaba guardando desde hacía seis meses por la muerte de su madre, se camuflaba con la noche, por lo que no le supuso ninguna dificultad llegar hasta el establo sin ser percibida. Los mozos de caballerizas debían de estar dormidos, así que tampoco hubo inconveniente en tomar a su yegua, ensillarla, colgarle las bolsas de viaje, y montar hasta

alejarse de la hacienda.

Siguiendo un plan perfectamente trazado, Arleth atravesó sus tierras y cabalgó hasta la propiedad de los duques Newquay, donde la esperaba su apoyo.

Sus manos, tensas en un intento de controlar el nerviosismo, pusieron inquieto al caballo, pero no se detuvo hasta que llegó a su destino. Paró frente a la puerta principal y bajó del caballo. Apretó contra sí el chal para que el frío no le calara los huesos. La puerta no tardó en abrirse y la figura menuda de la joven duquesa de Newquay apareció ante sus ojos. Su cabello rubio resaltaba en la oscuridad de la noche y sus ojos verdes miraron a ambos lados como si quisiese confirmar que nadie era testigo de lo que estaba a punto de hacer.

Cuando pareció estar satisfecha, salió, tomó las riendas del caballo, y le entregó un sobre.

—El carruaje está afuera de las caballerizas. Di a los criados en Londres instrucción de recibirlo cuando lo lleves ahí. Mi esposo se ha encargado de escribir las mejores referencias sobre ti. Espero que baste para que consigas el empleo que desees. —Tomó una de sus manos, y dijo con cariño fraternal—: Muchísima suerte.

Arleth contuvo las ganas de llorar. Le dio un gran abrazo a su incondicional amiga como despedida. La duquesa de Newquay no tenía más de veintitrés años, tres más que ella, y había llegado al pueblo hacía poco más de un año, después de casarse. Arleth la había conocido por casualidad, y entre ambas se había formado una amistad que había perdurado hasta ahora. Sabía que nadie más se hubiera atrevido a ayudarla con su plan, y que Rachel y su esposo estuvieran dispuestos a hacerlo, a costa de que algo saliera mal, les daba su eterno agradecimiento.

Guardó en su abrigo la referencia que el duque tan amablemente había escrito. Su plan era viajar a Londres y conseguir un trabajo como institutriz, alegando haber trabajado antes para la hermana del duque, pero diciendo que se había cansado del campo y por eso buscaba nuevas oportunidades en la ciudad. Al fin y al cabo, los duques de Newquay no eran muy ciudadanos, y pocas veces viajaban a Londres, ni siquiera por la temporada. Nadie tendría dificultad en creerle, y con una referencia en mano, puede que su joven edad no resultara inconveniente. Por prevención, diría que tenía unos cuantos años más de los que aparentaba.

—Muchas gracias, de verdad. Les estaré agradecida por siempre —le dijo Arleth y se separó un poco para limpiarse una lágrima que rodaba por su mejilla.

—Estaremos felices cuando nos digas que has encontrado un galante caballero que se casará contigo y te librá de las garras de tu padrastro.

Arleth sonrió. La duquesa era muy fantasiosa.

—No soy una dama en apuros. Me las arreglaré sola, no necesito a alguien que me saque de problemas.

—Lo encontrarás —vaticinó Rachel—. Sé que lo harás.

Arleth prefirió no contradecirla. Las institutrices difícilmente se casaban, y menos con caballeros como los que debía imaginar Rachel: galantes, guapos, y de buena cuna. Tendría suerte si conseguía a algún banquero, o doctor que quisiera tomarla como esposa. Después de todo, en Londres no sería Arleth Ritter, hija del barón de Plymouth, sino Arleth Cramson, una joven más de clase media, que se ve obligada a trabajar para ganarse la vida.

—Toma —dijo Rachel tendiéndole una pequeña bolsita—. Te ayudará por si no encuentras trabajo de inmediato.

La muchacha se percató de que la bolsa contenía varias libras. Negó con la cabeza.

—No puedo aceptarlo —afirmó—. Es mucho dinero.

—Son solo veinte libras —insistió la duquesa—. Te ayudará a sobrevivir mientras encuentras trabajo, y a comprar quizás ropa...

—No necesito más ropa —protestó—. Aún quedan seis meses de luto, y sabes que casi todo mi guardarropa es oscuro, perfecto para una institutriz.

Rachel hizo un puchero. Arleth sabía que sus intenciones eran que se comprara lindos vestidos con los que llamara la atención de guapos caballeros.

—De igual forma, tómalas. Como un último favor.

Arleth las aceptó solo porque la conocía lo suficiente para saber que Rachel no recibiría un *no* por respuesta. Su amiga sonrió, dio un último abrazo, y la guio hasta uno de los carruajes sin blasón de los duques, que había preparado para la ocasión. Se percató de que dos lacayos viajarían con ella, pero antes de que pudiera protestar, la muchacha se defendió diciendo que era muy peligroso que una dama viajara sola por la noche, y literalmente la empujó al carruaje antes de que pudiera decir palabra.

Mientras veía las figuras difusas de las casas del pueblo desaparecer, Arleth cerró los ojos un momento y pensó en positivo. Llegaría a Londres, encontraría un trabajo en alguna casa de buena reputación, enseñaría a una niña tranquila las buenas formas, y sobre todo, viviría una vida calmada y libre de problemas.

Capítulo 1.

Un mes después.

—Maldita sea. ¿Por qué nada me sale bien?

Arleth observó como uno de sus pocos sobrereros se alejaba con la fuerza del viento y soltó una serie de juramentos en voz alta. Si alguna de las personas que la entrevistó para el puesto de institutriz la escuchara, tendría un motivo verdaderamente válido para negarse a que les diera clase a las jóvenes de la casa. Sin duda, una mujer grosera era menos capacitada para el puesto que una mujer demasiado joven, excusa dicha en todos lados con el fin de negarle el trabajo.

Llevaba más o menos un mes en Londres, y hasta ahora solo había conseguido rechazos. La excelente carta de recomendación del duque de Newquay no parecía ser suficiente para tapar el hecho de que tenía la apariencia de una joven de veinte años en lugar de una de veinticinco, como había dicho a todos que tenía para aumentar sus posibilidades. En todos lados afirmaban que era demasiado joven para saber cómo educar a una dama y era corrida del lugar sin ni siquiera un *vamos a considerarlo*. Con el rechazo de hoy, sumaba quince entrevistas fracasadas y unos varios peniques menos en su bolsillo sin posibilidad pronta de recuperación.

Las veinte libras que la duquesa le había proporcionado empezaban a agotarse. Entre el alquiler del pequeño cuarto que consiguió, los periódicos viejos que compraba para buscar empleo, el pago del transporte cuando la residencia quedaba muy lejos, y la comida, apenas quedaba para sobrevivir unos cuantos días más. Tenía que conseguir un trabajo rápido, solo que la suerte parecía no estar de su lado. Tal vez el ser divino quería castigarla por haber escapado de su casa rehuendo así su deber como mujer: obedecer y casarse. No obstante, y a pesar de que ir en contra de las reglas del cielo era un pecado mortal, Arleth no se daría por vencida. Quizás debería dejar de buscar en zonas acaudaladas como Mayfair o St James Street, y comenzar por aquellas de clase media pero respetable que también debían solicitar institutrices para sus hijas. Su mismo vecindario podía servirle. Así se ahorraría una caminata desde esas zonas hasta Harriet Street, donde tenía la habitación alquilada.

Un relámpago rompió el silencio de la noche y Arleth se dijo que era momento de acelerar el paso. No debió de haberse quedado hasta tan tarde, pero pensó que quizás podía ser buena idea recorrer las calles de Mayfair, los mercados cercanos, o algún otro lugar donde pudiera encontrarse con alguna doncella o lacayo que le informara si sus patrones buscaban alguna institutriz. No había tenido suerte, por supuesto, y ahora el sol ya había despuntado, la gente regresaba a su hogar, y ella era la única que caminaba por Hyde Park hacia la casa. Dedujo erróneamente que todavía podía haber personas que pasearan por el afamado parque, pero no. Estaba sola, con riesgo de ser asaltada, y su sombrero favorito se lo había llevado el viento cuando, en un descuido, lo desató para aflojar los lazos. Lo único que faltaba era que lloviera.

Como si alguien arriba estuviera deseoso de cumplir sus deseos, unas gotas de lluvia empezaron a caer y a mojar determinadas partes de su cuerpo. Aún le faltaban unos diez minutos para llegar a su destino, así que si la lluvia aumentaba, era posible que su búsqueda de empleo se retrasara unas semanas más mientras se curaba de la pulmonía que agarraría por ese clima. Eso si sobrevivía, cosa que, a esas alturas, no parecía una opción tan agradable. Ya que al parecer una mujer joven y sola estaba destinada a la desgracia si huía de casa, la muerte podía ser una

salvación.

Se reprendió de inmediato por esos absurdos pensamientos.

Ella nunca se había tachado a sí misma como una persona pesimista, pero en ese preciso instante, cuando tenía los nervios de punta y una exasperación tan grande como ese parque, Arleth no esperaba menos del cruel destino.

De todas formas, y por instinto, aceleró el paso esperando llegar rápido y lo menos empapada posible. Si mañana amanecía intacta, podría recuperar su positivismo y pensar que tarde o temprano encontraría algo.

La lluvia comenzó a aumentar junto con cada paso que ella daba. Tal parecía que mientras más rápido caminaba, más abundante caía esta. Llegaría a su cuarto alquilado tan mojada como si hubiera tomado un baño si la lluvia no amainaba.

Sus botines empezaron a mancharse del barro del camino y casi resbala con un charco de agua. La luna, su única fuente de iluminación, no tardó en ser ocultada por una gran cantidad de nubes, así que pronto Arleth solo tenía ante sí una oscuridad tal, que le imposibilitaba ver más que sombras.

—Maravillo. Maravilloso. ¿Puede salirme algo peor? —se dijo. Decidió que lo mejor sería esconderse hasta que la tormenta redujese y hubiera un poco de luz, o no llegaría nunca a su destino.

Forzó la vista para buscar entre la oscuridad algo que pudiera protegerla de las inclemencias del tiempo, pero lo único que había a su alrededor eran árboles y más árboles. Solo un templete se visualizó a lo lejos y se apresuró a ir hasta él.

Frotándose los brazos para infundirse calor, Arleth se recostó en una de las columnas, y no se dio cuenta de la otra presencia hasta que esta habló:

—Vaya, al parecer no soy el único insensato que pensó que un paseo de noche con tiempo de lluvia no podía ser tan mala idea. Aunque admito que jamás creí que ese tipo de pensamientos pasaran por la mente de una mujer. Ellas suelen ser más... precavidas en esos aspectos.

Arleth se tensó y giró tan rápido la cabeza que no supo como no se partió el cuello. A su lado se encontraba un hombre, también recostado en una columna, aunque con la ropa menos empapada que la de ella. No pudo distinguirlo bien en la oscuridad, pero su sombra y su voz le daban a entender que se trataba de alguien joven. Estaba sola con un hombre en mitad de un parque desierto, sin poder escapar y salir ilesa por la lluvia. ¿Por qué sentía que se avecinaban problemas?

—Disculpe, no me di cuenta de que estaba usted aquí.

Ella se alejó un poco de la columna y el hombre se giró para mirarla, lo que provocó que algo se moviera en Arleth cuando sus ojos se encontraron. En medio de la oscuridad, ella casi no podía ver su rostro, pero había algo que no podía pasar desapercibido en esos ojos avellana que brillaban con una intensidad sorprendente.

Los ojos rebelan la personalidad de una persona, Arleth, le había comentado su madre una vez, y ahora sabía que debía ser cierto, porque los ojos de ese hombre, a pesar de no ser de un color llamativo, brillaban con el encanto y picardía de una persona acostumbrada a reír. Había algo en ellos que lo identificaba con facilidad, y ella estaba segura que si lo volviera a encontrar en una ocasión, no tardaría en reconocerlo. Esas profundidades castañas la atrajeron de tal manera que no supo cómo explicarlo, y le fue imposible apartar la vista de ellas pues destilaban un magnetismo que la retenía ahí, como si el único objetivo de esa mirada fuera eso, mantener a la persona sujeta a ella.

Dándose cuenta de que se lo había quedado mirando, y sorprendida por ese extraño

magnetismo, Arleth dio otro paso atrás para salir de embrujo.

—¿Tanto le ha molestado mi presencia que prefiere salir al diluvio que compartir espacio conmigo? —preguntó el hombre con un tono que no podía describirse como otra cosa que no fuera burla.

Arleth lanzó una rápida mirada hacia la lluvia y consideró seriamente la posibilidad de atravesarla y buscar otro sitio.

La manera de hablar de la persona que tenía frente a sí delataba que no se encontraba frente a cualquier hombre, sino frente a un caballero que ha recibido educación. Su vocabulario, unido con el ligero tono altivo que caracterizaba a los de buena cuna, le indicó a Arleth que estaba en presencia de un caballero. Sin embargo, eso no le garantizaba seguridad; al contrario, ese brillo pícaro en los ojos y esa sonrisa endiablada la pusieron alerta.

—Si es un caballero, debe saber que no es correcto que compartamos el mismo espacio; menos aún si es de noche. No obstante, y teniendo en cuenta la condiciones poco favorables que impiden solucionar este hecho, creo que pudo tolerarlo siempre y cuando me de su palabra de que se comportará correctamente.

Richard Allen no respondió de inmediato. Arqueó una castaña ceja y observó a la mujer con curiosidad. Si le había quedado alguna duda de que se trataba de una persona con clase y educación, esta se disipó después de ver su manera de expresarse y verificar lo recta que se encontraba su espalda por el esfuerzo de mantener una postura perfecta. No era ni una prostituta, como supuso en un principio, ni alguna doncella que iba a la cita de un amante, por lo que no pudo evitar preguntarse el motivo por el cuál una dama paseaba sola por el parque.

—¿No cree que es un tanto paradójico que haga mención de las reglas del decoro, cuando una de las principales es que una dama no puede pasear jamás sin acompañante? Menos si es de noche, cabe acotar —provocó y sonrió con humor.

Arleth envaró tanto los hombros que Richard no supo cómo su espalda no se rompió.

—¿Significa eso que no obtengo su promesa porque no me encuentro frente a un caballero sino frente a un granuja?

—¿Acaso tengo apariencia de un desgraciado que seduce mujeres decentes en medio del parque durante una lluvia torrencial?

Ella lo miró, inclinó un poco la cabeza como si así pudiera analizarlo desde un mejor ángulo, y luego respondió encogiéndose de hombros:

—No me gusta juzgar a las personas sin conocerlas, pero si soy sincera, la respuesta es *sí*.

Él soltó una carcajada y Arleth solo pudo observarlo. No mentía. El hombre tenía la apariencia de todo un depredador en busca de presa: Cabellos despeinado por el viento, ropa arrugada por el viaje, y en lo que podía ver de su expresión, cierto aire de cazador, aunque nada que no pudiera disimular con esa sonrisa juguetona y un brillo encantador en los ojos. No era de ese tipo de personas que causaban magnetismo por su personalidad misteriosa o sus ojos de depredador, más bien era de aquellos que atraían porque su mirada y su sonrisa te instaban a acercarte. Te inspiraban seguridad, te atraían, te convencían de que todo estaría bien para luego se atrapado por las garras del gato.

—Ya que hablamos con la verdad, tengo que admitir que *granuja* es una palabra que se me adjudica a menudo, pero solo para hacerla sentir mejor, y porque pesaría en mi conciencia que por no hacer una promesa usted pueda contraer pulmonía, le doy mi palabra de que no la seduciré aprovechándome de las inclemencias. ¿Está conforme?

—No del todo —admitió ella—, aunque dadas las circunstancias, decidiré creer en usted.

Él volvió a reír.

—Me alegro de ser digno de su confianza —comentó con diversión.

Arleth decidió no replicar, y para no sentirse tan incómoda, desvió la vista y se recostó contra la columna, concentrándose solo la lluvia que no parecía tener intención de aminorar, como si inconscientemente deseara que pasara más tiempo a solas con el desconocido.

Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza cuando el viento azotó contra su cuerpo. Apretó su abrigo en un intento de infundir calor a sus huesos, pero mojado como estaba, era imposible. Algunas gotas de lluvia lograban colarse entre las aperturas del templete, empeorando su condición.

Sintió un movimiento a su lado, aunque no se giró. Primero, porque deseaba ignorar al hombre en la medida de lo posible, y segundo, porque estaba demasiado concentrada en intentar convencerse de que no tenía frío, quizás así lograría dejar de temblar.

—Tenga mi abrigo, casi no se empapo porque busqué refugio antes de que comenzara a llover con fuerza.

Arleth se giró y vio al hombre extendiéndole un abrigo.

—Ahora si lo prefiere —continuó él al verla dudar—, también puedo abrazarla. No hay mejor remedio para alejar el frío que el calor de otro cuerpo humano pegado al suyo.

Por el tono en que lo dijo, Arleth dedujo que había más connotaciones detrás de las que dejaba entrever, y si no hubiera estado a punto de morir de hipotermia, puede que se hubiese detenido a pensarlas para después tomar las medidas correspondientes. No obstante, como en ese momento sus instintos de sobrevivir se imponían ante su parte racional, ella pasó por alto ese comentario y tomó el abrigo. Murmuró un *gracias*, aunque la mirada helada que le dirigió por su atrevimiento desmentía la frase.

Estuvo tentada de mencionarle que tenía una vena bastante irritable, pero se contuvo solo gracias a la buena educación. No era correcto llamar a un caballero *irritable*, no importaba que hubiera razones de sobra para argumentar el insulto.

Ella se envolvió en el abrigo y pasaron varios minutos hasta que su cuerpo fue recuperando la temperatura y dejó de temblar. La lluvia parecía haber aminorado un poco, pero no lo suficiente para poder salir del lugar e ir hasta su residencia. Tendría que esperar un poco más.

—¿Es muy indiscreto de mi parte preguntar que hacía una dama caminando sola, de noche, por un parque? No es esta una hora frecuente de visita.

Arleth no se molestó en mirarlo.

—Es bastante indiscreto, sí, y una falta total de educación. No lo conozco y el motivo por el que caminaba sola no es de su incumbencia, por lo que le ruego no insista en el tema —añadió al ver que el se disponía a replicar.

—Se ha expuesto a muchos peligros —fue lo único que dijo él.

—Los mismos a los que se ha expuesto usted, supongo. También caminaba sola, ¿no es así?

—Sí, pero...

—Yo soy mujer y por ello necesito protección —ironizó Arleth aún sin mirarlo.

Richard, sabedor de que estaba en terreno peligroso, cuidó sus palabras.

—No fue eso lo que quise decir.

—Prefiero no enzarzarme en una discusión al respecto.

Él tampoco lo deseaba, así que calló.

El silencio reinó entre ellos y el sonido de las gotas de lluvia era lo único que lo rompía. Él quiso decir algo para córtalo, pero tenía el presentimiento de que era mejor mantenerse callado.

Intentó descifrar algunos rasgos de la mujer en la oscuridad, lamentablemente, no pudo ver mucho. Tenía un estricto moño recogido en la nuca, del cual se habían zafado algunos mechones

que adornaban su cara. Su piel, tan blanca que no parecía haber recibido sol en su vida, era algo imposible de no detallar, al igual que esos ojos grises, hermosos, profundos y llenos de determinación. Richard podía adivinar que no era de ese tipo de personas que se daba por vencida ante el mínimo inconveniente, sino que luchaba hasta salirse con la suya porque así debía de ser.

Sus ojos vagaron hasta la figura que ahora cubría su abrigo, y a pesar de que no veía nada delatador, él se la imaginaba curvilínea, con la forma de un reloj de arena, aunque sin ser tan voluptuosa para rayar en lo vulgar.

Si ella se percató de su escrutinio, no lo dio a entrever y prefirió seguir mirando como la lluvia hacía estragos afuera.

Él estaba dispuesto a decir cualquier cosa que rompiera el silencio, pero un disparo, seguido de un fuerte relámpago que iluminó a dos figuras que estaban a unos metros suyos, se le adelantó.

Vio como el cuerpo de ella se tensaba, y el de él también lo hizo, pues sabía perfectamente a quién buscaban. Fue muy iluso de su parte creer que los había perdido en la desviación que realizó por el parque, debió haber supuesto que el imán que el apellido *Allen* tenía para los problemas no le daría tregua, y es que ese mismo día, Richard Allen había encontrado el que sería, con toda probabilidad, el mayor problema de su vida.

A lo largo de su existencia, cargar con el apellido maldito había provocado que en varias ocasiones se viera en peligro, y en algunas incluso con posibilidades grandes de salir muy lastimado, o muerto; sin embargo, ningún caso anterior se asimilaba a este, cuando había escuchado sin intención una plática que ahora podía costarle la vida. Estar en el lugar y en el momento equivocado estaba a punto de causarle la muerte si no salía ileso esa noche.

—Maldición, fíjate bien imbécil, si sigues disparando a todo lo que se mueva, se mojará el tambor y no podremos disparar cuando encontremos al verdadero objetivo. Además atraeremos la atención —gritó una voz masculina muy cerca de ellos. No debía estar a más de unos metros, porque se escuchó demasiado claro en el templete.

Richard pudo observar como la joven a su lado se quedaba patidifusa, y su boca se abrió y cerrada buscando emitir algo que pudiera sacarla de su estupor. Con miedo a que emitiera un sonido que los delatara, Richard le cubrió la boca e hizo un gesto para que guardara silencio. Al principio, ella no logró enfocarlos bien, sus ojos presos de sorpresa parecían incapaces de ver otra cosa que no fuera aquellas figuras bajo la lluvia que se movían entre las sombras. Pasó al menos un largo minuto hasta que pudo verlo a los ojos.

Sin quitarle la mano de la boca, Richard la jaló hacia el piso y la hizo recostarse en este. Realizó una seña de silencio, y cuando ella asintió, quitó la mano. Se recostó a su lado y agudizó el oído en busca de un sonido que los alertara de que tanto peligro corrían. Mientras, Arleth solo hacía esfuerzos monumentales para calma su corazón e intentaba no volverse loca preguntándose como había llegado a esa situación, o si en verdad estaban ahí o era una simple ilusión.

Guardó interiormente la esperanza de que los sujetos se alejaran, pero la mala suerte que la venía persiguiendo en el día hizo acto de presencia de nuevo, pues no tardó en escuchar voces otra vez:

—Lo siento —se disculpó otra voz, con un tono de indiscutible nerviosismo—. Es solo que esto no está bien. No estamos seguros de que el hombre haya tomado este camino. No sabemos bien quién es, y en caso de que lo supiéramos, no podrías distinguirlo en la oscuridad y con esta lluvia. ¿Qué pasa si matamos a un inocente?

—¡No seas cobarde! —gritó otra vez la primera voz, aquella perteneciente al que por lo visto era el líder—. Nadie excepto aquel hombre y nosotros cruzaría en medio de la lluvia este parque. Tenemos que encontrarlo, no podemos permitir que la información se filtre. Piensa en tu rey.

—Razona, este lugar es gigantesco, lo vimos entrar acá, pero no sabemos si sigue aquí. Solo agarraremos una pulmonía innecesaria. Vámonos. Si llega a suceder algo, encontraremos luego la manera de solucionarlo.

—¡No! —rugió el hombre con un tono que causaba escalofríos—. De aquí no me voy hasta que no vea correr la sangre de aquel imbécil.

Arleth no pudo evitarlo. El impacto de la declaración hizo que soltara un jadeo. Un jadeo lo suficientemente fuerte para ser escuchado por aquellos dos desconocidos que debían de estar más cerca de lo imaginado, pues no tardaron en escuchar pasos acercarse.

El cuerpo de ella y el del hombre que tenía a su lado se pusieron en tensión. El corazón bombardeaba con tanta fuerza que bien podía ser este sonido el causante de que los encontraran, y los pulmones detuvieron por un momento el proceso de recoger aire, por miedo a que una simple exhalación fuera la causante de su muerte.

Arleth aún no lograba comprender cómo había llegado a esa situación, aunque en ese preciso instante, era lo que menos importaba. Solo podía pensar en si era parte del castigo de Dios por haber abandonado su casa, o una prueba que debía superar. Con sinceridad, esperaba que fuera lo segundo. El susto no se le borraría en años, pero al menos podría salir viva.

Los pasos se escuchaban cada vez más cerca y todos sus sentidos se pusieron en alerta. Quería cerrar los ojos, fingir que no pasaba nada, pero el instinto de supervivencia se lo impidió, así que solo se limitó a mirar a su acompañante, que se posicionaba como alguien dispuesto a reaccionar de inmediato ante el mínimo ataque, cosa que era de agradecer, pues Arleth se veía incapaz de mover un músculo.

Los segundos pasaron con extrema lentitud y los pasos se dejaron de escuchar. La esperanza de salir ilesos apenas había nacido cuando un relámpago iluminó el oscuro lugar y los hizo conscientes de la presencia de los dos hombres frente a ellos. Fue solo un segundo, pero suficiente para que estos también supieran con exactitud su ubicación, y para que su acompañante, que al parecer era a quien buscaban, se pusiera de pie y la hiciera saltar por uno de los bordes bajos de la glorieta, justo antes de que los extraños empezaran a perseguirlos.

Arleth no tenía idea de cómo sus piernas le respondían. Estaba asustada y al borde de un ataque de nervios. Todo el cuerpo le temblaba, y aun así se recogió las faldas y siguió a aquel hombre que parecía haber ocasionado todo el problema.

La oscuridad de la noche les hacía un poco difícil la huida, pero también servía para esconderlos de aquellos dos dementes que querían su sangre manchando el piso.

No sabía cuánto tiempo llevaban corriendo, solo era consciente del agua que los empapaba y de la necesidad de huir, pues los pasos se escuchaban muy cerca suyo. Otro trueno resonó en el lugar, seguido de un relámpago. El momento efímero de luz le hizo advertir que ya habían atravesado más de medio parque, se encontraban cerca del *serpentine*. No obstante, no se atrevió a mirar hacia atrás para averiguar que tan cerca estaban sus atacantes.

—¿Cuánto tiempo puede aguantar la respiración bajo el agua?

Sin dejar de correr, Arleth giró la cabeza con tal rapidez que a Richard le sorprendió que no se partiese el cuello.

—Está loco si piensa que...

Él no la dejó terminar, la arrastró hacia el lago y la instó a adentrarse en él.

—¡No! —chilló Arleth ganándose un gesto de silencio por parte de él—. No puede considerar esto buena idea —masculló.

El hombre miró a todos lados para asegurarse que nadie los oía.

—Es la única opción, nos perseguirán por todo el parque de ser necesario. Dentro del lago no

podrán vernos y pensarán que hemos escapado.

—Detrás de un árbol no podrán vernos —adujo Arleth con pocas ganas bañarse en aguas heladas de noche.

—Creo que están por acá —se escuchó la voz de uno de sus perseguidores y Alerth contuvo un lamento.

Su acompañante le hizo una seña para que se adentrara al lago y, a mala gana, lo hizo. Recogiéndose las faldas, empezó a caminar sobre las heladas aguas del *serpentine* y cuando estuvo a una profundidad aceptable, se sumergió. Él hizo lo mismo, y juntos esperaron segundos eternos a tener noticias.

Más rayos y truenos los hicieron conscientes de la mala suerte que los perseguía. Cada segundo era uno menos de oxígeno para Arleth, quien no se veía capaz de aguantar mucho más. Por ello, fue casi un bálsamo cuando escuchó.

—¡Maldita sea, los perdimos!

Estuvo tentada de salir de inmediato, pero su compañero la sujetó para que esperase un poco más. Si hubiera podido hablar, ella le hubiera espetado que morir por asfixia se diferenciaba muy poco de morir por una bala, como no podía hacerlo, no le quedó otra opción esperar y conservar las fuerzas para reprenderlo luego. Sus pulmones ya gritaban aire cuando él hizo una seña y salieron a la superficie.

Por extraño que pareciese, había dejado de llover, y lo único que se escuchaba eran los jadeos de alegría de sus pulmones por inhalar aire. Todo estaba en un completo silencio.

Temblando de frío, salió con cautela del lago. Casi temiendo que los asesinos regresaran. Pero pasaron los segundos y el silencio sepulcral les confirmó que eran los únicos en el lugar.

—¿Se encuentra usted bien?

Ella, que casi se había olvidado de la otra presencia, giró la cabeza para fulminarlo con la mirada.

—Estoy viva, si eso entra en su definición de *bien*, porque estar calada hasta los huesos no entra en la mía.

Él tuvo el descaro de sonreír. ¿Quién sonreía en un momento como ese?

—Mi conciencia se conformará con saberla viva. De verdad, lo lamento.

—¿Era usted a quién buscaban, cierto? —No pudo evitar preguntarlo.

—Podría decirse que sí.

Ella estuvo tentada de indagar el motivo, pero prefirió mantenerse en la ignorancia, a veces esta era la mejor opción. Podía estar al lado de otro asesino y no lo sabía. Lo mejor sería irse de ahí.

Empezó a andar de regreso al camino hasta su residencia, pero se detuvo cuando vio que el hombre la alcanzaba y se ponía a su lado.

—Permítame acompañarla.

—No, gracias, ya he tenido suficiente de su compañía por el día de hoy.

—Puede ser peligroso que camine sola a estas horas.

—Estoy casi segura de que nada será más peligroso que lo que acabamos de pasar, que, cabe acotar, es gracias a usted.

El hombre pasó unas manos por sus cabellos y la miró con una expresión que mezclaba culpabilidad y diversión.

—Véale el lado bueno: salimos ilesos. Además, si no me hubiera encontrado, sabrá Dios que hubieran hecho esos hombres de haberla hallado sola.

—¿Insinúa que debo darle las gracias? —preguntó incrédula.

Él pareció meditarlo.

—Sí.

Fue entonces cuando a Arleth no se le hizo difícil suponer el motivo por el que querían asesinarlo. No sabía cuál había sido la ofensa cometida, pero tenía la certeza de que ese lado irritable había intervenido.

—Váyase al infierno —le espetó y prosiguió su camino.

Escuchó la carcajada del hombre a sus espaldas, pero eso no la detuvo y siguió caminando, solo deseando dos cosas: La primera, no morir de pulmonía e hipotermia, y la segunda, no volver saber de ese ser irritable en lo que le quedaba de vida. Si Dios le tenía un poco de compasión, no lo volvería a ver.

Capítulo 2.

Richard Allen detuvo su andar en frente de lo que era su antigua casa y dudó un momento antes de llamar a la puerta; no porque el lugar le trajera malos recuerdos, o porque fuera a enfrentarse a una situación difícil allá dentro, sino que había un demonio ahí que esperaba una respuesta de su parte, y si esta no era favorable, sus desgracias estarían aseguradas.

No obstante, ya que nunca se consideró un cobarde, llamó y esperó que abrieran. Saludó a Gibbs, el fiel mayordomo, y atravesó el vestíbulo con el mayor sigilo del que fue capaz. Sus ojos color avellana repasaron el lugar, y la evaluación determinó que había altas posibilidades de atravesarlo y llegar al estudio de su hermano sin ser descubierto; sabía que este no estaba, pero podía esconderse ahí mientras lo esperaba. Sin embargo, a pesar de tener un buen manejo de las estadísticas, debió saber que nada era completamente seguro, sobre todo si de Clarice Allen se trataba.

La joven, con sus pocos trece años, parecía estar esperándolo desde algún lugar secreto; se interpuso en su camino, cruzó los brazos, y arqueó una ceja para indicar que aguardaba la respuesta a la pregunta que había formulado hacía varias semanas.

Richard suspiró con resignación. Sabía que su próxima respuesta le ganaría en un futuro un buen sermón de su hermano, pero prefería un regaño por haber contribuido a la destrucción de Londres que soportar la ira de Clarice Allen cada vez que entrara en esa casa. Él no era cobarde, para nada, solo que ni el mismísimo rey, o mejor dicho, la guardia de este, se atreverían a enfrentarse a Clarice. Era un pequeño demonio con rostro de ángel.

Se preguntó por qué no pudo haber sido dotado con hermanas normales, de esas dulces jóvenes que solo sueñan con el príncipe azul, que eran afables y sumisas; en lugar de unas con pensamientos raros y afán en aprender deportes masculinos. Pero ya que no valía la pena lamentarse por lo que nunca tendría, decidió dejar de indagar en sus desgracias y decir la respuesta.

—Sí, te voy a enseñar a boxear, pero no se lo menciones a nadie, ¿entendido?

Clarice emitió un chillido de triunfo, y en un impulso, lo abrazó.

—Por eso eres mi hermano favorito.

—¿Y Edwin?

—Por eso eres mi segundo hermano favorito.

Richard blanqueó los ojos y siguió caminando, mientras, Clarice se dejó caer en uno de los sillones satisfecha de haber conseguido su objetivo. Debió haberlo supuesto, jamás podría competir en el lugar de hermano favorito contra Edwin, el mellizo de Clarice, quien no era más que otro demonio al que no tardarían en expulsar de Eton, y que secundaba y apoyaba a Clarice en cuanto locura se le ocurriese para escandalizar a Inglaterra.

Estaba a punto de desaparecer por los pasillos cuando alguien tocó el timbre. En otra ocasión hubiera seguido de largo, pero algo, llámenlo curiosidad momentánea, o simple deseo de saber quién se atrevía a llegar a esa casa de locos, esperó. Los Allen no recibían visitas con frecuencia.

Gibbs abrió la puerta y la figura de una mujer se materializó ante sí. Estaba vestida de la forma más recatada posible, con un horrendo y anticuado vestido gris. Su cabello negro había sido recogido en un feo moño con cofia, y su espalda, tan recta y tensa como una vara, hacía temer por

la resistencia de su columna. Tendría todo el severo aspecto de una institutriz sino fuera porque su rostro parecía demasiado joven para ese cargo, y sus ojos, que desde ahí podía ver que eran de un gris peculiar, demostraban una calidez y bondad carente en ese tipo de trabajadoras, con frecuencia hastiadas de la vida y sin ánimos de seguir.

Fue solo un segundo lo que tardó en reconocerla, y aun así le pareció demasiado, pues era alguien a quien difícilmente olvidaría. Era ella. ¿Cómo no reconocerla? Solo su silueta y su mirada delataban su identidad aún desconocida, pues recordaba, nunca le dijo su nombre. No importaba, estaba a punto de conocerlo.

—Buenos días —habló la mujer con una voz dulce y melodiosa, muy diferente al tono mordaz con el que lo había mandada a infierno hacía ya cuatro días—. Lamento el atrevimiento que supone presentarme en la puerta principal, pero en la de servicio nadie me ha atendido. Soy la señorita Cramson, Arleth Cramson, y he venido a solicitar el puesto de institutriz.

Un gemido de incredulidad salió de la boca de Clarice, como si no creyera que hubiera todavía alguien capaz de pedir el puesto. Richard, por su lado, observó con suma curiosidad a esa joven que quería aparentar ser institutriz, y cuyas delicadas facciones desmentían cualquier intento. Lo era, claro que debía serlo o no estaría allí; sin embargo, le costaba creerlo. Tal vez fuera porque ya la había escuchado maldecir, y eso no era algo que caracterizase a una buena y estricta dama, como tampoco lo hacía el hecho de pasear de noche sola por un parque. Ahora que lo pensaba, se llevaría bien con Clarice.

Ya que el mayordomo se había quedado, por alguna razón, mudo, ella giró su rostro a él. Si hubo alguna reacción de sorpresa, fue demasiado rápida para que Richard pudiera percibirla, pero lo cierto era que en la mente de Arleth solo hubo lugar para una palabra después de verlo: *corre*.

No podía creerlo. Debía ser parte de alguna alucinación visual, no podía ser en verdad él.

A ella le hubiera gustado creer que no lo era, que todavía estaba afectada por los sucesos, pero negarlo era absurdo. Era él. Ese brillo pícaro en los ojos. Esa sonrisa traviesa e irritable. No podía ser. No podía ser.

Esa mañana alguien le había notificado que la familia del conde de Granard buscaba una institutriz para su hermana. Recién liberada de la gripe que la atacó luego del incidente, decidió probar de nuevo su suerte. Retomó su optimismo y se dijo que en esta ocasión todo saldría bien. No obstante, todo pensamiento positivo se desvaneció al verlo a él ahí.

—¿Es usted el conde de Granard? —preguntó rogando en su mente por que la respuesta fuera no. Tal vez solo era un visitante de la casa. No necesariamente debía ser él el dueño. Era demasiado joven para ser conde.

Richard curvó sus labios en una sonrisa encantadora y sus ojos brillaron de forma pícaro.

—No. —El suspiro de alivio que pugnó por salir se rompió cuando él continuó—: Soy el señor Allen, Richard Allen. Mi hermano no se encuentra, pero si gusta, yo podría hablar con usted sobre el tema, después de todo, también es mi hermana y su educación me preocupa en igual forma

Clarice soltó otro gemido de incredulidad. Richard le dirigió una mirada de advertencia. Una hermana común hubiera hecho caso, pero desde hacía años sabía que él no había sido dotado de hermanas comunes, es decir, dóciles y agradables; no, las de él eran mandonas y raras, por lo que no debió sorprenderse cuando esta dijo:

—¿En serio? ¿Desde cuándo?

La señorita Cramson frunció ligeramente su ceño, y Richard le sonrió para aligerar el ambiente. No sabía que nada podía mitigar la tensión que se formó dentro del cuerpo de Arleth, quien consideraba que tan preocupante debía ser ese parentesco si aceptaba el trabajo. ¿Vivirían en la misma casa? Si tenía un poco de suerte, la residencia de ese hombre se encontraría al otro

lado de Inglaterra y solo estaba ahí de visita.

—Yo siendo usted —continuó la joven de cabellos castaños, que supuso sería su pupila si decidía aceptar el trabajo—, no voy con él a ningún lado. Si no le basta con saber que es un sinvergüenza, entérese que también es político, y ya sabe la manía de estos de mentir o distorsionar la verdad a su conveniencia para ganar apoyo.

La señorita Cramson le dirigió una mirada sorprendida a Clarice. Se suponía que una mujer, y menos una tan joven, jamás debería tratar esos temas. No se asemejaba a la niña tranquila que le habían descrito. Si no salía de ahí ahora mismo, era porque de verdad necesitaba el trabajo; pero en otras circunstancias no dudaría mucho en huir. Tenía bastantes malas referencias de ese hombre, y ahora, parecía que la joven no era del todo común.

—Temo que lord Granard no regresará en un buen tiempo —siguió la muchacha—, por lo que mi recomendación es que busque otro trabajo...

—¡Basta! —interrumpió el hombre y le dirigió una mirada de disculpa a Arleth—. No le haga caso, señorita Cramson. Clarice es una joven con mucho sentido del humor. Por favor, la invito a que hablemos un rato mientras regresa mi hermano.

Arleth pasó su vista de lady Clarice al hombre y viceversa al menos unas tres veces antes de asentir; eso sí, con cierto recelo y luego de pensarlo mucho. No estaba segura de que estar a solas de nuevo con él fuera una decisión acertada, ni siquiera comprendía por qué no había regresado sobre sus pasos, pero no mostraría debilidad alguna ante ese ser de devastadora sonrisa. Primero tenía que averiguar que tan cercano estaba con la familia. Quizás viviera en América. Si era así, aún podía considerar el trabajo.

Con un paso que mostraba una seguridad que no sentía, Alerth siguió al hombre hasta lo que parecía un despacho. No se fijó mucho en los detalles, ya que el nerviosismo y la expectativa impedían que su cerebro se concentrara en otra cosa que no fuera él.

Ahora que lo veía con claridad, tenía que admitir que era alguien bastante apuesto. Sus cabellos eran castaños, como los de la joven Clarice, y sus facciones no podían definirse como otra cosa que no fueran encantadoras, atrayentes. La conclusión a la que había llegado en el parque fue correcta: No llamaba la atención por una apostura devastadora —que en parte sí poseía—, sino por la gama de promesas que ese rostro y esos ojos insinuaban.

—Bien, señorita Cramson, diría que es un gusto volver a verla, sana y viva, pero me da la impresión de que el sentimiento no es recíproco, ¿me equivoco?

—Dígame por favor que vive en otra casa —pidió casi con súplica. Al carajo se había ido su determinación de permanecer imperturbable. Necesitaba saber si lo tendría demasiado cerca, así consideraría la posibilidad de buscar otro trabajo.

Richard soltó una sonora carcajada que, de ser otra la situación, la hubiera hecho sentir estúpida por la pregunta, y es que era una pregunta tonta, sí, pero en ese momento no se arrepentía. Estaba demasiado desesperada por un trabajo y si ahí tenía una posibilidad, no pensaba desperdiciarla porque el destino se había empeñado en burlarse de ella.

—Vivo en otra casa —confirmó cuando los espasmos de risa cesaron—. ¿Por qué? ¿No cree resistir la tentación de mi presencia? —preguntó burlón.

Si no hubiera sido algo impropio del personaje correcto que quería representar, Arleth hubiera blanqueado los ojos y soltado un bufido. Cómo debía de dar la impresión de ser una persona con educación, se contuvo. Aparte de irritable, era el colmo de la arrogancia.

—Me gustaría hablar con lord o con lady Granard —manifestó recuperando la compostura.

Richard se recostó con desenfado en un lado de la chimenea del despacho antes de responder.

—No se encuentran en estos momentos. Le aseguro, sin embargo, que estoy autorizado para

contratar a quién se presente para este puesto, pues aunque no vivo aquí, visito con frecuencia la casa. —Él disfrutó de la rápida, pero clara muestra de lamento que el rostro de ella formó por unos segundos—. Así que dígame, señorita Cramson, ¿por qué debería contratar a una mujer que tiene la costumbre de pasear sola de noche y manda a los caballeros al infierno?

Arleth nunca había sido una mujer dada a ruborizarse, y aun así, no pudo evitar que el color rojo tiñera sus mejillas ante las palabras del hombre. Si se debía a la vergüenza o a la rabia era otro cantar. ¿Cómo se atrevía a recordar ese día en el que hubiera llegado a su casa perfectamente si no fuera por su culpa?

Recordar eso la hizo pensar: ¿Y si al igual que él, la familia estaba metida en problemas que pudieran afectarla? Debería considerar eso antes de aceptar una oferta. No obstante, la doncella que le había hablado de la familia, una que trabajaba ahí mismo, le dio las mejores referencias de los condes de Granard. Aseguró que eran una familia tranquila, con buena reputación, y que la niña era todo un amor. Tal vez el señor Allen solo era la oveja negra.

Ignorando el tono burlón con que el hombre formuló la pregunta, Arleth dijo:

—Soy una persona educada en todas las actitudes necesarias para ser una buena dama, y estoy dispuesta a compartir todos esos conocimientos. Poseo paciencia para enseñar, y tengo impecables referencias. —Hizo énfasis en la palabra *impecables* y le tendió a Richard el papel con las referencias.

Richard la ojeó sin mucho interés, aunque se detuvo un momento al observar la firma y el sello del duque de Newquay.

—Así que trabajó dos años para su excelencia —comentó con curiosidad—. Luce usted bastante joven para ser institutriz. ¿Cuántos años tiene, si se puede saber?

—Veinticinco —declaró Arleth con convicción, y él arqueó una ceja.

—Estoy seguro que muchas mujeres envidiarían esa capacidad para disimular la edad.

Impertinente, pensó Arleth conteniéndose para no poner los ojos en blanco. ¿Nadie le había enseñado a ese hombre buenos modales?

—Dígame —continuó él —, ¿por qué teniendo tan buen trabajo ha decidido venir a Londres?

—No me sentía conforme en el campo, y he decidido probar suerte en la ciudad. Los duques casi nunca pisan Londres, por eso el cambio.

Si algo había aprendido Richard en todos los años que llevaba dedicándose a la política, era a mentir bien, y descubrir quién mentía. En ese caso, la señorita Cramson le estaba mintiendo, y venía haciéndolo desde el momento en que se inició el interrogatorio.

Varias teorías se formaron en su mente, como que tal vez fue la amante del duque y este había decidido prescindir de ella, o quizás ella había decidido irse. Puede que la esposa del duque la hubiera corrido por celos, o al enterarse de una relación con su marido. Había muchas posibilidades, pero sin duda no era la historia que le contó. Ninguna persona con sentido común abandonaría tan buen trabajo solo por probar suerte en un lugar más agitado, menos las institutrices. Estas solían ser personas asociales, que vivían felices en soledad y tranquilidad.

Consideró la posibilidad de desmentirla y ver cómo reaccionaba. Presionarla, persuadirla hasta que le contara la verdad, pero lo cierto era que aún se sentía culpable por el asunto de la otra noche y sentía que le debía una compensación. Ya después se encargaría de llegar al fondo de la cuestión. Y en caso de que no fuera la buena persona que aparentaba ser, la misma Clarice se ocuparía de hacerla pagar.

—Muy bien, señorita Cramson. Está usted contratada. La familia Allen le da la bienvenida. Puede comenzar cuando lo desee.

Arleth se imaginó que el momento en que escuchara palabras similares, sería un instante

mágico y lleno de alegría, pues significaría el comienzo de una nueva vida, con la posibilidad de crear su propio futuro. Sin embargo, esas palabras, dichas por ese hombre, solo consiguieron ponerla nerviosa y un poco alerta. ¿Por qué tenía la impresión de que en lugar de la vida feliz que se había planteado le esperaba una dura prueba a su resistencia?, y lo más importante: ¿Por qué presentía que ese hombre estaría en su vida más de lo deseado?

Capítulo 3.

—¿Está seguro de que lord Granard no presentará ninguna objeción?

Cualquiera en la situación de Arleth hubiera prescindido de ese tipo de preguntas no arriesgaría el trabajo que tanto le había costado conseguir. No obstante, no hablaba su insensatez, sino el sentido común con el que había sido dotada. Este parecía querer aferrarse a algo para evitar posibles encuentros con el hombre que pudo haberla llevado con o sin intención, a la tumba. La supervivencia se peleaba con la necesidad. La pregunta casi había sido un impulso.

—Lord Granard confía en mi capacidad de decisión —afirmó el hombre con una sonrisa de suficiencia. Arleth se percató de que tenía demasiada confianza en sí mismo. A cada segundo en su compañía, sentía más antipatía hacia él, y vaya que lo había creído difícil dadas las circunstancias.

—¿Y lady Granard?

Él bajó la vista un momento, y cuando volvió a mirarla, la seguridad se había transformado en duda. Sin embargo, no perdió la sonrisa.

—Lady Granard confía en la capacidad de decisión de mi hermano.

Otra pregunta respecto a tan extraña afirmación pugnó por salir de su boca, pero la necesidad ganó la batalla y se calló. No arriesgaría el trabajo. No podía darse ese lujo.

—Agradezco mucho la oportunidad. Le aseguro que no se arrepentirán.

Oh, Richard estaba completamente seguro de que ellos no se arrepentirían, pero no podía decir lo mismo de ella. Incluso sentía un poco de pena por darle el trabajo. Era demasiado cruel de su parte hacerlo sin previa advertencia, y en lugar de compensarle por lo de hacía días, más bien podría considerarse otro castigo. No obstante, si se presentaba ante su hermano, este igual la contrataría, sin referencias incluso. Estaban demasiado desesperados para fijarse en ese tipo de cosas. Ya casi nadie se presentaba al puesto.

—Estoy seguro de que no. Espero que llegue a encontrarse cómoda. Mandaré a llamar al ama de llaves, ella le mostrará su cuarto y la pondrá al tanto de los horarios. A Clarice ya la conocí. No se deje guiar por la primera impresión, por favor; le aseguro que es una joven encantadora. Posee un sentido del humor algo extraño, eso es todo. De resto, es muy agradable y demasiado inteligente. —Hizo énfasis en la palabra *demasiado*, aunque con un tono amargo, como si le molestara ese hecho.

—Lady Clarice y yo nos llevaremos bien, lo sé —afirmó ella.

—Eso, querida señorita Cramson, dependerá de la definición que usted tenga de *bien* —comentó una voz femenina desde la puerta. La joven Clarice se había recostado en el marco, y cruzada de brazos, como jamás haría una dama, observó a su hermano con un brillo peligroso en los ojos—. Se puede saber, Richard, ¿quién es ese dechado de virtudes que has descrito? Pues aparte de lo de ser inteligente, no conozco a nadie que encaje con esa descripción en esta casa. Espero que no estés mintiéndole a la pobre señorita Cramson. Sería muy cruel de tu parte.

La mirada de advertencia de Richard fue ignorada por Clarice.

—Si soy sincera, señorita Cramson, he madurado lo suficiente para saber que invertir mi tiempo maquinando métodos para correr a institutrices no me es ya factible. Por ello, prefiero hablarle claro desde el principio: No deseo una institutriz, yo quiero un tutor y no podré obtenerlo

mientras personas como usted sigan presentándose al puesto. Debido a esto, le pido encarecidamente que se vaya y se ahorre días perdidos que pueden ser más productivos en su vida. Tenga en cuenta que estoy haciendo un acto de amabilidad al advertirle, ya que mi costumbre es ir directo a la acción. Así que por favor, no le gustaran las consecuencias que vendrán sin me ignora.

—Clarice...

De nuevo, fue ignorado.

—Estoy segura de que puede conseguir algo mejor, que no ponga en estado de crisis a sus nervios. Gracias por venir pero no es bienvenida.

Arleth no supo cómo mantuvo la boca cerrada. Habría quedado menos sorprendida si su padre hubiera aparecido para decirle que la quería. Ella era consciente de que las jóvenes aristócratas eran malcriadas y arrogantes por naturaleza, con muy poca consideración por el servicio, pero jamás para llegar hasta ese grado de descortesía y cinismo. Observó a Richard Allen con ironía, preguntándole silenciosamente que había sido de la joven *encantadora* que acababa de describir. Este se limitó a sonreír con disculpa y luego dirigió una mirada asesina a su hermana.

—¿Puedo hablar un momento contigo, Clarice?

—Ningún sermón me hará cambiar de opinión o provocará que la señorita Cramson consiga una disculpa de mi parte —advirtió la joven con altanería. Arleth consideraba que le hicieron falta unos buenos azotes de pequeña.

Esta vez fue Richard quién la ignoró, y tomándola del brazo, la arrastró hacia afuera.

Arleth no pudo escuchar de qué hablaban, y aunque estuvo tentada varias veces de acercarse, se limitó a oír lo cuchicheos y siseos enojados de ambas partes. No hubiera sido bueno para su imagen que la escucharan espiando. Dos minutos después, Clarice Allen volvió a entrar al salón. Su expresión arrogante ahora destilaba fastidio, pero no parecía en lo absoluto arrepentida.

—He sido amenazada —declaró con molestia y dramatismo—, por lo que me veo obligada a ordenar mis prioridades y aceptar su presencia, solo no diga luego que no se lo advertí, señorita Cramson. Espero que pueda presumir de buena paciencia —dicho eso, la joven se retiró con un porte que envidiaría la mismísima reina.

El señor Allen observó la partida de su hermana con una mueca de disgusto en el rostro. Una vez hubo desaparecido, le dirigió una mirada de disculpa a Arleth. Esta no se dejó suavizar y lo miró con expresión férrea.

—Es una joven verdaderamente encantadora —le dijo Arleth citando las propias palabras de él.

Él se mostró un poco avergonzado.

—Está bien. Admito haber exagerado; pero no puede culparme por intentar retener a una de las pocas postulantes al puesto. ¿Se va a quedar o ha decidido que es mejor salir cuerda mientras sea posible?

Es una decisión difícil, pensó Arleth mientras fijaba su vista en un punto indefinido del lugar. Necesitaba el trabajo, aunque no estaba segura que tolerar a esa niña y a su hermano fuera un esfuerzo recíproco a su necesidad. Sin duda no se parecía en nada a lo que había ideado cuando llegó ahí, y no creía tener las capacidades para aguantarlo. No obstante, el recordatorio de que estaba a punto de morir de hambre le hizo considerar el asunto. Quizás pudiera aguantarlo unas semanas, ahorraría algo de dinero, y podría buscar luego otro trabajo; además de sumar referencias, por muy poco útiles que éstas pudieran ser dada su joven edad.

—Me quedaré —aseguró sintiendo como le costaba pronunciar cada palabra. Dios le estaba poniendo pruebas muy duras.

Richard se sorprendió. Sinceramente esperaba verla dirigiéndose a la salida en ese mismo instante.

—Vaya. En verdad necesita un trabajo —Lo que desmentía, sin que ella se diera cuenta, la historia de que se había ido por voluntad propia de la casa de los duques. Nadie teniendo un trabajo así de estable iría a trabajar en Londres, y menos aceptar el empleo de su familia—. ¿Sería muy impertinente de mi parte preguntar qué la ha traído a esto? Tiene usted el aspecto y la educación de una verdadera dama de clase alta.

—Sería bastante impertinente, señor Allen.

—¿No cree que tengo derecho a saber qué clase de personas contrato?

—No al menos que desee esperar indefinidamente a otra postulante.

Él sonrió.

—Bien. Usted gana. Creo que ha llegado mi hermano —notificó al escuchar un revuelo afuera—, se lo presentaré.

Los condes de Granard, que Arleth jamás se imaginó fueran tan jóvenes, la recibieron con amabilidad y sin cuestionar o reprochar el no haber tomado ellos la decisión. Ni siquiera pidieron ver las referencias, y aunque eso debió haberla hecho sentir aliviada, solo consiguió que se preguntara que tan desesperados estaban por una institutriz y si había sido buena idea aceptar el puesto. No obstante, al revisar el pequeño bolsito donde guardaba el dinero, se dijo que tenía que hacerlo, al menos hasta conseguir algo mejor.

No podía ser tan malo.

El ama de llaves le indicó el cuarto destinado a las institutrices y ofreció amablemente a uno de los lacayos para que la acompañara a buscar sus cosas a la posada. Una vez instalada, Arleth cerró los ojos un momento y agradeció a Dios por la oportunidad, un poco inconveniente, pero oportunidad en fin. Con mente positiva, se dijo que todo saldría bien.

Julian Allen, conde de Granard, no hizo ningún cuestionamiento a Richard por haberse tomado la libertad de contratar a una institutriz, y Shaphire, su esposa, tampoco. Richard supuso que casi estaban dando gracias al cielo y pidiendo por lo más sagrado que esta vez Clarice no la espantara con demasiada rapidez, cosa que Richard no podía asegurar. Si bien una amenaza con retirar la oferta de clases de boxeo había bastado para que su hermana cesara en su ataque de espantar a la señorita de forma verbal, nada podía garantizarle que consiguiera mantenerla a raya con cualquier otra diablura que se le ocurriera.

No es que Clarice Allen fuera una persona caprichosa, que en parte lo era, sino más bien era alguien con objetivos demasiado claros en la vida, y uno de ellos era recibir la misma educación que se le daría a un hombre. Ya que su condición de mujer le impedía la entrada a cualquier colegio que no fuera uno de señoritas, la joven estaba decidida a recibir educación por parte de un tutor y no de una institutriz. Quería que alguien le enseñara todo lo que se le enseñaría a un hombre, y no dejaría que sus planes se fueran por tierra. Julian le había prometido que si encontraban a alguien que dejara de lado los prejuicios para darle clases, sería contratado, pero en un mundo donde el hombre omnipotente se negaba a compartir su poder con otro sexo más *débil*, era un poco complejo conseguir ese espécimen, por lo que su hermana debería conformarse con las institutrices, posiblemente hasta que fuera presentada en sociedad en unos cinco años.

—Debo admitir que ha sido una sorpresa agradable que alguien se haya presentado para el puesto —le comentó Julian una vez se quedaron a solas en el despacho de este—, aunque me sorprendió que hayas decidido atenderla. Podía esperar a que regresáramos.

—No quería arriesgarme a que se arrepintiera —adujo Richard con una sonrisa inocente, sin querer ahondar en detalles.

Julian asintió y arqueó una ceja esperando que su hermano manifestara el motivo de su visita. Los Allen, debido a esa extraña manía de meterse en problemas, eran una familia bastante unida, aunque expusiesen a voz de grito lo contrario; sin embargo, que Richard o Alec solicitaran hablar con su hermano mayor a pleno mediodía, en lugar de esperar hasta la noche cuando a veces iban a cenar, le hacía saber a Julian que requerían algo importante.

Richard comprendió el gesto y habló:

—Estoy en problemas, Julian.

Esa era y sería, mientras existiera alguien que llevara el apellido, la frase favorita de los Allen. La misma sociedad los llamaba *la familia problemas*, pues atraían a estos como la miel a las abejas. Era algo tan sorprendente e inverosímil que se rumoreaba que era producto de alguna maldición hecha al primer conde de Granard hacía casi doscientos años, aunque ninguno conocía con exactitud la historia de lo que había sucedido. Solo sabían algo con seguridad: que eran tan problemáticos que muchos les tenían miedo.

—Y eso supone una novedad porque...

—Esta vez estoy en graves problemas. Puedo morir, Julian, y necesito consejo.

Habiendo pasado por tantas cosas en su vida, y habiendo presenciado los problemas en casi todas sus personificaciones, eran pocas las frases que lograban sorprender a lord Granard, o en ese caso, asustar.

—¿Qué sucede? —preguntó con aparente calma. Richard sabía que en el fondo se estaba preocupando. Sus dedos habían empezado a tamborilear en la madera.

—Sabes el revuelo que hay ahora con el regreso de la reina Caroline y su insistencia en ejercer su derecho como reina mientras Prinny busca la manera de anular el matrimonio.

Julian asintió. Eran meses complejos para los políticos y miembros importantes del parlamento. La reina Caroline, esposa del que pronto sería coronado rey de Inglaterra, había regresado al país después de un exilio voluntario de años, para exigir su derecho como reina consorte de Inglaterra después de la reciente muerte de George III en enero de ese año. No obstante, el príncipe regente se había negado e incluso buscaba la manera de conseguir la anulación del matrimonio. El pueblo estaba con Caroline, mientras los miembros del parlamento intentaban complacer al príncipe sin causar una rebelión por parte del pueblo.

—Bien —continuó Richard—, digamos que...he escuchado algo que no debía. Me enteré de que lord Carrick y a lord Merton intentan formular pruebas falsas que acusen a Caroline de adulterio o algún otro delito mayor, y permitan la aprobación de ley que le dará a Prinny la libertad de divorciarse. El problema es que ahora ellos saben que alguien conoce sus planes y buscan deshacerse de esa persona. Hace cuatro días, cuando me descubrieron escuchando, me persiguieron toda la noche hasta que al fin pude quitármelos de encima.

Julian meditó por unos minutos el delicado tema.

—¿Sabes que eres tú?

Richard negó con la cabeza.

—Entonces no hay problema grave aún. Debes actuar con normalidad. Huir sería gritar que eres el que tiene la información.

—¿Qué pasará si tienen éxito? No estoy seguro de poder apoyar jugadas sucias como esas.

—No debiste haber considerado la política como carrera, entonces —rebatía su hermano—. Mira Richard, es mejor que te mantengas al margen del asunto. Conforme se desarrollen los hechos, veremos qué sucede. No creo que sea tan fácil embaucar a la reina., lord Brougham abogado, es un hombre demasiado perspicaz, y tengo entendido que tiene el apoyo de la cámara de comunes. Ya lo intentaron hace poco y fracasaron, es muy probable que suceda de nuevo.

Richard asintió.

—La cámara de lores sabe que esa ley no será aprobada por la cámara de comunes, debe ser por eso que están desesperados buscando pruebas. Veamos qué pasa. Por ahora, actúa con normalidad y mantente alejado de esos hombres.

—Sobre eso...—Richard se pasó una mano por los castaños cabellos y sonrió de forma culpable—. ¿Recuerdas aquella supuesta viuda de hace unos meses, que resultó estar casada y cuyo marido no me quita la vista de encima desde entonces buscando la mejor manera de vengarse sin armar un escándalo?

—No me digas que...

—Es la esposa de lord Carrick—confirmó Richard—. Dudo que me lo pueda quitar de encima si no es con un duelo de pistolas al amanecer, y donde yo salga herido.

—Maldita sea —maldijo Julian recostándose con cansancio sobre el respaldar del sillón—. Entonces, dejémoslos en actuar como hasta ahora, y no te acerques a la esposa del marques. Luego resolvemos.

Richard asintió y se levantó.

—Me alegra haber podido importunarte con mis problemas, hermano —le dijo en tono burlón mientras se dirigía a la puerta—. Dile a la señora Hall que prepare comida extra. Esta noche vendré a cenar.

Julian blanqueó los ojos, luego asintió.

—¿Alec también vendrá?

Richard se encogió de hombros. Alec, su hermano, vivía al igual que él en una residencia de caballeros solteros. Su apartamento quedaba a pocos metros del suyo y estaban en constante contacto.

—No lo sé. Creo que ha iniciado una relación con una viuda. Ya van varias noches que no sé nada de él.

—¿Alec? —preguntó Julian incrédulo, y es que Alexander Allen no era una persona dada al libertinaje o relaciones pasajeras. A diferencia de Richard, le gustaban las cosas más serias. Había tenido aventuras, claro, pero ninguna que pudiera tener relevancia. Que empezara a salir con frecuencia con alguien, daba a entender que quería sentar cabeza.

—Sí. Tal vez pronto tengamos noticias, hermano. Si lo veo, le preguntaré si viene. Hasta pronto —dicho eso, salió de lugar, pero antes de dirigirse a la puerta, y solo por curiosidad, decidió preguntar por la señorita Cramson.

Capítulo 4.

—Nunca creí que llegaría a afirmar esto en voz alta: extraño a Angeline. Estas cenas se están volviendo aburridas y eso comienza a asustarme.

Todos los hermanos Allen analizaron por un segundo las palabras de Clarice, y terminaron asintiendo en conformidad. Si había algo que los caracterizaba, además de ser una fuente inagotable de mala suerte y problemas, era ser una familia con tendencia a discusiones y al desastre. Difícilmente una cena en donde participaban todos los hermanos transcurriría de forma tranquila, pero desde la partida de Edwin, el mellizo de Clarice, a Eton, y el casamiento de Angeline, la otra mujer de la familia, habían disminuido de forma muy considerable los niveles de disturbio en las comidas. Incluso se podía afirmar que ya parecían cenas normales, y aunque eso debería de ser tomado como algo positivo, solo causaba cierto recelo en una familia acostumbrada al escándalo. Era como si algo les estuviera pasando a los demás y ya ninguno era el mismo.

—¿Alguien me puede explicar por qué su repentino viaje a las fronteras con Escocia?

Los hermanos y Shaphire se lanzaron una mirada de quienes sabían algo, pero se limitaron a encogerse de hombros frente a Clarice, lo que provocó un gesto enfurruñado en la joven, a la que nunca le gustó verse excluida.

—Supongo que solo querían un tiempo a solas, alejados de todos. Su matrimonio fue un escándalo, pienso que lord Coventry aún lo está procesando —comentó Richard y los demás asintieron en conformidad.

Elliott Miller, conde de Coventry, un miembro considerado la perfección en persona, contrajo matrimonio con Angeline Allen, un imán de problemas y escándalos.

Ese fue el titular que reinó y seguía reinando en los periódicos y columnas de chismes de Inglaterra. Aun después de haber pasado meses desde la unión, la alta sociedad no comprendía cómo uno de sus miembros más selectos había terminado con alguien así de escandaloso, pudiendo haber tenido en matrimonio la mano de las señoritas más respetables.

—Yo todavía no entiendo cómo terminaron enredados —dijo Alec, que al final sí había asistido a la cena—, creí que lord Coventry tenía más sentido común.

—Lo importante es que no la puede devolver —habló Julian sentado en la cabecera de la mesa—. Lo demás carece de relevancia.

No era que Julian Allen no quisiera a sus hermanos, al contrario, los apreciaba más de lo que admitiría nunca. Pero nadie podía culparlo por querer mantener las distancias con ellos. Después de haber tenido la magnífica suerte de engendrar otro par de mellizos Allen, que estadísticamente eran peores que un Allen común, el pobre hombre solo deseaba tener la menor cantidad de estrés posible, sino moriría antes de tiempo.

—De igual forma, no creo que...

Un grito que representaba el vivo horror interrumpió las palabras de Richard y puso a toda la familia en alerta, quienes de inmediato pusieron su vista en Clarice, cuya única prueba del delito era ese rostro que bien podría significar inocencia pura.

Sabían que no obtendrían nada de ella, así que dejaron la cena a medias y corrieron hasta el lugar de donde provenía el grito. No fue ninguna sorpresa descubrir que era el cuarto de la

institutriz, aunque sí fue inesperado encontrarla solo con una camisola y una enagua.

Como buenos caballeros, sus hermanos se giraron para respetar la intimidad de la dama, pero Richard fue incapaz de apartar la vista, y sus ojos pícaros no pudieron evitar recorrer con descaro aquello que antes había estado oculto en aquel espantoso vestido gris. Para su buena fortuna, la señorita Cramson se encontraba demasiado ocupada mirando con terror la tarántula que había en su cama para cubrirse con la rapidez que requería el asunto, lo que le permitió deleitarse unos segundos más con su cuerpo. Ignoró el manotazo que alguien le dio —posiblemente Shaphire—, y los gritos de su conciencia que le exigía que se comportara. Una exigencia bastante absurda, pues actuar como caballero y desviar la vista en ese momento sería más un sacrilegio que un acto bondadoso.

Para alguien que podía presumir conocer varios tipos de cuerpos femeninos, desde los más exuberantes, hasta los hermosos por su sencillez, una figura más no debería haberle causado una fascinación más allá de la normal. No obstante, lo que Richard tenía ante sí era una figura que atraía a los ojos como atraería el canto de una sirena a un ingenuo marinero. Quizás era porque solo la había visto bajo una apariencia recatada, y ahora que mostraba su verdadera esencia no podía hacer más que deleitarse, deseando a su vez conocer un poco más lo que aún quedaba oculto, que, cabía acotar, no era casi nada, pues las exquisitas prendas interiores estaban lo suficiente desgastadas para bloquear la imaginación y dejar todo el disfrute a la vista.

La piel de la mujer, aun más pálida de lo común por el susto, se presentaba como una delicada pieza de porcelana, moldeada como una muñeca pero diseñada para el gusto y uso masculino. Sus caderas eran grandes, su cintura podía ser abarcada por sus manos y sus pechos...sus pechos eran como dos golosinas que se antojaban de lo más apetitosas, coronados por una punta marrón que se veía perfectamente a través de la tela y que estaba erecta y tensa, como solicitando atención.

No tenía ni idea de que cara tenía en ese momento, pero debía de ser lo suficiente expresiva para despertar las alarmas en Shaphire, quien dejó a un lado los discretos manotazos para sacudirlo y llamarlo por su nombre, provocando que la señorita Cramson saliera de su asombro. Ella soltó un grito ahogado, y para su desgracia, tomó una bata de lana muy conservadora.

Arleth sintió las mejillas enrojecer y desvió la vista hacia sus manos, para asegurarse de que el nudo de la bata la dejara bien cerrada y así la protegiera de miradas lujuriosas. Se sentía muy avergonzada por mostrar semejante espectáculo, y atraer la atención no solo del servicio, sino de sus nuevos empleadores. Pero no pudo evitarlo. Después de haber pasado el día organizando sus cosas y las clases del día siguiente, había cenado con el servicio y luego se había retirado a su cuarto. Se estaba quitando la ropa cuando la vio: una cosa horrorosa, peluda y gigante, de ocho patas que estaba sobre su almohada. El grito había sido involuntario. A pesar de no ser una mujer dada a asustarse con facilidad, los insectos nunca habían sido dignos de su aprecio. Le recordaba aquella noche en que su padre la encerró en el sótano como castigo por haber roto una botella de licor por accidente.

Observó que lord Granard y otro caballero que no conocía, y que guardaba bastante parecido con el conde y el señor Allen, se giraban con cautela para comprobar que estuviera medianamente presentable. Arleth desvió la vista por la vergüenza, pero su mala suerte la llevó a encontrarse con aquellos ojos castaños en los que ahora había un brillo de interés puro. Debió haber desviado otra vez la mirada, solo que no pudo, presa y fascinada a la vez por el interés que nunca antes nadie le había demostrado, y que para su desgracia, no debería permitir que nadie le demostrara si quería que sus planes no se tambaleasen.

Molesta consigo misma, consiguió apartar la vista hacia un lugar neutral y moduló su tono de voz para decir.

—En verdad lamento...

—¡Iwyn! Con que aquí estabas. Oh Dios mío, señorita Cramson, cuánto siento el susto. No imaginé que se escaparía de mi cuarto y llegaría hasta aquí —interrumpió Clarice Allen mientras se adentraba en el cuarto. Sin ningún recelo, tomó a la araña en sus manos.

Arleth la miró y la joven se limitó a sonreírle con la más pura inocencia en sus ojos. Cualquiera otro no dudaría de la veracidad de esa inocencia. Arleth solo obtuvo la certeza de que ella había sido la causante.

Muchacha malcriada, pensó para sí, y se recordó que no sería por mucho tiempo.

Solo hasta que encuentres otro trabajo Arleth, solo hasta que encuentres otro trabajo.

Observó al resto de los presentes: El ama de llaves, que también se había acercado alarmada por el grito, observó con repugnancia como lady Clarice acariciaba a la araña, y después de negar con la cabeza, se retiró llevándose consigo a otras criadas que fueron a chismosear.

Lord y lady Granard, por su lado, parecían estar a punto de zarandear a lady Clarice, y luchaban contra el sentido común que les decía que no era correcto hacerlo frente a testigos. El hombre que no conocía mostraba un semblante indescifrable, como si estuviera acostumbrado a ese tipo de situaciones, y el señor Allen...el señor Allen contenía la risa.

Solo el hecho de tener muchas deudas con Dios le impidió maldecirlo como se merecía. ¿Cómo podía reírse en una situación tan bochornosa?

—Le pedimos disculpas, señorita Cramson —habló el conde de Granard con tono tranquilo, lanzándole una mirada de reproche a su hermana—. No tenemos idea de cómo ha llegado ese animal a manos de Clarice, pero le aseguro que no se repetirá un incidente parecido porque ahora mismo se deshará de el.

Clarice Allen emitió el sonido más dramático posible y compuso una expresión ofendida.

—¿Quieres que me deshaga de mi mascota?

—Una araña no es una mascota, Clarice —dijo el conde con un tono de advertencia que la joven debía de estar acostumbrada a ignorar, porque hizo caso omiso de este cuando prosiguió.

—Lo es para mí. No me desharé de ella. Después pretenderás que me deshaga de mi ratón, mi lagartija, y mi rana. Eso es inadmisible.

Arleth abrió la boca con incredulidad. Para su suerte, ningún sonido de horror salió de esta, aunque poco le faltó. ¿Ratón?, ¿lagartija?, ¿rana?!

El conde de Granard le dirigió una sonrisa de disculpa.

—Es un malentendido, señorita Cramson, Clarice no...

—A excepción de las arañas, me encantan los animales —declaró interrumpiendo al conde y ganándose una mirada extrañada de la joven diablilla. Oh, ella odiaba todos esos bichos, pero no pensaba hacérselo saber a ese pequeño duende ansioso de jugar bromas—. Sus...mascotas, no supondrán ningún problema, lady Clarice, siempre y cuando no interrumpan las clases.

Esta vez, fue la joven la que abrió y cerró la boca con sorpresa. No parecía estar acostumbrada a no salirse con la suya y era algo que no le agradaba, por lo que sin mencionar nada más, le dedicó una fría sonrisa que bien podía decir: *esto es guerra*, y se marchó.

Los condes parecieron aliviados y después de murmurar una disculpa, también se retiraron.

El joven desconocido hizo una corta reverencia, se presentó como Alexander Allen, y también se marchó.

Arleth estaba a punto de cerrar la puerta cuando se dio cuenta de que todavía había un Allen presente.

—Eso ha sido maravilloso —manifestó el hombre con esa sonrisa que parecía constante en su cara—. Es usted la primera institutriz que le ha ganado una batalla a Clarice. Felicidades. Si le

hace sentir mejor, le aseguro que no tiene ningún ratón, lagartija o rana de mascota.

—¿Me lo dice con la misma certeza con la que me aseguró que era una joven adorable? Discúlpeme, señor, pero su palabra deja mucho que desear.

Él rió.

—No se amargue señorita Cramson, o Clarice lo usará en su contra. Además, está demasiado joven para fruncir el ceño de esa manera. Sé que es un gesto característico de una institutriz, pero no lleva tantos años de existencia amargada para comenzar a hacer uso de este, ¿o sí? ¿Tan mal le fue en la casa del duque?

La mirada inquisidora que le dirigió le provocó a Arleth unas fuertes ganas de cerrarle la puerta en la cara y evadir un posible interrogatorio. Si alegaba que ella seguía en camisón, y que hablar en la puerta de su habitación no era para nada correcto, puede que pudiera librarse, pero algo le dijo que solo despertaría aun más la curiosidad del hombre.

—Los duques de Newquay eran personas muy amables, y lady Arabella una niña encantadora —recalcó la palabra *encantadora*.

—Entonces no comprendo el motivo de su venida a Londres. Sinceramente, señorita Cramson, no ha sido una decisión muy acertada de su parte dejar un trabajo estable y bueno. Además, creí que las institutrices preferían la tranquilidad del campo al ajetreo de la ciudad.

—Nunca se puede dar nada por sentado, señor Allen, cada persona es diferente.

Richard sabía que ella buscaba la mejor forma de acabar con el tema. Arleth sabía que él quería llegar hasta el fondo del asunto. Supo desde un principio que no le había creído del todo, pero no imaginó que llegaría a interrogarla. De hecho, había rezado por no verlo con frecuencia.

—No diferiré en ese punto. Usted es diferente, señorita Cramson, no me cabe duda de ello.

Su voz se había vuelto más suave. Las palabras las pronunció con más lentitud, y con tal intensidad que la dejó desorientada por unos segundos. ¿Cuántos? No lo sabía, pero los suficientes para no notar cuando él se acercó más de lo aceptable. De pronto, estaban demasiado juntos, y ella se empezó a poner nerviosa, tanto, que su cerebro tardó más de lo común en formular frases coherentes.

—Se-señor Allen, esto no es correcto. Debería retirarse —murmuró.

—Debería, sí —respondió él. Arleth se lo imaginó vagamente sonriendo como solo él lo hacía, pero no fue eso lo que sucedió. Su semblante era neutro, aunque sus ojos cargados de intensidad decían más que cualquier palabra.

Los ojos de él se posaron de pronto en sus labios. Una alarma se encendió por todo su cuerpo.

Retrocede. Cierra la puerta, ordenaba el cerebro, pero sus pies y sus manos, en un acto de rebeldía, se negaron a hacer ningún movimiento. Estaba atrapada en un embrujo, donde solo podía mantenerse ahí, disfrutando de su cercanía y con su vista fija en la de él. Era una locura, no entendía nada, y saber que la situación era incorrecta no ayudó a su liberación. Si no fuera porque él se apartó de forma brusca, Arleth no sabía que hubiera pasado.

Vio que él parpadeaba, desorientado, y se preguntó si el embrujo se había extendido también a él.

De inmediato se reprendió por ese tipo de pensamientos estúpidos. ¿Embrujo? Por el amor de Dios. Ella era una mujer sensata, eso no existía. Lo de hacía un momento fue solamente un...un... bien, pensaría después qué fue, pero debía de tener una explicación lógica.

Recuperó la compostura y observó que él también lo hacía, y junto con esta, esa sonrisa fastidiosa.

—Bien, me marchó señorita Cramson. Espero que pase usted una feliz noche sin animales inoportunos que invadan su cama.

Lástima que él no pudiera ser uno.

Ella contuvo el impulso de blanquear los ojos y comenzó a cerrar la puerta. Sin embargo, él la llamó y ella volvió a abrir. Cuando lo hizo, un brillo travieso en los ojos de él encendió su cautela.

—Por cierto, considere un cambio de vestuario. Es una pena ocultar semejante cuerpo en tan horribles vestidos.

Ofendida, cerró de un portazo deseando haberle dado un duro golpe en la nariz. Por desgracia, en lugar de ser un quejido lo último que escuchara de ese hombre en la noche, oyó una carcajada. Una irritable carcajada de un hombre irritable que, si tenía suerte, toleraría por poco tiempo.

Capítulo 5.

—¿Ahora te dedicas a seducir institutrices, hermano? ¿Las mujeres de la alta sociedad abrieron los ojos y dejaron de considerarte atractivo?

Richard detuvo su andar hacia el comedor y se enfrentó, con semblante inexpresivo, a su hermano Alec, que se había recostado en una de las columnas del pasillo con actitud despreocupada.

—No seas imbécil. ¿No te han dicho que es de mala educación escuchar conversaciones ajenas?

—Sí, con la misma frecuencia que deben haberte dicho a ti que es poco caballeroso hablar con una dama respetable en su habitación, sobre todo cuando esta se encuentra en prendas menores.

Richard blanqueó los ojos. Nunca llegaría a comprender por qué consideraban a Alec menos irritable que a él si era todo lo contrario, así como tampoco lograba entender por qué su hermano lograba ser perdonado de todo. Quizás fuera ese brillo de inocencia pura en sus ojos lo que debilitaba la voluntad férrea de una persona. Alexander Allen, con veintiséis años, podía presentar la apariencia y la actitud de un niño inocente cuando quería, y así hacerles creer a los demás que no rompía ni un plato, y era que Alec no rompía un plato, ¡rompía toda la vajilla! Era un Allen, después de todo; solo conseguía con facilidad el perdón de los demás.

—Solo quería asegurarme de que se encontrara bien; así tranquilizaría a mi conciencia, pues he sido yo el que le ha dado el trabajo.

Alec arqueó una ceja y Richard supo que decía: *no te creo nada, pero fingiré que sí.*

—¿Qué deseas que no podías esperar a que regresara? —espetó algo irritado.

Su hermano sonrió.

—Nada. Solo me causó curiosidad saber por qué te demorabas y me he quedado a chismosear —dicho eso, se encogió de hombros y se fue.

Richard contuvo un gruñido y regresó a la cena.

Era hora de enfrentarse al enemigo.

Con un cuaderno con apuntes en la mano, Arleth revisó con rapidez su aspecto en el pequeño espejo del corredor antes de tocar la puerta de la joven Clarice.

Mentiría si dijera no había reconsiderado mucho el hecho de aparecerse ahí, pero su determinación ganó al recelo. Se colocó el vestido más severo que pudo encontrar, tomó nota de las clases que daría, y se encaminó hacia el cuarto de la pequeña diablilla. No estaba dispuesta a dejarse amedrentar y vencer por una niña de trece años, no señor. Ella tenía más voluntad que eso y una joven con insectos de mascotas no acabaría con ella. Solo esperaba que lo de los ratones y las ranas en verdad haya sido una broma.

Tocó la puerta y esperó con paciencia a que abrieran o le indicaran el paso, pero como nadie respondió, intentó de nuevo. Al verse ignorada, abrió con cautela, casi esperado que algo le cayera encima. Llegó intacta al interior, gracias a Dios, y sus ojos se encontraron con una tranquila joven, sentada frente a la chimenea con un libro en sus manos. La imagen era tan ajena a lo que conocía de ella, que por un momento pensó que se había equivocado de habitación. ¿No la atacaría con algo?

—Edwin, mi hermano, era el que sabía equilibrar el balde encima de la puerta —explicó Clarice como si le hubiera leído la mente, mas no apartó la vista del libro—. Mis métodos son otros.

Esa simple frase debió haber bastado para que alguien más cobarde saliera corriendo, pero Arleth ya se había preparado mentalmente toda la noche.

—Bien, creo que es hora de comenzar —dijo obviado su anterior comentario—. No sé su nivel de educación hasta ahora, pero creo que podemos comenzar con un poco de historia...—Se detuvo al ver que la joven no había dejado su libro—. ¿Lady Clarice?

Clarice la ignoró y Arleth suspiró buscando paciencia.

—También podría comenzar con literatura, si lo prefiere. ¿Qué lee? —Al verse de nuevo ignorada, se acercó y leyó el título de la portada.

Reivindicación de los derechos de la mujer.

¿Los condes permitían que su hermana leyera ese tipo de cosas? ¿No estaba ese libro prohibido?

Arleth no lo había leído, pero no tenía que ser muy inteligente para saber de qué se trataba. Si se había sorprendido porque alguien tan joven mostrara interés por la lectura, era aún más sorprende que fuera por ese tipo de lecturas. Tenía entendido que esa clase de libros eran prohibidos y repudiados por las damas de clase alta al ser todo lo contrario a su educación.

—¿Interesante la lectura, lady Clarice? —preguntó intentando de nuevo llamar su atención.

Arleth estaba casi segura de que su nueva táctica era ignorarla. Para su sorpresa, respondió, aunque sin mover la vista.

—Más de lo que estarán esas aburridas lecturas clásicas que pretende enseñarme. Es probable que ya me las haya leído todas.

Había conseguido que hablara, al menos eso era algo.

No dijo nada más por varios segundos. Debía buscar la mejor forma de proceder para no obtener de nuevo su indiferencia. Sin embargo, no fue necesario, pues Clarice levantó un momento la vista del libro y la miró como si esperara algo. Al ver que Arleth no decía nada, arrugó el ceño.

—¿No va a decirme que este no es el tipo de libros que debe leer una señorita?

Su tono de voz delataba una actitud defensiva. Arleth se fue con cuidado.

—No puedo afirmar ello sin saber de qué va el libro.

Clarice la miró como si fuera tonta y señaló el título.

—*Reivindicación de los derechos de la mujer.* La autora argumenta el porqué las mujeres merecemos igual educación que los hombres en lugar de ser consideradas inferiores.

Si esperaba una reacción escandalizada, Arleth la decepcionó.

—Suenan interesantes. —Fue lo único que comentó dejando a Clarice de momento atónita—. Veo que es fanática de temas controversiales.

—Soy partícipe de la igualdad de derechos, señorita Cramson. Quiero una educación igual a la de un hombre y por ello, sonando grosera, le digo que usted está demás. ¿O acaso sabe filosofía, geografía, álgebra y todas aquellas materias esenciales para un hombre? Mas allá de su nivel básico, por supuesto. ¿Es capaz de enseñarme esgrima, tiro y a cazar? Seguro que no —se respondió a sí misma viendo que Arleth no decía nada—. De igual forma, no es su culpa, señorita Cramson, sino de una sociedad que por miedo a perder el poder que ejercen no son capaces de reconocer la igualdad de condiciones. Una mujer jamás podrá impartir los mismos conocimientos que un hombre porque no fue educada de esa manera y no cambiará hasta que no cambiemos nuestra forma de pensar. Por eso quiero un tutor, y por eso usted no me sirve. No es nada personal, señorita Cramson, solo hágame caso y busque otro empleo ahora. Lo de la araña fue solo una

pequeña muestra de lo que en verdad puedo hacer para conseguir lo que quiero.

La amenaza implícita debió de haber sido suficiente para que el sentido común de una persona normal hiciera acto de presencia, y la instara a irse a otro lado. Pero Arleth, que últimamente parecía carecer de este don, no se inmutó.

—Lamento decirle esto, lady Clarice, pero como usted misma acaba de afirmar: vivimos en una sociedad con el hombre gobernante, y no encontrará en toda Inglaterra un tutor que acceda a darle clases a una mujer.

A Arleth sus propias palabras le sonaron amargas. La joven tenía razón, por culpa del mundo en el que vivían, las únicas opciones de ella había sido o casarse con el hombre elegido por su padre, o huir a un futuro poco prometedor, pues apenas tenía las aptitudes para ser una institutriz, y aun así, todo se le dificultó. Otras eran más desafortunadas. No obstante, admitir el problema no lo solucionaba. Por unas pocas personas que pensarán diferente el mundo no cambiaría, y era adaptarse o morir. Lady Clarice era muy joven aún para comprenderlo.

—Puede que no, pero cuando Edwin sea, inevitablemente, expulsado de Eton, mi hermano se verá en la obligación de buscarle un tutor. Yo asistiré a las clases de espectadora y no necesito institutrices rondando por la casa buscándome.

Obviando, por salud mental, la parte en la que ella afirmaba que su hermano sería corrido de Eton, Arleth argumentó:

—¿Y piensa no hacer nada mientras eso sucede? Para ser una persona que afirma interesarse en el estudio, la veo muy dispuesta a pasar un tiempo de ocio.

Clarice la miró mal.

—Le aseguro que aprenderé más por mi cuenta en ese tiempo de ocio que lo que aprenderé con usted, puesto que no tengo ningún interés en saber de etiqueta, costura, o mejorar mi francés.

La actitud defensiva estaba volviendo a aparecer y Arleth se fue con cuidado. No era que tuviera intención de permanecer en esa casa mucho tiempo, pero prefería que su estancia trascurriera de forma tranquila.

—Admito, lady Clarice, que no tengo los conocimientos que se esperan de una educación superior masculina, pero en mis tiempos de ocio leía colecciones antiguas que mi padre tenía sobre ciertos temas, y puedo decir que he aprendido más de lo básico sobre álgebra, agronomía, literatura, y filosofía. Si cree que puedo aportarle algo nuevo, no tendré ningún inconveniente en hacerlo.

La mirada de desconcierto que ella le dirigió hizo sentir a Arleth orgullosa de sí misma. Estaba claro que eran pocas las cosas que conseguían desencajar a esa muchacha. Lamentablemente, también eran pocas las que se le pasaban por alto.

—No debe venir de una familia de clase tan baja si su padre poseía grandes cantidades de libros. Tampoco parece de edad suficiente para considerarse un caso perdido en el mercado matrimonial. Dígame, señorita Cramson, ¿de donde proviene usted?

Arleth maldijo en su interior.

—Mi padre era un comerciante que consiguió acumular cierta cantidad de dinero durante un tiempo, pero cuando llegué a la edad casadera, ya lo había perdido a causa del juego, y no había nada que yo pudiera ofrecer, por lo que me limité a buscar empleo como institutriz. Eso es todo.

La joven le dirigió una mirada suspicaz, aunque no hizo ningún tipo de comentario y se limitó a encogerse de hombros, como si no le importara.

—Bien. Ya que no puedo convencerla, aceptaré temporalmente su ofrecimiento de conocimientos extras, solo para ver que tan avezada cree que está. ¿Por qué no comenzamos por la botánica? Me gustan las plantas. ¡Es más! —Una sonrisa demasiado alegre para ser sincera se

formó en su rostro—. ¿Por qué no vamos a Green Park y las observamos mejor? Mi hermano no se opondrá. Yo misma hablaré con él.

Todos las alertas de Arleth se dispararon ante la repentina amabilidad, pero sabiendo que era la única posibilidad para firmar una tregua, asintió y se ofreció a comenzar las clases de ese día con lo poco que había aprendido de filosofía. Pronto se dio cuenta de que era una materia que parecía encantarle a lady Clarice, y de alguna manera consiguió mantener su atención durante el resto del día. Posteriormente, solicitó permiso al conde para pasear al día siguiente por Green Park, y este accedió de buena manera. Solo esperaba que todo saliera bien.

Renunciaría.

Apenas encontrara a ese pequeño demonio, y se librara de un posible problema, renunciaría. No tener dinero y dormir bajo un puente ya no parecía una posibilidad tan aterradora como antes, no al menos si se comparaba con seguir soportando las bromas pesadas de esa niña que muy posiblemente terminaría llevándola a la locura.

Cuando llegaron al parque, Arleth se había ofrecido con amabilidad a enseñarle distintos tipos de plantas y sus características. Sin embargo, apenas se volteó, Clarice desapareció. No tenía duda de que la intención de la muchacha era darle un buen susto para que renunciara, y vaya que lo había conseguido. No pensaba tolerar más ese tipo de situaciones donde su paciencia estaba siendo sometida a una dura prueba.

No queriendo dar la apariencia de alguien desesperada, Arleth recorrió con los ojos el lugar intentando localizar a lady Clarice. La iba a encontrar. No pensaba llegar a la casa de lord Granard y admitir que había perdido a su hermana. No se saldría con la suya en ese aspecto esa diabólica criatura.

No obstante, cuando llevaba paseando al menos diez minutos, y no había señales de vida de la joven, se empezó a preocupar.

—Muchacha insensata —siseó para sí.

¿Tenía acaso la mínima idea de los peligros que corría escapándose así? ¿Tal era su desespero por librarse de ella? Bien, le daría el gusto. Arleth no pensaba permanecer ni un minuto más en esa familia de locos.

—Señorita Cramson, qué placer verla por acá. ¿Vino con Clarice?

Arleth se tensó y se giró con la mayor lentitud posible hacia la voz, como si quisiera retrasar el momento.

El señor Allen, vestido con un traje de montar, estaba frente a ella con las riendas de un semental marrón en la mano.

Arleth intentó mantener su típico semblante inexpresivo y sereno, pero le fue imposible. ¿Qué se suponía que diría ahora? No podía confesar que había sido tan ingenua para perder a lady Clarice, aunque tampoco veía cómo ocultar que no sabía dónde estaba. ¿Podían demandarla por eso? Oh, Dios mío, estaba en un grave problema.

—¿Sucede algo? —preguntó Richard al ver su semblante preocupado—. ¿Le ha pasado algo a Clarice?

Arleth miró a ambos lados como si de repente fuera a aparecer por arte de magia, pero al ver que la criatura seguía escondida, suspiró y dijo resignada:

—No la encuentro. Le juro que no sé cómo pasó —se apresuró a justificarse mientras movía las manos en una ademán nervioso—. Solo me giré un instante y luego...!Oh, lo lamento!

Esperó ver una reacción enfurecida, que le gritara su incompetencia o algo similar, pero Richard Allen solo se limitó a posar una mano en la cabeza de su semental y dibujar en su cara una expresión pensativa.

—He de admitir que esta vez mi hermana se ha pasado de la raya al darle este susto, señorita Cramson. Ha sido muy irresponsable de su parte desaparecer de esa manera. Pero no se preocupe, Clarice tiene una inteligencia que el diablo envidiaría, no debe estar muy lejos, no se arriesgaría a perderse de verdad.

—Llevo diez minutos buscándola por todos lados —declaró Arleth, ya más calmada al ver que no era blanco de furia del hermano—, no está cerca. Lord Granard va a matarme si regreso sin ella.

En la boca de Richard apareció una sonrisa traviesa. Arleth empezó a desconfiar.

—Tranquilícese, señorita Cramson. Yo puedo ayudarla a buscar a Clarice y evitar que mi hermano se entere....solo si accede a algo.

Ella estuvo a punto de maldecirlos en voz alta, a él y a toda su familia. ¿Una condición? ¿En serio?

—¿Tan poco le importa el bienestar de su hermana que no está dispuesto a buscarla si no es bajo coacción? —provocó, pero él no perdió la sonrisa.

—Usted decide.

El asesinato se paga con la horca, Arleth, se recordó.

—Está bien. ¿Qué quiere?

—Por ahora, nada en específico, pero cuando se me ocurra algo, recuerde que accedió.

Arleth blanqueó los ojos de una forma poco correcta y luego asintió. Después, lo instó a empezar la búsqueda. Solo esperaba no arrepentirse luego.

Capítulo 6.

—Su hermana está muy malcriada —comentó Arleth con reproche mientras iniciaban, con disimulo, la búsqueda por Green Park de Clarice.

El señor Allen había asegurado que la joven no debía de haber salido del parque, y que seguro estaba tras algún árbol o en otro rincón del lugar. Por su estabilidad mental, Arleth había decidido creerle.

—Los mellizos tenían seis años cuando nuestra madre murió. Admitimos que en un intento de que no les afectara tanto, los consentimos demasiado y no hubo luego quién los detuviese. Llevan el apellido Allen, después de todo, nacieron para escandalizar a la gente y meterse en problemas.

Arleth frunció el ceño ante semejante afirmación.

—No comprendo, ¿qué quiere decir?

El hombre soltó una carcajada que atrajo la atención de muchos de los caminantes.

—Por el amor de Dios, señorita Cramson, ¿acaso ha pasado toda su vida excluida? ¿De verdad nunca escuchó a hablar de los Allen? —Al ver que ella no respondía, la comprensión brilló en los ojos de él—. Supongo que eso puede explicar porque se presentó a buscar trabajo en nuestra casa. Bien, mejor no digo más, no seré yo quién le espante.

—Eso ya no será necesario, señor Allen —respondió con amargura. Solo podía pensar en todo lo que tendría que hacer para buscar un nuevo trabajo.

Richard tardó un momento en comprender qué quería decirle.

—¿Insinúa acaso que piensa renunciar? —El tono de alarma lo sorprendió tanto, que se obligó a moderarse para continuar—. La creía más valiente, señorita Cramson —provocó, esta vez simulando indiferencia.

No comprendía de dónde había venido tal desespero. Podía mentirse diciendo que se debía a que no conseguirían otra institutriz para Clarice, pero sabía que la educación de su hermana en realidad le importaba un comino, pues esta tarde o temprano se saldría con la suya con lo del tutor. No, la desesperación y el miedo a que se fuera provenían del hecho de que la mujer había llamado su atención desde el momento en que la vio. No podía decir exactamente de qué manera, ni definir el grado de intensidad de esta atracción, solo afirmar que lo había intrigado y no podía estar en paz hasta que descubriera qué ocultaba esa mujer, y no se refería a lo que escondía debajo de esos horrendos vestidos, que ya el descubrimiento le había ocasionado una noche entera de insomnio, sino a los verdaderos motivos por los que estaba en Londres. Por más que lo intentaba, no podía dejar de pecar de entrometido.

—Creo que he sobreestimado mi nivel de valentía. No estoy a la altura de sus retos. Lo cierto es, señor Allen, que prefiero no esperar a que me corten el cabello o me lo aclaren con limón.

—No le sucederá eso, se lo aseguro. Ya han hecho esas bromas y los mellizos pocas veces repiten.

Arleth tuvo que recordarse que golpear no era de damas para contener sus impulsos. ¿Podía existir un hombre tan irritable?

—Vamos, señorita Cramson, no se dé por vencida tan fácil.

—De verdad lamento tener que someterlos al engorroso trabajo de buscar otra institutriz —continuó Arleth ignorando su comentario—, pero debido a que se encuentra en juego mi

estabilidad mental, sé que lo comprenderán.

Richard empezaba a pensar que era estúpido insistir en que se quedara. Ella no tenía ninguna obligación de hacerlo y él ningún motivo para solicitárselo. Decirle *me causaste curiosidad, no te vayas*, era, desde cualquier punto de vista, una tontería que en nada se asociaba con su carácter.

Vamos Richard, déjala en paz ¿Qué te pasa con ella?, se dijo a sí mismo, pero aun así no se convenció de dejar de insistir. Algo dentro de él, una vocecita fastidiosa, lo instó a continuar.

—Hagamos una cosa, encontremos a Clarice, y luego vemos qué sucede.

Arleth no respondió y adelantó el paso. No tenía sentido discutir con ese hombre, cuando ella ya había tomado su decisión. Que él pensara lo que quisiese.

Richard no tuvo dificultad en alcanzarla.

—Por cierto, ¿qué hacían por este parque?

—Quería mostrarle distintas plantas a su hermana para ampliar sus conocimientos de botánica.

—¿Botánica? —repitió Richard incrédulo, y luego soltó una carcajada que molestó a Arleth—. Mi querida señorita Cramson, le aseguro que el único motivo por el que Clarice pudiera desear tener información de una planta, es para saber si puede envenenar a alguien con ella.

—Es bueno saberlo ahora —respondió con ironía—, yo solo buscaba temas de interés para llevar la fiesta en paz.

—No lo dudo, pero...—se detuvo un momento como si se acabara de dar cuenta de algo—. ¿Puedo saber el motivo por el que una dama posee amplios conocimientos de botánica?

—No dije que poseyera amplios conocimientos del tema, solo que sabía algo sobre eso —evadió Arleth.

¿Por qué tenía que ser esa familia tan inteligente? ¿No podían ignorar la vida de sus empleados, como hacían todos?

—De igual manera, no es algo que enseñen en la escuela de señoritas. ¿Ha leído libros sobre ello? ¿Le permitía el duque usar su biblioteca?

A ella no le gustaba nada el giro que estaba tomando la conversación. Por su parte, a Richard le sorprendió el tono ligeramente amargo con el que formuló la pregunta, como si estuviera celoso. Por el amor a Dios, ¿qué le sucedía?

—Ya le mencioné que el duque es una persona muy amable, pero mi padre contó también en una ocasión con ciertos libros que fueron parte de mi educación.

Al ver que él arqueaba una ceja, Arleth supo que no debió haber dicho eso.

—¿A qué se dedicaba su padre?

—¿Por qué le interesa? No me salga con la excusa de que quiere saber a quién contrata, ya le dije que no me tendrá que soportar por mucho tiempo.

—¿No puede satisfacer la curiosidad de un simple mortal?

—Mi vida no es cuento de entretenimiento, señor.

Arleth volvió a mirar a ambos lados intentando localizar a Clarice, con el fin de liberarse así de la conversación. No obstante, a esas alturas debía de saber que ese día se había levantado con el pie equivocado.

—¿Está malhumorada, señorita Cramson? —preguntó él con humor—, ya le mencioné que está muy joven para eso.

—Cada quién se amarga a su tiempo, señor Allen. ¿Va a seguir el interrogatorio, o buscaremos a su hermana?

Richard Allen estuvo a punto de responder con algún comentario que la hiciera salir de sus casillas, pues le encantaba verla de mal humor. Su ceño arrugado, sus ojos revelando las ganas de asesinarlo. Las personas solían hablar más enojadas. Sin embargo, sus ojos captaron algo, y la

somrisa se le borró del rostro. Olvidándose un momento de ella, comenzó a caminar hacia un par de hombres que se encontraba en un sitio un tanto apartado del parque, donde no había personas alrededor. Arleth lo siguió desconcertada.

Él ató a su semental a un árbol, y se acercó a otro que estaba más cerca de los dos hombres.

—Señor Allen...—comenzó ella, pero él le hizo un gesto para que guardara silencio y la arrastró hasta que quedaron ambos ocultos tras el árbol.

—No es conveniente de hablar de esto aquí, Merton. Ven a mi casa más tarde, es mejor.

—Lord Carrick, insisto en que esto es inútil. La ley jamás se aprobará. Los comunes no lo aceptarían...

Arleth sintió un escalofrío cuando reconoció las voces que casi causaron su muerte por hipotermia. Miró al señor Allen, preguntándole con los ojos qué hacían escuchando algo que posiblemente no les convenía. Él no la miró, sino que parecía centrado en la conversación. ¿En que clase de líos andaba metido ese hombre? Ya tenía otro motivo para salir corriendo lejos de esa familia.

—¡Silencio!, hablamos después —gritó el que parecía tener el mando y empezaron a caminar hacia...!Hacia ellos!

Ella se preparó para escapar, pero el Señor Allen la retuvo del brazo haciéndole saber que si salía ahora, los delataría. De hecho, cualquier movimiento en cualquier dirección que tomaran podía delatarlos si los hombres eran perspicaces. Su única salida consistía en no moverse y esperar que estos pasaran de largo sin verlos.

¿Y si igual los veían?

Arleth se empezaba a poner nerviosa. Miró al causante de sus problemas, esperando que tuviera una buena excusa por si los descubrían ahí. Él portaba un semblante pensativo, y después de al menos cinco largos segundos de cavilaciones internas, la atrajo hacia sí y la besó.

La sorpresa y confusión momentánea bastaron para que Arleth se olvidara por completo del posible peligro que corrían. Su mente se centró en apartar al hombre que se había atrevido a robarle su primer beso, pero después de descubrir que era imposible, y luego de que este comenzara a mover con vivacidad los labios sobre los de ella, dejó la lucha y se dejó besar, aunque se justificó diciéndose que era solo curiosidad, y parte de la tapadera por si los veía ahí.

Debido a que estuvo toda una vida encerrada, su contacto con el género masculino había sido casi nulo, por lo que jamás experimentó lo que era un beso, y aunque en varias ocasiones se lo imaginó, nunca pensó que fuera tan...agradable. Sí, esa palabra se le acercaba, pero no definía del todo lo que estaba sintiendo en ese momento. Los labios de él se movían con presteza contra los suyos, y unas pequeñas cosquillas empezaron a formarse en su estómago, revolviéndolo y provocando que un calor exquisito recorriera su cuerpo. Casi por inercia, le rodeó el cuello con los brazos y comenzó a corresponder al beso como pudo, intentando seguir el ritmo y conteniendo el impulso de retroceder cuando el introdujo su lengua en su boca. Arleth no estaba segura de que esa fuera una buena manera de besar, sin embargo, cualquier reserva desapareció cuando lo que al principio fue calor, empezó a volverse un ardor insoportable.

Pronto no reconoció a su propio cuerpo que parecía haber perdido la voluntad, y todo pensamiento racional, que intentó advertirle que alguien podría verlos, desapareció. Su cerebro se concentró única y exclusivamente en las sensaciones provocadas intentado buscarles significado. Ni siquiera le importó si los hombres los vieron o no, solo quería seguir ahí, saboreado esa boca que parecía servir para algo más que soltar tonterías y frases exasperantes.

No supo cuánto tiempo continuaron así, y solo cuando sus pulmones fueron incapaces de reclutar aire, se separaron. Jadeantes e intentando obtener de nuevo el control de su cuerpo, se

miraron a los ojos. Sus caras aún seguían apenas a un palmo de distancia, por lo que cada uno podía ver en los ojos del otro su propia cara, ambas desconcertadas, sorprendidas, pero incapaces de apartar la mirada por miedo a que la realidad los envolviera. Un hechizo los retenía ahí, y solo pudo romperse cuando una voz dijo:

—Oh, por el amor a Dios, ¿es en serio? Richard, ¿ahora te dedicas a deshonrar institutrices en lugares públicos?

Se separaron con una velocidad imposible de medir. Arleth se sonrojó hasta las sienes, y Richard movió un poco la cabeza para volver a la realidad.

—Y usted, señorita Cramson —continuó regañando Clarice, sintiéndose dueña de la situación—, ¿esa es la educación que planea darme? ¿Piensa corromper mi inocente cabeza con esas imágenes de perversión y pecado? ¿No piensan en las almas angelicales que pasean por este parque? Tienen suerte de que nadie los haya visto o estarían en boca de todos como unos desvergonzados sin pudor, sin contar que hubiera habido boda de por medio.

Richard, que ya se había recuperado del todo, miró a su hermana con molestia.

—Ahórrate el discurso moralista Clarice, y mejor dinos, ¿dónde te habías metido? ¿Tienes idea de a lo que te expones perdiéndote así?

—Estoy segura de que a nada peor de lo que acabo de ver. Sobre dónde he estado, examinaba plantas para las clases de botánica. Quería llevarle unas cuantas interesantes a la señorita Cramson, pero he tardado más de lo planeado. Cuando regresé a donde la había dejado, ya no estaba, la empecé a buscar y mira con lo que me he encontrado.

Su rostro era la viva inocencia. Richard suspiró con resignación. Clarice Allen jamás cambiaría. Pensó en amenazarla con contarle su travesura a Julian, pero se abstuvo de hacerlo porque ahora la joven también tenía un as bajo la manga que no dudaría en usar. El brillo en sus ojos era claro y el acuerdo no necesitó palabras.

—Creo que lo mejor es regresar. Las acompañaré.

Buscó la mirada de Arleth, pero esta lo evadió. Estaba aún tan desconcertada y avergonzada con lo sucedido, que solo pudo caminar por inercia, pues su cabeza se encontraba en otro lado. Acaba de hallar otra razón para irse, ya que acaba de descubrir que ese hombre podía traerle más problemas de los imaginados. Muchos problemas, y no se refería precisamente a la conversación que escucharon. Los problemas estaban relacionados más con el ámbito personal, y no estaba segura que fuera algo a lo que se quisiera enfrentar.

Capítulo 7.

—Bien, señorita Cramson, ya que encontramos a Clarice, y se ha resuelto el malentendido de su desaparición, espero que haya reconsiderado su decisión de marcharse —le dijo Richard Allen una vez llegaron a la casa. Clarice acaba de desaparecer por los pasillos, y ella hubiera hecho lo mismo si él no la hubiera retenido.

Con esfuerzo, consiguió mirarlo a los ojos sin ruborizarse. Los efectos del beso aún se presentaban como pequeñas cosquillas en su cuerpo que se activaban cuando lo miraban, pero se suponía que una persona como ella debía de caracterizarse por siempre mantener una actitud imperturbable, por lo que los rubores de adolescente sobaban. Además, el beso no había sido más que una estrategia de camuflaje, fue error suyo haber experimentado más de lo que debía.

—Usted sabe tan bien como yo que su desaparición dista mucho de ser un malentendido, señor Allen. Sinceramente, no creo tener nervios suficientes para aguantar este tipo de situaciones. Ahora mismo le presentaré mi renuncia a lord Granard, y me disculparé por la apresurada partida, aunque supongo que deben estar acostumbrados. Que otra ingenua se presente para el puesto.

Se giró dispuesta a cumplir con su palabra, pero el hombre volvió a retenerla, esta vez tomándola del brazo.

El contacto, a pesar de no ser de piel directa, causó en ella un pequeño estremecimiento. Su mente invocó los recuerdos del beso y de lo cerca que se encontraron sus cuerpos en ese momento. Quiso cerrar los ojos para intentar alejarlos, pero esa acción podía dejarle entrever a él lo mucho que había quedado afectada. En cambio, tiró de su brazo para liberarlo. Él la soltó, aunque Arleth no se movió solo por temor a ser retenida de nuevo, y esta vez no poder disimular.

—Usted no es ninguna ingenua, señorita Cramson. No voy a negar que su desconocimiento del apellido nos favoreció, pero eso no la convierte en una ingenua...—se calló al darse cuenta de que no estaba dando su mejor argumentación. Para ser alguien dedicado a la política, le estaba fallando el mecanismo de convencimiento—. Vamos, señorita Cramson, denos otra oportunidad. Hágalo por mí.

El semblante de ella, muy parecido al horror, hizo que Richard sintiera que estaba perdiendo las facultades, además de encanto. Fue un duro golpe a su ego.

—¿Por usted? ¿Por qué usted debería ser un motivo que me coaccionara a quedarme? Le recuerdo que casi muerdo de hipotermia por su culpa, y hoy...—interrumpió la frase al comprender que si seguía, no podría evitar sacar a colación lo del beso.

Lamentablemente, ese, al igual que los anteriores, no era el mejor día de Arleth. El hombre arqueó una castaña ceja y sonrió con suficiencia.

Si tiene algo de decencia, no sacará a relucir el tema y lo pasará por alto, se dijo.

Pronto comprobó que el hombre además de ser irritable, también carecía de esa virtud.

—Y hoy, señorita Cramson, disfrutamos de un agradable beso. No veo porque eso es motivo de queja en lugar de ser un incentivo para quedarse.

Arleth se dijo que al menos podría achacar el rubor al enojo por semejante impertinencia. ¿Cómo se atrevía? Tuvo ganas de golpearlo hasta sacar todo el aire que tenía su ego por los cielos.

—Tiene usted demasiada confianza en sí mismo, señor Allen —dijo intentando moderar su tono

— Yo no me daría tantas ínfulas. ¿Cómo está seguro de que para mí fue agradable?

Sintiendo sus palabras como un reto, Richard se acercó un poco provocando que Arleth retrocediera hasta chocar con la mesita que estaba al lado de la puerta. Él la acorraló y sus cuerpos quedaron solo a un palmo de distancia. La cercanía puso nerviosa a Arleth, cuyo cerebro empezó a tener dificultades para formular frases coherentes.

—Mi querida señorita Cramson —habló él en voz baja y seductora. Sus labios, muy cerca de su oído, causaron en ella un estremecimiento de cuerpo entero—, se supone que no puedo pregonar las razones en voz alta, no es de caballeros. No obstante, ya que se me está tachando de vanidoso...¿quizás quiera repetirlo? Esta vez preste especial atención en como tiembla bajo mis brazos y como su respiración se acelera.

—Hombre irritable, impertinente, sin-sinvergüenza —intentó insultar pero su cuerpo, que parecía seguir las órdenes de aquella voz masculina, ya había empezado a perder control sobre sí, y su mente se veía en dificultades de formular palabras—. Déjeme salir —ordenó. Su voz tenía un patético tono de súplica.

—Sabe una cosa —continuó él, ignorándola. Estaba tan cerca que Arleth podía sentir su aliento —, fue agradable verla fuera de esa faceta de institutriz severa que no va consigo. Usted no es una institutriz, Arleth ¿No es así? —No era una pregunta, sino más bien una afirmación. El tema era peligroso, aunque no más que hablar del beso, así que decidió seguir con eso.

—No es que tenga muchos años de experiencia...

Él negó con la cabeza.

—Desconozco los motivos que tiene para mentirnos, pero no voy a negar que ha hecho un esfuerzo admirable. Por eso, le ruego que se quede. Usted es la única que ha pensado más allá de dar clases comunes y ha optado por vías de enseñanzas más profundas. Estoy seguro de que pronto se ganará el favor de Clarice. No nos prive tan rápido de su presencia, señorita Cramson. Justo cuando empieza a no ser tan remilgada.

Eso fue suficiente para que cuál fuera el embrujo al que fue sometida, se rompiera. Arleth lo empujó con furia renovada y él se apartó con una sonrisa.

—Es usted despreciable.

—Soy encantador, en el fondo lo sabe. En fin, me desvié un poco del tema, nos habíamos quedado en el be...

—No pienso seguir tratando este tema tan poco ortodoxo —lo cortó ella, y por algún motivo, la sonrisa de él se amplió.

—En el beneficio que le traería a Clarice que usted continuara aquí. ¿Por qué es ese un tema poco ortodoxo? —preguntó con fingida inocencia. Tenía exactamente la misma expresión angelical que Clarice luego de una travesura—. Por Dios, señorita Cramson, no creería que le hablaría del...

—Váyase al infierno —le espetó Arleth en voz baja y le dio la espalda.

—Me voy, sí, pero no al infierno sino al palacio de Westminster, que en realidad es lo mismo. Las sesiones comienzan en una hora y voy retardado. Piense en lo que le dije, señorita Cramson. —Se acercó un poco más hasta que sus labios casi tocaron el oído de ella. Entonces susurró—: No puedo determinar el nivel de satisfacción que pudo haber sentido con el beso, pero sí puedo afirmar que el mío superó cualquier fantasía. Mi remilgada institutriz, tiene usted unos labios exquisitos.

Para cuando Arleth asimiló la frase, la puerta ya estaba cerrada.

Turbada, caminó por inercia hasta su habitación. Una vez dentro, cerró la puerta y se pegó a esta cerrando los ojos. Un sonoro suspiro salió de sus labios a la vez que intentaba asimilar todo

lo ocurrido ese día.

De forma inconsciente, se llevó los dedos a los labios y rememoró lo que sería, para su eterna desgracia, algo que posiblemente nunca olvidaría. Hasta ahora, Arleth no podía llegar a comprender cómo un simple contacto de labios, que además no fue premeditado, podía haber causado tal revuelo en su cuerpo y ahora tenía un lugar permanente en sus pensamientos. Tampoco entendía cómo había sido ese hombre, que tan mal le caía, el causante. ¿Habría acaso algo mal con ella? Eso no podía ser normal. Mientras más lo pensaba, menos explicaciones lógicas encontraba y más enredada se sentía. Quizás solo fue una reacción impulsiva ante lo desconocido. Sí, eso debió ser. Sin duda, teniendo más control de sí misma y sabiendo a lo que se enfrentaba, eso no volvería a pasar si se daban, cosa que dudaba mucho, de nuevo las circunstancias.

Abrió los ojos y fue directo al otro lado de la habitación para correr las cortinas y que entrara luz. Buscó con los ojos su bolsa de viaje y se dijo que era hora de empacar. No tenía nada que pensar, debía irse, ya no tanto por la incapacidad de aguantar a una niña malcriada, sino por la imposibilidad de soportarlo a él también, menos después de eso. Además, estaba el hecho de que él aseguraba saber que ella le mentía y eso la preocupaba un poco.

No era que Arleth temiera que su padre la fuera a buscar. Sinceramente, si se había tomado tantas molestias para deshacerse de ella, dudaba que se las tomara para buscarla ahora que le había facilitado el trabajo. El cambio de apellido no era más que una formalidad para evitar un escándalo si alguien reconocía el apellido del barón. No obstante, prefería mantener su pasado en secreto porque nadie tenía por qué saber sus desgracias. Ese hombre era demasiado entrometido para su gusto, y ella sabía que seguiría insistiendo, a pesar de no tener ningún motivo para hacerlo; ni siquiera comprendía la verdadera razón que tenía para coaccionarla a quedarse. Quizás solo fue para evitarse la necesidad de buscar una nueva institutriz, aunque eso debería ser más trabajo de los condes, que eran los tutores de la niña, que de él.

Suspiró y comenzó a empacar sus pocas pertenencias diciéndose que era lo mejor. Siempre podía tragarse su orgullo y pedirle ayuda a Rachel para sobrevivir otros días mientras encontraba un trabajo que no pusiera en peligro su cordura.

Cuando sacaba el primer vestido del armario, dudó un momento antes de meterlo en la bolsa.

Nunca se había considerado a sí misma una mujer con tendencia a darse por vencida fácilmente, menos cuando las situaciones ameritaban fuerza de voluntad. Sin embargo, ella había esperado que una vez que encontrara trabajo, su vida sería tranquila, jamás pensó estar a punto de perder los nervios en dos ocasiones, y sin duda, su idea de tranquilidad jamás incluyó a un hombre capaz de irritarla con una sola frase.

Suspiró y metió el vestido en el bolso. Comenzaba a sentir cierta melancolía por abandonar ese lugar que creyó que sería su hogar por un tiempo. Incluso había hecho amistad con parte del personal. Se dijo que ya encontraría cosas mejores. Si tan solo hubiera una señal que le ayudara a decidir...

Un golpe en la puerta interrumpió sus cavilaciones, y Arleth fue a abrir sin molestarse en ocultar la bolsa de viaje. No pudo ser mayor la sorpresa cuando Clarice Allen apareció frente a ella.

—Ha llegado esto para usted —dijo tendiéndole una carta, luego entró en el cuarto sin pedir permiso.

Arleth observó la hoja y reconoció de inmediato el sello de los duques de Newquay, así como también se percató de que este estaba despegado.

—¿Por qué está abierto? —preguntó sin poder ocultar la alarma en su voz.

Por primera vez desde que la conocía, Clarice Allen se mostró avergonzada.

—Admito que me ha causado curiosidad saber por qué los duques le escribirían una carta. Sé que trabajó para ellos con anterioridad, y pensé que pues...quizás habría información interesante.

—Esto es una falta de respeto —declaró ofendida, sintiendo como una gota de sudor le recorría la frente.

—¿No va a leerla? —instó Clarice.

Arleth lo hizo, casi rogando que Rachel hubiera hecho acopio de la discreción que no la caracterizaba y no hubiera escrito nada imprudente.

Mi querida Arleth.

No puedo creer que hayas terminado en casa de los Allen. No creí que una recomendación de mi marido valiera tan poco. No me malentiendas, no es que sean una mala familia, pero su fama es un desastre, se rumorea que están malditos. Intenta buscar algo más, por favor, y no dudes en pedirme ayuda si necesitas sobrevivir más tiempo. Sabes que no me costará nada apoyarte.

Por otro lado, te diré que hoy paseaba por el pueblo y fui testigo de una fuerte discusión. Ya sabes como soy, no pude evitar indagar sobre qué se trataba, y cuál fue mi sorpresa al ver que los que discutían eran tu padre y el Señor Travers. Este último estaba borracho, y acusaba frente a todos al barón de no tener palabra. Dijo que había prometido la mano de su hija y que ahora se negaba a cumplir. Lord Plymouth destilaba rabia por los poros ante la ofensa, no dudo que te esté odiando en este momento. Ten cuidado, por favor, es capaz de buscarte solo para no quedar mal. Creo que lo mejor sería organizar un viaje a América, ahí estarás completamente a salvo. Dime si estás de acuerdo y yo te ayudaré. Mientras, sal de esa casa. Escuché que su mala suerte se extiende a todos los que están cerca de ellos, y una dosis de desgracias es lo que menos necesitas en este momento.

Te quiere.

Rachel.

Arleth dobló la carta y la dejó caer al suelo cuando sus dedos temblorosos se vieron incapaces de sostenerla. Tuvo que buscar apoyo en la pared ya que su cabeza empezó a dar vuelta. Esto no podía ser.

—¿Señorita Cramson?, ¿se encuentra bien? —La voz de Clarice le hizo recordar que no estaba sola.

—¿Le enseñaste esto a alguien más?

Clarice negó con la cabeza y deshaciéndose de las zapatillas, se sentó en la cama con las piernas cruzadas.

—Le diré algo, señorita Cramson, o cuál sea verdadero apellido, ya que supongo este no es.

Arleth, sin ánimos de nada, repondió:

—Ritter.

—Bien, le diré algo señorita Ritter, se ha ganado usted mi total admiración.

Asombrada por escuchar una frase que no debía provenir con frecuencia de Clarice Allen, Arleth levantó la cabeza y centró su vista en la muchacha, cuyos ojos castaños destellaban un orgullo que la sorprendió. No obstante, no lograba comprender a qué se debía.

—Saltó las normas sociales. No hizo lo que se esperaba de usted como mujer, sino que huyó buscando independencia y libertad —explicó cada vez más encantada—, es difícil conocer gente así. Se ha ganado mi respeto.

Eso último lo dijo como si fuera un favor tener su respeto. Arleth, en medio de su agobio, estuvo a punto de sonreír. La arrogancia debía de ser un defecto de familia.

—¿Puedo entonces contar con que me guardará el secreto, lady Clarice? Si le sirve de incentivo, pensaba marcharme de todas formas.

Clarice entonces pareció percatarse de la bolsa de viaje que estaba frente a ella en la cama. Puso una mano en su barbilla como si debatiera asuntos muy importantes, y luego, con algo que pareció ser resignación, dijo:

—No puede irse así. ¿No leyó la carta?, su padre puede decidir buscarla.

—¿Está pidiéndome que me quede? —preguntó incrédula.

Clarice refunfuñó algo por lo bajo que Arleth no escuchó.

—Solo de forma temporal. De igual manera, tengo que esperar hasta que Edwin regrese para poder ver clases con un tutor. Aquí mi familia puede ayudarla, en otro lado...

—Oh, no. No le vaya a contar esto a nadie, prométamelo.

Si lord Granard se enteraba, su honor lo obligaría a devolverla a su padre. Arleth se negaba a regresar.

Clarice la ignoró y continuó hablado.

—Shaphire pasó por algo similar, aunque no creo que usted sea partidaria de su solución. Sin embargo, puede...

—Lady Clarice, prométamelo —insistió Arleth cada vez más desesperada.

Si lo único que la había tranquilizado era la posibilidad de que su padre no la buscara, saber que ahora tenía motivos para hacerlo había crispado sus nervios. Solo pensar en regresar y verse obligada a casarse con ese hombre le ponía los pelos de punta. Negó con la cabeza ante el pensamiento. No, eso no sucedería. Primero aceptaba la propuesta del viaje a América, al fin y al cabo, no había nada que la retuviera en Inglaterra.

—¿Ni si quiera a Richard? Yo creo que él ya sabe que usted no es quién dice ser. Además, es muy bueno mintiendo, podría ayudarla en caso de que se presentara algo.

Arleth negó con la cabeza, no para rechazar la propuesta de Clarice, pues si algo había aprendido en esos días, era que Richard Allen difícilmente la delataría. No sabía por qué estaba tan segura de eso, pero confiaba en ese aspecto en él. Sin embargo, prefería no quedar en deuda. Solo Dios sabría qué le pediría a cambio.

—Creo que lo mejor será que me vaya. Le escribiré a Rachel aceptando su ofrecimiento y...

—Tonterías —espetó Clarice levantándose—, si lo mejor que pudo conseguir en Londres con la recomendación de un duque fue a nuestra familia, en América terminará vendiendo naranjas —afirmó y comenzó a dirigirse a la puerta.

Arleth temió que hubiera tomado su silencio como permiso para comentarle a su hermano todo, e iba a insistirle de nuevo en que le prometiera silencio, pero desistió. A esas alturas ya sabía que Clarice Allen no prometía algo que no pensaba cumplir, y estaba claro que ella veía como la mejor opción contarles a sus hermanos toda la verdad. Lo mejor sería irse para no estar ahí cuando estallara la bomba.

Clarice salió y después de quedarse mirado la puerta al menos diez minutos, continuó empacando. El sol estaba en su punto más alto en ese momento, por lo que debería esperar unas horas. Después de la cena sería el momento ideal. Nadie se percataría y si mal no recordaba, las sesiones del parlamento terminaban a altas horas de la noche. Richard Allen posiblemente iría mañana, y si tenía suerte, Clarice no se lo diría a nadie más por ahora.

Convencida de eso, se dijo que todo saldría bien. O eso esperaba. Ojalá que Rachel no tuviera razón y la mala suerte fuera contagiosa.

Capítulo 8.

Debido a que las actuales sesiones del parlamento se reducían a discutir sobre si se aprobaría o no La ley de Dolores y Penas que permitiría a George IV divorciarse de su mujer, y ya que esta era en su mayoría discutida en la cámara de Lores, pues estaba casi rechazada por la cámara de Comunes, Richard regresó a su residencia de soltero temprano ese día. Durante el trayecto, pensó seriamente en aparecerse en la casa de su hermano para cenar. No tanto porque deseara la compañía familiar, sino por cierta señorita que mantuvo sus pensamientos en otro lado durante todo el día. Quería saber si había presentado su renuncia, o había decidido quedarse.

Si era sincero consigo mismo, Richard empezaba a preocuparse por la obsesión que la mujer estaba desarrollando en él. Se había sorprendido con su propia insistencia en que se quedara, y si no quería mentirse a sí mismo, debía admitir que este interés distaba mucho de estar relacionado con la buena educación que podría brindarle a su hermana, o con que sería difícil buscar un remplazo. No, era otro tipo de interés, una extraña obsesión que lo impulsaba a querer verla con frecuencia a pesar de apenas conocerla; lo incitaba a querer descubrir quién era en realidad. Richard no podía comprenderlo. Hacía apenas tres días que esa mujer había llegado a la casa y la forma en que lo atraía parecía incluso inverosímil. Un hechizo, alguna magia rara debía de estar involucrada porque no había otra explicación lógica que justificara semejante acción. No tenía sentido que un simple beso, usado nada más para disimular su presencia ahí, hubiera provocado un deseo cuya intensidad no era medible. No era razonable que se hubiera quedado con ganas de volver a probar esos labios, y no era ni la mitad de lógico que las sensaciones sentidas fueran tan distintas a otras veces, como si fuera diferente solo por el hecho de ser ella a quién besaba.

Pasó todo el camino pensando el asunto, aunque su creativa imaginación no llegó a nada en concreto y al final desistió. Cuando llegó a su residencia, se encontró con una carta que fue deslizada por debajo de su puerta. Extrañado al reconocer el sello de su hermano pero la caligrafía de Clarice, la abrió.

¡Richard!

Richard arrugó un poco el entrecejo al ver los signos de exclamación. Debió suponer que Clarice jamás comenzaría una carta con el protocolar: *Querido hermano* o *Querido Richard*. Blanqueó los ojos y continuó leyendo:

Tienes que venir apenas leas esto. Es urgente. Se trata de la señorita Cramson. No puedo decírtelo por este medio, pero de leer esto hoy a una hora aceptable, preséntate en la casa, antes de que ella se vaya.

La extraña misiva lo dejó con el ceño fruncido al menos un minuto entero. ¿Antes de que se vaya? Entonces sí había decidido renunciar, pero eso no era lo raro, sino el mensaje de Clarice, cuyo objetivo siempre había sido ese. ¿Por qué daba a entender ahora que había cambiado de opinión?

Curioso, y solo porque las peticiones de su hermana menor no debían ser tomadas a la ligera al menos que se estuviera preparado para las consecuencias, Richard volvió a recoger el saco y el bastón que había dejado cerca de la puerta y salió de nuevo, esta vez hacia St James Street.

Cuando llegó, no encontró al principio nada fuera de lo común. Saludó a su hermano y a su cuñada, que estaban en la sala principal esperando que la cena se sirviera y estos parecían

normales. Ni siquiera comentaron sobre la renuncia de la institutriz, por lo que decidió buscar a la causante de su curiosidad.

Con la excusa de ir a ver a sus sobrinos, Marian y Chase, Richard subió los escalones y caminó por los pasillos hasta la habitación de Clarice. Esta le abrió la puerta incluso antes de que tocara y le indicó con un gesto que pasara rápido. Cuando lo hizo, miró a todos lados antes de cerrar, como si el asunto fuera extremadamente confidencial.

—La señorita Cramson me ha prohibido que te lo cuente —le confesó ella—, pero te mandé a llamar de todas formas porque pienso que es un asunto muy serio para ser guardado en secreto. Aunque prefiero que sea ella quién lo diga, si no lo hace, lo haré yo. Vamos a buscarla.

Tomándolo de la mano como si fuera menester guiarlo, llevó a un desconcertado Richard a través de los pasillos con dirección a las habitaciones del servicio. Como era hora de la cena, la mayoría de los criados estaban ocupados en distintas labores, y otros también cenaban, por lo que los pasillos se encontraban casi vacíos. Cuando llegaron al cuarto, Richard iba a tocar la puerta, pero su hermana se adelantó y la abrió sin permiso. Antes de que pudiera reprocharle su mala educación, Clarice jadeó de forma dramática.

—No está —declaró con indignación.

A Richard le tomó un poco adaptar sus ojos a la oscuridad de la habitación y confirmar que su hermana tenía razón. Un mal presentimiento le sobrevino. No sabía de qué iba el asunto, pero no había que ser muy listo para deducir que algo no andaba bien.

—Quizás esté cenando con el resto de los criados —aventuró no muy seguro.

Clarice negó con la cabeza. La idea no la convencía, aunque igual bajaron a preguntar porque no tenían otra alternativa.

El ama de llaves declaró que la señorita Cramson había cenado algo ligero apenas hacía media hora en su habitación, y había devuelto la bandeja hacía poco menos de quince minutos. Manifestó que no tenía ni idea de dónde podía estar, pero un lacayo intervino algo incómodo, y mencionó que la había visto salir unos cinco minutos antes de la casa, por la puerta de empleados.

Clarice soltó una maldición para la poca sorpresa de los que ya estaban acostumbrados, y arrastró a Richard hasta uno de los pasillos para decirle:

—Tienes que buscarla. Es importante que no se vaya o terminará vendiendo naranjas en América. Me niego a que alguien con ese valor termine tan bajo por una sociedad que no nos da oportunidades.

Richard, que se encontraba cada vez más desorientado, abrió la boca para preguntar algo, pero la joven se limitó a señalarle el camino hacia la puerta de salida de los criados.

—Anda, ¿que esperas? Aún debe estar cerca. Cuando la encuentres y la traigas de regreso, te explico todo. ¡Ve ya! —instó y a Richard no le quedó de otra que obedecer, no porque aceptara el yugo de su hermana menor, sino porque le había picado la curiosidad.

Salió por la puerta de servicio y se detuvo un momento a considerar hacia dónde pudo haber ido la señorita Cramson. Recordó que en su primer encuentro, la había seguido de lejos hasta que la vio tomar la dirección hacia Harriet Street. Ya que no era de Londres, debió de quedarse en un cuarto alquilado ahí, y ahora que había renunciado, posiblemente ese fuera su destino y en esos momentos debía de estar buscando un coche de alquiler que la llevara hasta el sitio.

Con prisa, Richard se dirigió al establo, donde había dejado al cuidado de los lacayos el tílburí que usaba como transporte, y lo preparó sin solicitar ayuda, para después dirigirse a los posibles puntos en donde se podría tomar un carruaje de alquiler. No tardó en localizar a la señorita Cramson: estaba al final de St James, y justo en ese momento, se subía a un coche de alquiler.

—¡Señorita Cramson! —la llamó, pero los únicos signos de que lo había escuchado fueron la visible tensión que se apoderó de su cuerpo, y el apuro con el que después se subió al carruaje y ordenó al cochero que avanzara.

Maldiciendo en voz baja, Richard azuzó al caballo para intentar alcanzarla. Estaban varios metros por delante de él, pero el camino estaba moderadamente despejado, y la velocidad del coche de alquiler no se podía comparar con la del tálburi, que siendo más ligero, no tuvo dificultad en alcanzarlos. Sin dudarlo, se le atravesó al cochero bloqueándole el camino.

—¡Oiga! —exclamó el hombre desconcertado.

—Disculpe, señor, pero temo que la señorita que va con usted tiene que venir conmigo por asuntos importantes. —Sacó media corona del bolsillo y se la entregó al hombre, lo que convirtió el ceño fruncido del cochero en una sonrisa codiciosa—. Perdone los inconvenientes, espero que esto pueda servir de retribución, ahora, aguarde un momento mientras hablo con la dama.

El hombre asintió, y Richard bajó del tálburi para abrir la puerta del carruaje. Al hacerlo, se encontró con un rostro que era la imagen de la frustración.

La señorita Cramson no hizo ningún comentario, pero su mirada furiosa hubiera bastado para que Richard comprendiera que quería ser dejada en paz. Para su mala suerte, este solo se limitó a sonreír y decir con tono burlón:

—¿Quiere dar un paseo, querida? Creo que hay cosas importantes que aclarar.

Capítulo 9.

En el momento en que el carruaje se detuvo, Arleth supo que el causante era él. De hecho, desde que lo escuchó llamarla, imaginó que no iba a llegar muy lejos, pero se había negado a dejarse ganar. Ellos no tenían ningún derecho a retenerla o informarse sobre su vida, y no iba a permitirse que se involucraran más de lo debido.

Lo miró con desafío y se acomodó mejor en el carruaje.

—Temo que eso no será posible, señor Allen. Le pido por favor que deje de obstaculizar el camino y permita mi marcha. Aquellos asuntos que su hermana debe haberle mencionado solo me conciernen a mí, y no permitiré que nadie se inmiscuya ya que nadie tiene el derecho a ello.

—Permítame contradecirla, señorita, pero mi sentido del honor me reprocharía toda la vida si una dama como usted terminara vendiendo naranjas en América. Por favor, no hagamos perder más tiempo a este honorable cochero y venga conmigo.

Arleth quiso gritar, patear y hacer berrinche como una niña pequeña al verse sometida a esa situación; incluso pensó en varias formas en las que podría salir ilesa, pero no tardó en darse cuenta que ninguna serviría. Richard Allen no la dejaría en paz y el cochero no se movería, primero, porque supuso que el hombre le pagó; y segundo, seguía obstaculizando el paso. Molesta, se bajó del carruaje con su bolsa de viaje en mano y aceptó la ayuda de él para subirse al tálburi. No se molestó siquiera en pensar en huir corriendo, pues sabía que solo sería un desperdicio de energía.

Richard se subió a su lado y azuzó el caballo para que se moviera.

—Esto es indignante —declaró Arleth a pesar de saber que lo mejor hubiera sido quedarse callada—, ustedes no tienen ningún derecho a interferir en mi vida.

—Puede que no, pero no vivimos en tantos problemas por ser personas discretas e indiferentes, así que muy a su pesar, va a tener que comenzar a contarme cuál es el secreto que debo conocer.

—¿Acaso su hermana no se lo dijo? —preguntó sorprendida. Ella juraba que Clarice Allen había contado todo.

—Solo hizo hincapié en la necesidad de encontrarla si no quería que terminara vendiendo naranjas en América por culpa de una sociedad incapaz de darle poder de decisión a la mujer. Debo decir que si se gana la preocupación de Clarice, es porque la situación es grave, por lo que pido que me la cuente. Tal vez pueda ayudarla. Acoto que si no me lo dice usted, Clarice se ofreció a contármela, así que no hay escapatoria, señorita Cramson. ¿Vamos a la casa, o prefiere un paseo mientras hablamos?

—No creo que un paseo con usted sea buena idea. Además de que no es correcto, las últimas dos ocasiones en las que estuvimos solos terminaron en situaciones nada agradables.

—Eso es discutible —rebatió él—, lo sucedido esta mañana no me pareció en lo absoluto desagradable...—La mirada helada de ella le dijo que era mejor no seguir con el tema—. Está bien, si lo desea, podemos regresar a la casa y terminar esta conversación con mi metiche hermana presente.

—Usted también es un entrometido —dijo ella—, no veo la diferencia.

—La diferencia es que yo soy un entrometido menos intenso que le sugeriré soluciones en lugar de imponérselas. Créame, no quiere ver a Clarice decida. Demos un paseo, señorita Cramson, le

aseguro que nada malo sucederá.

No teniendo, por el momento, otra alternativa que confiar en esa dudosa afirmación, Arleth asintió y el puso en marcha el tílbur.

Ella abrazó su bolsa de viaje con necesidad de sostener algo mientras esperaba el interrogatorio. Él no dijo nada por varios minutos, pero Arleth no se engañó con el falso silencio. Sabía que diría algo, tarde o temprano lo haría, y como si sus pensamientos hubieran invocado a su voz, él dijo:

—La escucho, señorita Cramson. Puede comenzar por donde quiera, su verdadero nombre estaría bien, ya que me apuesto lo que sea a que Arleth Cramson no lo es.

—Mi nombre es Arleth —aseguró ella, y desvió la vista hacia el camino que recorrían. Siendo casi las diez de la noche, eran pocos los que transitaban las calles. La mayoría debía estar disfrutando de una acogedora cena en sus casas, y otros de la alta sociedad debían encontrarse en bailes o veladas—, mi apellido es Ritter.

Richard detuvo los caballos por la sorpresa, la observó un minuto casi entero con esa penetrante mirada avellana, y luego continuó el camino. Atravesaron Green Park y él tomó la desviación hacia Piccadilly.

—¿Alguna relación con los Ritter del baronado de Plymouth?

Ella asintió.

—El barón es mi padre.

Las manos de él se tensaron tanto que el caballo dio un respingo; no obstante, esta vez no se detuvo y continuó un avance lento por las calles.

—Supongo que la pregunta siguiente será obvia, pero ¿qué hace la hija de un barón buscando empleo como institutriz en lugar de estar en Almack's cazando marido?

—No todas estamos interesadas en vivir de un hombre —replicó Arleth haciendo que Richard entendiera cómo había terminado ganándose en favor de su hermana—. Sobre los motivos, creo que ya he hablado de más. ¿Por qué no me deja en Harriet Street y permite que consiga otro trabajo?, o si es mi deseo, deje que me vaya a América a vender naranjas tranquila.

—Señorita Ritter, si se va a América, su situación puede llegar a ser tan mala que vender naranjas sonará al paraíso —contestó él con voz irritada. Nada había de su característico tono burlón. Estaba molesto y Arleth no llegaba a comprender del todo la razón. ¿Por qué le importaba tanto?—. Con respecto a su exigencia, temo que Clarice no me perdonará si regreso a casa sin usted.

—Estoy segura que podrá vivir con ello. No veo a su hermana como una persona con conciencia.

—Yo tampoco —admitió él—, pero prefiero no ser el blanco de su ira. Ahora, responda a mi pregunta, por favor.

Aferrándose a la terquedad, Arleth no dijo nada y posó su vista en el camino. El silencio fue su único acompañante por los siguientes tres minutos mientras ella intentaba organizar sus pensamientos y buscar soluciones.

Lo escuchó suspirar y pronto sintió el contacto de la mano de él sobre su hombro. Él llevaba guantes, y el abrigo de ella cubría hasta su cuello, y aun así el contacto se sintió como si no hubiera nada que se interpusiese. Arleth cerró los ojos, queriendo capturar ese gesto reconfortante, y sus oídos recibieron casi con anhelo las siguientes palabras:

—Arleth —dijo y ella, a pesar de saber que era incorrecto, disfrutó de cómo sonaba su nombre en su voz—, déjame ayudarte. No tienes que...

El relincho del caballo rompió cuál fuera el aura mágica que se había formado y los obligó a

volver la vista hacia el animal. Este se movía inquieto como si algo lo hubiera asustado, y por más que Richard intentaba controlarlo, el animal no se dejaba. El caballo estaba tan agitado que dio un giro brusco, consiguiendo arrancar las riendas de las manos del señor Allen, y luego emprendiendo la marcha calle abajo.

—¡Sujétate! —le gritó él haciendo intentos infructuosos de agarrar las riendas que ahora colgaban del caballo. Era imposible, y menos con la rapidez con la que corría el animal.

Arleth quiso cerrar los ojos, imaginar que nada de eso estaba sucediendo, y abrirlos para encontrarse con que todo fue una ilusión, pero el sentido de supervivencia se lo impidió y solo pudo ver aterrorizada como la gente se quitaba de su camino para no ser arrollada. Se aferró con todas sus fuerzas al borde del tálburi, y en un giro brusco del animal, que empezó a tomar otra dirección, su bolsa de viaje cayó al piso.

—Mi bolsa —se quejó Arleth pensando en sus únicas pertenencias.

—Después te compro lo que quieras —le aseguró él a su lado. También se sostenía con fuerza del asiento—, de preferencias vestidos menos horrorosos.

Ella lo hubiera reprendido por bromear en un momento como ese si otro giro brusco no hubiese hecho que centrarse toda su atención en no volar del asiento.

Voy a morir, pensó y pidió perdón a Dios por todos sus pecados. El único consuelo era que, al menos, se reuniría con su madre.

Pasaron por una especie de teatro y luego el animal se internó en una calle oscura y maloliente, llena de irregularidades y que no tenía buena imagen.

—¡Maldita sea! —masculló Richard Allen e intentó nuevamente tomar las riendas del animal. Estaba en eso cuando se oyó el sonido de algo quebrándose.

Ambos abrieron los ojos con miedo al saber que significaba, y Richard la abrazó, protegiéndola con su cuerpo, justo antes de que el caballo se separara del tálburi y este quedara rondando por el piso. Arleth sintió el impacto de suelo contra su piel, y también sintió que rodaban por la tierra. Gracias a que el cuerpo de Richard la envolvía, no fue ella la que se llevó la peor parte. Cuando al fin se detuvieron, pasaron varios segundos hasta que él se separó un poco de ella. Arleth pudo distinguir un gesto de dolor al moverse, pero no parecía a simple vista tener heridas graves.

—¿Estás bien? —le preguntó ella incorporándose con lentitud. Sus huesos también resintieron el movimiento, aunque no creía que fuera de cuidado.

Él asintió y la examinó a su vez a ella.

—¿Y tú?

Arleth intentó embozar una sonrisa optimista.

—Mejor que cuando salimos del lago. Tengo menos riesgo de morir en esta ocasión.

Él sonrió, pero luego pareció recordar la situación en la que se encontraba y miró con el ceño fruncido a su alrededor. Los restos del tálburi estaba a unos metros suyos y no había rastro del caballo. El callejón olía de forma tan espantosa, que Arleth tuvo que dejar botado su abrigo porque se había ensuciado demasiado para llevarlo encima. Richard también se deshizo del suyo y la ayudó a levantarse.

—¿Dónde estamos? —le preguntó ella.

—Muy posiblemente en Convent Garden. Uno de los barrios más peligrosos en Londres durante la noche.

Esa afirmación hizo que un escalofrío la recorriera.

—¿Al menos sabe cómo regresar?

—Temo que no —respondió él mirando a su alrededor intentando encontrar algo que les

indicara la salida—. Estos lugares son callejones sin salidas para quienes no los frecuentan.

Con un suspiro de resignación, Arleth aprendió ese día una lección que recordaría por siempre: Nunca se debía creer en la palabra de ese hombre cuando decía que nada malo sucedería.

—*No se preocupe, señorita Cramson, nada malo sucederá* —se mofó Arleth mientras emprendían el camino hacia sabría Dios dónde, esperando encontrar la salida del callejón.

—Debí haberte advertido que esa afirmación no es confiable si sale de boca de un Allen —respondió él con su humor un tanto recuperado.

No obstante, Arleth solo pudo percatarse de que seguía hablándole de tú, y no sabía cómo tomarse eso. De igual forma, no lo reprendió. A esas alturas había aprendido que no serviría de nada.

—Llega demasiado tarde. Supongo que pedir indicaciones está descartado, ¿no? —preguntó viendo con desagrado a su alrededor.

Las paredes que rodeaban el callejón estaban todas desgastadas y las ventanas mayormente rotas, como si fuera un lugar frecuente de pelea. Los olores causaban náuseas y era casi imposible de transitar por la oscuridad.

—No al menos que desees que no encuentren tu cuerpo jamás, o en el mejor de los casos, que te dejen hasta sin zapatos.

La mención a posibles delincuentes la puso aún más nerviosa, y casi por instinto, se pegó a él en busca de protección. Caminaron por un rato siempre alertas ante el mínimo sonido, pero las calles de Covent Garden parecían ser un laberinto, y la oscuridad no los favorecía. Arleth ya se estaba resignando a morir, y solo pudo preguntarse si el barón de Plymouth era su padre o no. Posiblemente no lo era, y ella moriría con la duda.

—No pongas esa cara —le dijo el señor Arleth al ver la expresión fúnebre de su compañera—, saldremos de esta.

—¿Vivos?

—No seas dramática, por favor. Claro que vivos.

Ella estuvo a punto de cuestionarle si lo decía con la misma seguridad con la que afirmaba que nada malo pasaría, pero se contuvo. ¿Para qué enemistarse con alguien antes de su muerte? Necesitaba puntos si quería llegar al cielo.

Richard se detuvo de golpe y Arleth, que iba detrás de él, casi tropieza con su espalda. Cuando observó el motivo por el que se paró, frunció el ceño.

—Los ángeles del placer —leyó en el cartel torcido que colgaba de lo que parecía ser un establecimiento—. ¿Qué es?

—Posiblemente una mezcla de burdel con cantina, pero estoy seguro de que conozco este lugar.

—Entonces no le es tan indiferente Covent Garden —comentó ella con cierta sorna.

Él le sonrió.

—Solo lo he escuchado mencionar. Digamos que un amigo conoce al dueño. Tal vez este nos pueda ayudar a salir de aquí, vamos.

La tomó de la mano para instarla a entrar, pero Arleth clavó los talones en el piso y no se movió.

—Está loco si piensa que entraré a un lugar como ese.

—Estás loca si piensas que te dejaré aquí afuera, sola. Vamos, no dejaré que te pase nada.

Arleth estuvo a punto de responder que le concediera el beneficio de dudar de su palabra, pero un grito de horror, proveniente de algún lugar cercano, la hizo reconsiderar la idea y accedió a entrar.

Por dentro el lugar no era tan desagradable como supuso. Por supuesto, no poseía la elegancia

de un club famoso en St James, pero era bastante aceptable, si obviaban a las meseras que se insinuaban a los clientes, y a los borrachos que armaban uno que otro escándalo.

El señor Allen le pidió que no se moviera mientras él se acercaba a una mesera para preguntarle donde podría encontrar al dueño del lugar. Ella lo hizo, aunque miraba con nerviosismo a todos lados, temiendo ser el centro de atención. Para su fortuna, todos parecían demasiado ocupados en sus propios asuntos para prestarle atención a una mujer que estaba en un burdel vestida casi como monja, pues su austero vestido gris le tapaba hasta el cuello.

Su acompañante regresó en menos de dos minutos y tomándola de nuevo del brazo, comenzó a guiarla hacia lo que parecía el final de la sala.

Pasaron por una puerta que los condujo a un pasillo completamente oscuro. Los ojos de Arleth tardaron un rato en adaptarse, y no pudo hacer más que aferrarse a la mano cálida y enguantada de Richard para que la guiara.

Caminaron a ciegas unos cinco metros hasta que él se detuvo. Tocó una puerta que apenas se vislumbraba en la oscuridad, y esperó.

—¿Quién es? Ahora no tengo tiempo.

Arleth pensó que lo que parecía no tener eran ganas de recibir a alguien. Intentó que el tono malhumorado del hombre de adentro no la intimidara. ¿Qué clase de amigos tenía el señor Allen que conocieran a gente de ese tipo? Con razón estuvieron a punto de matarlo el otro día.

Al recordar eso, a Arleth le pareció sorprendente que apenas hubiera pasado una semana desde aquel encuentro. Se había acostumbrado tanto a la presencia del hombre que ya parecía parte de su vida. No obstante, se recordó, no podía ser parte de su vida. Si lo que dijo Rachel era verdad, lo mejor sería irse, y si no lo era y su padre no iba a buscarla, igual lo mejor sería irse. Ya había comprobado lo poco conveniente que era estar cerca de ese hombre. Lo del apellido problemas no era una invención.

—Soy amigo de Anthony Price, señor Blake. ¿Podemos hablar un momento?

Tardaron al menos medio minuto en recibir una respuesta.

—Está bien, pase.

Richard abrió la puerta y ambos entraron.

Arleth observó el lugar con cierta cautela, siempre manteniéndose detrás de Richard como escudo. Era un despacho pequeño, que solo contaba con un escritorio y tres sillas, en una de las cuales estaba sentado el que debía ser el dueño de la voz intimidante. Sin poder evitarlo, lo observó y se llevó una sorpresa.

El hombre que tenía a unos metros suyos distaba mucho de ser el atemorizante sujeto que se esperaba de ese tipo de lugares. Era intimidante, sí. Poseía complexión robusta, facciones duras, y ojos amenazantes, pero también era más o menos joven, unos treinta y tantos le calculó Arleth, y por sus rasgos, supo que debía ser el bastardo de algún aristócrata.

Como si sintiera su mirada, él la observó y Arleth hizo un esfuerzo por no desviar la vista. El único signo de sorpresa que manifestó al verla ahí fue arquear una ceja, que pedía una explicación en silencio. Incómoda, Arleth desvió la vista hacia el señor Allen esperando que él hablara, pero el hombre se adelantó.

—¿Desde cuándo Anthony Price tiene amigos?

—¿Desde que se casó? —aventuró Richard—. Los matrimonios suelen traer relaciones consigo.

—Yo creí que solo traían dolores de cabeza. ¿Qué quieren?

—No venimos a quitarle mucho tiempo. Soy el señor Allen y...

—¿Allen?, ¿la familia problemas?

—Sí —admitió Richard como quién ya está acostumbrado a la fama—, de hecho, estamos en uno. Mi caballo perdió el control, y nos hemos quedado varados aquí. Desconocemos cómo salir.

—Ya veo...supongo que iba a llevar a la señorita a un convento. ¿Cómo ha llegado hasta aquí sin armar un revuelo en el local?

Arleth ahogó un jadeo y le dirigió una mirada iracunda al hombre sentado detrás del escritorio. Este se limitó a sonreír mostrando una hilera de dientes completos. A su lado, escuchó que su acompañante carraspeaba un poco. También contenía la risa. Malditos los dos.

—Puedo acompañarlos hasta la salida que da al Drury Lane —dijo el hombre levantándose—, no vaya a ser que los maten y vengan aquí Anthony y su esposa a recriminarme por mi falta de colaboración. Ya tuve bastante esa mujer por toda una vida.

Richard ocultó una sonrisa y se limitó a asentir. De las antiguas Loughy todo se esperaba. Su misma cuñada era impredecible.

Calvin Blake los guio hacia una puerta trasera del lugar y empezaron a caminar nuevamente por las oscuras calles de Covent Garden. El señor Blake caminaba con seguridad por el lugar, como si no temiera que en cualquier momento pudieran ser asaltados. Richard y Arleth lo siguieron, y en menos de diez minutos, y después de recorrer una serie de caminos, estaban de nuevo en una parte transitada de Londres.

Richard se giró para darle las gracias, pero el hombre ya había desaparecido de nuevo en los callejos de Covent Garden, dejándolos desconcertados.

Cuando pasó un coche de alquiler, lo detuvieron y se subieron a él. Richard le dio su dirección, y a mala gana, Arleth accedió a ir.

—Ya que es la segunda vez que casi muero por su culpa —le dijo Arleth apenas entraron en el carruaje, sin darle tiempo a que él empezara a preguntar de nuevo sobre su vida—, en retribución le pido que dejemos el asunto en paz y me permita regresar a las residencias en Harriet Street, manteniendo la información que obtendrá de su hermana en secreto si es que en verdad desean ayudarme.

Un caballero hubiera accedido de buena gana, pues su honor lo obligaría a ello. Solo que Richard Allen no tenía ni una pisca de caballerosidad u honor. Al menos, no cuando no le convenía.

—Lamento lo sucedido, pero dado que no es culpa mía, sino de cuál sea el maleficio que recaer sobre el apellido que no escogí, no aplica tu solicitud. Por favor, me vas a decir todo o espero a que Clarice me cuente lo que sabe.

Diciéndose que estaba acorralada, Arleth contó a mala gana toda la historia. Él la escuchó con atención, sin interrumpirla ni una sola vez. Lo único que obvió mencionar era que su padre puede que no fuera su padre. Eso era innecesario ya que ante la ley lo era.

Cuando finalizó, tenía un nudo en la garganta. Hasta ahora no había perdido en tiempo en derramar lágrimas innecesarias, pero ahora que repasaba la historia, una profunda melancolía la embargó. Estaba sola en ese mundo, y solo entonces era consciente de ello. Además de la duquesa, que le había demostrado una amistad incondicional, estaba sola. No tenía nadie que la apoyara necesitado el caso, o que pudiera brindarle consuelo. Su madre era la única persona que la había querido y estaba muerta.

A pesar del nudo que le oprimió el pecho, no lloró, ¿para qué? Ella siempre supo que solo dependía de sí misma, y no valía la pena ahora lamentarse por ello.

Sin embargo, a pesar de haber logrado mantener la compostura, algo en ella debió haberla delatado, porque el hombre frente a sí le tomó las manos ofreciéndole consuelo, y dijo con ternura:

—No la has tenido fácil, pequeña Arleth. Tranquila, encontraremos una solución.

Ella solía ser positiva, pero tal vez era la carta recibida, o lo acontecido en el día, que provocaron que pensara en que algo iba a salir mal. De hecho, tenía la leve impresión, —o la seguridad dada las circunstancias—, que si seguía cerca de Richard Allen y su familia, en lugar de encontrar una solución, lo que encontraría serían más y más problemas.

Capítulo 10.

Cuando pisaron la casa de los Granard una hora más tarde, Clarice casi exhalaba impaciencia.

—¿Hasta dónde había llegado, Richard?, ¿hasta Surrey? —recriminó la joven dejándose caer en su propia cama con aire dramático.

—Tuvimos unos pequeños problemas de regreso —explicó él sin dar más detalles.

Arleth casi soltó un resoplido al escuchar la palabra *pequeño*. Si esos eran pequeños, prefería no pensar cuáles eran los problemas grandes.

—No importa. Me alegra que haya decidido regresar señorita Ritter.

La cara de fastidio de Arleth no pudo ser más obvia. Regresar. Por supuesto, había sido completamente su decisión, no la habían coaccionado en lo absoluto.

El señor Allen pareció adivinar sus pensamientos, porque le regaló una sonrisa, de esas encantadoras pero a la vez irritables que parecían ser solo de su cosecha.

—Quite esa cara, señorita Ritter. En verdad, la ayudaremos.

Arleth pensó con ironía que al menos había vuelto a tratarla de usted. Aunque supuso que se debía a que estaba su hermana presente.

—Yo creo que deberíamos decirle a Julian —sugirió Clarice.

—No quiero involucrar a nadie más en esto —se negó Arleth—, no deseo ni siquiera involucrarlos a ustedes. Les aseguro que con la ayuda de Rachel podré arreglármelas sola.

Los hermanos la ignoraron.

—No creo que Julian reciba con gracia más problemas —adujo Richard—, mejor evitémoslo al menos que sea necesario o le terminaremos provocando canas antes de tiempo.

—Creí que eso ya era inevitable. Pero está bien, entonces busquemos nosotros una solución. Richard, ya que eres la mente madura, te cedo el turno para aportar sugerencias.

Como olvidándose de su presencia, Richard se colocó una mano en la barbilla y pensó por al menos un minuto entero en posibles salidas al problema. Al ser una familia que vivía en ellos, habían desarrollado cierta tendencia a buscar con rapidez soluciones, aunque estas en su mayoría terminaban empeorando el asunto.

—Podemos buscarle marido. Así se libró Shaphire del matrimonio no deseado. Ya no estarías bajo la tutela de tu padre.

Apenas pronunció las palabras, se arrepintió. Dicha de esa forma, la idea no le agradó. No entendió por qué, pero no se la imaginó casada con alguien.

—Yo no quiero casarme —objetó Arleth—, no con prisas.

—Por el amor de Dios, Richard. Venía huyendo de un matrimonio, ¿cómo va a ser una solución atarla a otro? Sería lo mismo. Estaría esclavizada.

Richard le dirigió a su hermana una mirada de exasperación.

—Presiento, señorita, que Julian tendrá muchos problemas contigo en un futuro debido a ese rechazo al matrimonio.

—Yo no rechazo el matrimonio —contradijo Clarice—, solo aquellos donde el hombre dice ser superior. Me casaré si encuentro a alguien que comparta mis ideas, y si no lo encuentro... pues al diablo el matrimonio, ¿quién lo necesita?

Arleth ahogó un jadeo y Clarice le dirigió una sonrisa inocente.

—Ya lo sé, señorita Ritter, esas no son palabras correctas para una dama. Pero puede achacar mi aprendizaje de ellas solo a la persona que tiene en frente.

Arleth le dirigió una mirada reprobatoria a Richard, pero este desvió la vista, y la conversación.

—Te toca sugerir, Clarice.

La joven de trece años imitó la expresión pensativa y se quedó en silencio por al menos otro minuto más. Iba a abrir la boca cuando Arleth, crispada, se le adelantó:

—Yo tengo una sugerencia —dijo—: me voy, los dejo en paz, acudiré a Rachel y...

—No terminarás en América —cortaron los hermanos al mismo tiempo.

Arleth soltó un gruñido. Al menos no mencionaron las naranjas.

—Ustedes no tienen ningún derecho a decidir sobre mi vida, y aunque suene malagradecida, tampoco...

—El marido no es tan mala idea —admitió Clarice interrumpiendo el discurso de Arleth. Esta consideró seriamente largarse de ahí ya que nadie parecía prestarle atención—, pero no puede ser cualquiera. Tiene que ser alguien especial y no un egocéntrico. Tiene que ser una persona que la quiera. Ya que es algo difícil de conseguir a corto plazo, tenemos que pensar en algo más. Podemos seguir ocultándola mientras tanto, nadie le presta atención a las institutrices y a su padre le costará encontrarla. ¿Qué opina señorita Ritter?, ¿le buscamos un marido que no se crea superior y del que pueda enamorarse?

Arleth casi se quedó con la boca abierta. Dios mío, eso debía ser un sueño. Estaba en la habitación de la niña que debería educar, con ella y con el hermano por el que casi muere dos veces, hablando de buscar marido. ¿Había algo más inverosímil?

Estuvo a punto de soltar una carcajada histérica.

—Ni si quiera tengo edad para casarme sin autorización de mi tutor—les confesó intentando disuadirlos. A esas alturas ya lo dudaba. Si uno era terco, los dos eran imposibles.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó el señor Allen.

—Veinte. Casi veintiuno.

Richard hizo una mueca.

—Bien, eso puede suponer un problema. Aunque siempre queda Gretna Green.

—No me voy a casar —declaró Arleth—, mi intención al venir a Londres era tener una vida tranquila. Educar a una niña tranquila. Leer en mis ratos libres. Pasear en mis días libres, y ser feliz en la medida de lo posible. No había marido ni hijos en los planes, para enojo de Rachel, y mis preferencias no han cambiado.

—¿Niña tranquila? Que fiasco debió haberse llevado, señorita Ritter —le dijo Clarice, y luego se encogió de hombros—. Tómelo como una señal de que tal vez necesitaba algo más.

—No necesitaba nada más —replicó la institutriz intentando no perder la calma—. De verdad le agradezco su desmedido interés por ayudarme, pero usted misma lo ha dicho, lady Clarice: las institutrices somos invisibles. Mi padre, en el remoto caso de que decida venir a buscarme porque su orgullo se lo exige, no creo que me encuentre. Cambiaré mi nombre si es necesario también. O me mudaré a la otra parte del país. No me iré a América si les tranquiliza. Si quieren ayudarme, firmenme unas buenas referencias y me facilitaran la búsqueda de trabajo.

Los hermanos se dirigieron una mirada que pareció comunicar algo que Arleth no descifró. Luego, Richard Allen se acercó a ella y en un gesto que la sobresaltó y sorprendió a partes iguales, le pasó el brazo por los hombros. El gesto era el colmo de lo inapropiado, y aun así, Arleth sintió, no por primera vez, cierto nerviosismo ante su cercanía y de nuevo ese extraño calor la recorrió. Fue incapaz de decirle que se comportara.

—Mi querida señorita Ritter, vaya que debimos haberla asustado para que quiera irse tan pronto. ¿Por qué no nos da un último voto de confianza? Es mejor que enfrentarse a lo desconocido. Al menos aquí ya tiene nuestro apoyo, y Clarice promete no hacerle la vida imposible, ¿cierto Clarice?

La melliza asintió.

—Aunque no aseguro su integridad si de Mariam y Chase se trata.

—Mariam y Chase no harán nada si tú no les enseñas ningún otro truco perverso.

—¿Crees que alguien nos enseñó a Edwin y a mí nuestros trucos? Eso se lleva en la sangre, hermano. Pero no se preocupe por ello, señorita Ritter, tienen tres años apenas, aún no poseen mucha experiencia. Richard, ¿por qué no te casas tú con la señorita Ritter y asunto resuelto?

El cuerpo de Arleth se tensó sin poder evitarlo y esperó que el horror no se reflejara mucho en sus facciones. A su lado sintió el cuerpo del hombre temblar antes de que una sonora carcajada resonara por el lugar.

—Por el amor a Dios, Clarice. Estamos intentando que se quede, no espantarla para que se vaya más rápido. Tranquila, señorita Ritter, Clarice solo bromeaba.

La broma había provocado un sentimiento extraño en Arleth, no supo cómo describirlo. ¿Anhelo? No, era imposible.

—No lo hacía —declaró Clarice con seriedad—, después de lo que vi en el parque esta mañana no me parecía tan mala idea. Además, otra boda familiar haría que trajeran a Edwin unos días más —expresó con cierta melancolía. Arleth supuso que debía de extrañar mucho a su hermano.

Ruborizada ante el recuerdo del beso, buscó donde posar la vista lejos de las miradas de los hermanos. El hombre retiró el brazo de sus hombros y Arleth lo escuchó carraspear.

—Estás muy joven para entender esas cosas —afirmó Richard.

—¿En serio? Estoy segura de que alguna de mis institutrices me dijo una vez que no debía permitir que un caballero se tomara esas libertades al menos que hubiera pedido mi mano en matrimonio. Hizo énfasis en que era incorrecto, y en que un verdadero caballero no comprometía la reputación de una dama si no pensaba responder. ¿Me mintieron, señorita Ritter? —preguntó con inocencia—. ¿No es incorrecto?

Arleth se sintió enrojecer más de ser posible, y visualizó en los ojos de la melliza que lo estaba haciendo a propósito. Maldita muchacha.

—Las circunstancias fueron distintas —se apresuró a decir Richard con incomodidad—. Nos desviamos del tema, entonces ¿en qué quedamos? ¿Se quedara aquí, oculta como institutriz, mientras le buscamos marido?

De nuevo, esa sensación de desprecio a esas palabras.

—No me voy a casar —repitió ella casi rechinando los dientes.

—Se quedará aquí como institutriz mientras pensamos en una buena solución, o hasta que sepamos con certeza si vienen a buscarla o no. Tal vez estamos armando lío donde no lo hay.

—Eso no sería extraño en nosotros —admitió Richard—, creo que en verdad le complicaremos más la vida, señorita Ritter.

Arleth no se molestó en negarlo.

—Pero las buenas intenciones son las que cuentan —prosiguió él formando esa sonrisa tan suya y dirigiéndose a la puerta—. Buenas noches, ha sido un día bastante largo y creo que todos debemos descansar.

Las mujeres asintieron en conformidad.

—Le he dicho a Julian que te surgió un contratiempo y tuviste que irte —advirtió Clarice antes

de que él saliera—. Te recomiendo que salgas sin que te noten.

Richard compuso una expresión de fastidio antes de salir.

Después de dos minutos en completo silencio, Arleth dijo.

—Creo que yo también iré a descansar. Buenas noches, lady Clarice.

—Puede llamarme Clarice si lo desea —sugirió la joven—, buenas noches, señorita Ritter.

Arleth asintió y se dirigió a la puerta. La abrió, pero antes de salir, se giró y dijo.

—Gracias, por todo.

Puede que Arleth no les hubiera pedido ayuda, puede que fueran demasiado entrometidos para su propio bien, pero lo cierto era que en ese momento no tenía muchas más opciones que quedarse ahí. Había perdido su bolsa de viaje, junto con su ropa y dinero. Aunque contactara con Rachel necesitaba un refugio por algunos días más, y ese par de locos hermanos se lo brindaban, en lugar de juzgarla o correrla por la mentira. Claro, también se lo debían, al menos el mayor. No obstante, en el fondo sabía que su imposición de ayuda era sincera.

Clarice Allen, que no era de las que estaba acostumbrada a recibir esa palabra, formó una sonrisa traviesa para ocultar la incomodidad.

—Yo no diría eso hasta saber en donde terminará todo. Son los Allen los que la están ayudando, al fin y al cabo. Nunca podemos garantizar un final beneficioso.

Arleth dejó que el esbozo de una sonrisa se formara en su cara y salió del cuarto. Cuando llegó al suyo, el pesimismo había desaparecido por arte de magia dejando en su lugar solo pensamientos positivos. Todo saldría bien. Todo tenía que salir bien, aunque estuviera él de por medio.

Capítulo 11.

Los días que siguieron fueron tan tranquilos que se parecían mucho a los días que Arleth esperó cuando decidió viajar a Londres. No se podía decir que Clarice Allen haya entrado en el adjetivo de *joven tranquila*, pero podía decirse que habían firmado una especie de tregua. Arleth decidía llevar la educación más allá de lo cotidiano enseñando los conocimientos que tenía de historia, geografía y filosofía, y eso parecía encantar una mente tan curiosa como la de Clarice.

Por otro lado, casi no había visto más a Richard Allen, y puede que radicara ahí lo calmado que habían trascendido los días. Ella no era ni de lejos, una persona supersticiosa, pero esa maldición que supuestamente rondaba a la familia Allen, y con la que ya estaba más familiarizada gracias a cotilleos de la servidumbre, era cada vez menos inverosímil, sobre todo si se tomaba en cuenta las situaciones poco comunes que habían vivido. Podía casi afirmar que el maleficio era verídico. Aún no sabía muy bien de qué se trataba, ni de su origen exacto, solo una cosa estaba clara: esa familia tenía demasiada mala suerte para ser simple casualidad. La misma Arleth se había quedado con la boca abierta cuando una de las doncellas le relató todos y cada uno de los escándalos a los que se habían visto sometido los Allen por su mala fortuna; así pues, no era solo la actitud malcriada de Clarice lo que espantaba a institutrices respetables, más bien se debía a aquel dicho que rondaba por Londres y que decía: *Si se junta mucho con muy Allen, corre el riesgo de verse irremediabilmente en problemas.*

Arleth recogió los libros que utilizaría ese día para impartir sus clases, y salió de la habitación diciéndose que mientras estuviera bien, no había maleficio que la importunase.

Observó el vestido color negro y no por primera vez en esa semana, frunció el ceño ante lo ajustado que le quedaba. Debido al infructuoso incidente con su bolsa de viaje, Arleth se había visto obligada a aceptar a los vestidos que la hermana mayor de la familia, Angeline Allen, actual condesa de Coventry, había dejado en la casa. Puesto que Arleth se había negado en lo absoluto en usar los vivos vestidos en colores blancos y pasteles que no iban con su oficio, los hermanos Allen tuvieron que conformarse con cederle los vestidos negros que lady Angeline había usado en el año de luto por la muerte de su padre. Debido a que en ese entonces la joven apenas contaba con diecisiete años, estos le quedaban un tanto ajustados, y eso la incomodaba. El señor Allen se había ofrecido, por supuesto, a reponerle su guardarropa, pero dado que era completamente incorrecto aceptar ropa de un caballero, y puesto que el señor Allen no aprobaba su gusto en vestidos y los que mandara a confeccionar muy probable no fueran del gusto de Arleth, esta declinó la oferta para enojo del hombre.

Así pues, tendría que conformarse con esos vestidos y rogar porque los condes de Granard no hicieran preguntas al respecto. En caso de que las hicieran, se había acordado inventar que su ropa había sufrido algún incidente y que Clarice había sugerido que usara la de su hermana.

Negó con la cabeza ante sus desgracias y salió de la habitación para dirigirse a su destino. Apenas llevaba una semana y media en el lugar, y ya su cerebro se había familiarizado con los pasillos y los detalles de la mansión. Aunque sonara un poco absurdo, consideraba el lugar como un hogar. Había escrito a Rachel para informarla de lo sucedido y comunicarle su decisión de quedarse que los Allen; y esta, muy a regañadientes, había concordado con que era la mejor opción, aunque no dejó de ofrecer su ayuda al final de la nota. A veces Arleth no comprendía

como una persona podía ser tan generosa y buena; y otras tan malas y descorazonadas como su supuesto padre, pero no le daba vueltas al asunto, y solo agradecía a Dios haberse topado con alguien así en su vida.

Estaba por subir la escalera que la conduciría a las habitaciones principales cuando escuchó que una voz, demasiado familiar para su gusto, decía:

—Señorita Cramson.

Ella pensó en hacer caso omiso del llamado y seguir su camino, pero sería ridículo ya que él volvería a llamarla. Sin molestarse en elaborar una sonrisa cortés, respondió:

—Señor Allen, qué...sorpresa tenerlo por acá.

Pensó en decir: *qué alegría, o qué placer tenerlo por acá*, pero conociendo lo poco que conocía al hombre, le saldría con algún comentario que pondría a prueba su temperamento si ella mostraba demasiada cordialidad.

Él se acercó y haciendo gala de una caballería que no tenía, hizo una pequeña reverencia y tomó su mano para depositar un casto beso en esta. Había sido un contacto del que los guantes negros la habían protegido, pero que no fuera piel a piel no pudo evitar que un casi imperceptible escalofrío la recorriese. Por suerte, él no pareció darse cuenta.

—He tenido abandonada a mi familia mucho tiempo, y hoy he decidido desayunar aquí y reunirme con unos amigos. ¿Cómo está señorita Cramson?, ¿se ha sentido cómoda?

Arleth asintió, deseando terminar rápido con el encuentro. Debió suponer que él no le daría el gusto.

—Mi hermano debe estar sorprendido de que haya sobrepasado la semana. Normalmente no duran más de ese tiempo —le comentó—. Mañana es su día libre, ¿no es así?

Arleth volvió a asentir, esta vez con cautela.

—¿Le gustaría dar un paseo mañana por el parque conmigo?

A pesar de que su oficio como institutriz la sometía a mantener siempre una expresión inescrutable, ella no pudo evitar denotar la sorpresa que le causó la pregunta, así como tampoco pudo impedir el vuelco que le dio su corazón. Sus ojos se abrieron y su boca formó una *o* por al menos dos segundos, hasta que se recompuso.

—¿Por qué? —fue lo único que atinó a decir, pero no se refería a por qué el paseo, sino a por qué la invitaba, y él lo sabía.

—No lo sé —respondió con una sonrisa que podía dejar notar su propio desconcierto—. Y da igual, ya que he formulado la propuesta, al menos merezco una respuesta, ¿acepta?

—Temo, señor Allen, que dado que mis experiencias con usted y los parques, y usted y los paseos no son nada agradables, rechazo su amable ofrecimiento. No iré con usted a ningún parque.

—Entonces un helado en Gunter's —sugirió sorprendiéndose a sí mismo por la insistencia—. ¿Ha probado los helados, señorita Cramson?

Arleth negó e imaginarse probando uno hizo que la boca se le hiciera agua. Había escuchado mucho de ellos. Estuvo tentada de aceptar, pero el sentido común regresó y volvió a negar con la cabeza. Otra salida con ese hombre y puede que no saliera viva.

—Imposible —murmuró, más para convencerse a sí misma que para negar la oferta.

—Vamos, señorita Cramson —siguió el hombre con demasiada persistencia—, ¿qué tiene en contra de los helados?

De los helados nada, pero de la compañía...

—Prometo no causar problemas —prosiguió el hombre, y eso consiguió que ella resoplara de forma poco correcta.

—Es pecado jurar en vano, señor Allen. No insista. Es incorrecto que una joven respetable

salga sola con un hombre, y es aún más incorrecto que un hombre de su posición salga con una institutriz. ¿Qué pensará la gente?

—Posiblemente que me he conseguido una nueva amante —admitió él.

Las mejillas de ella se volvieron carmín, aunque no supo decir si por la vergüenza o la irritación.

—O —prosiguió él sonriendo ante su turbación—, que he decidido sentar cabeza y estoy cortejando a alguien. Sea lo que sea me da igual.

—A mí no —espetó ella—. Recuerde que deseo permanecer oculta, no atraer la atención.

Muy a su pesar, él admitió que ella tenía razón. Una salida con ella despertaría el lado curiosos de la alta sociedad, que al ser un grupo ocioso, solo podía distraerse especulando sobre lo que sea a lo que le dieran pie. Richard no era especialmente famoso entre la clase alta, pero sin duda esta querría indagar quién era la mujer que se atrevía a estar cerca de un Allen.

Sin saber por qué, se frustró. No debería ser para él importante no haber obtenido la cita deseada con la mujer. No estaba ni siquiera seguro de por qué la había sugerido. Había sido solo un impulso. Tenía ganas de conocerla más, de descubrirla. Le llamaba la atención la mujer bajo el disfraz, que ocultaba un carácter fiero y una personalidad valiente.

Richard repasó con aburrimiento el atuendo que ella llevaba, y se detuvo más de lo debido en la forma de sus pechos que el vestido moldeaba muy bien, a pesar de no mostrar ni un trozo de piel.

Con una sonrisa ladina, y sabiendo que lo siguiente que diría le ganaría una buena mirada asesina, dijo:

—No le quedaron tal mal los vestidos, después de todo. —Soltó una carcajada ante la mirada furiosa de ella y se fue a reunir con sus amigos.

Arleth continuó su camino malhumorada. ¿Existía hombre más irritable en la faz de la tierra? Lo dudaba. Pero al menos, se dijo con optimismo, se había librado de la cita.

—Voy a hablar con Lord Brougham —informó Richard a todos los presentes—, al menos así, estará informado desde un principio y podrá ir elaborando con mayor fluidez sus argumentos de defensas.

—Te puedes meter en problemas si alguien se entera, Richard —advirtió Julian removiendo el líquido intacto de su copa. Aún era demasiado temprano para tomar, y su hermano no era aficionado al alcohol, sin embargo, discutir un tema tan importante solo con té podía considerarse sacrilegio.

—Como si no estuviese familiarizado con el tema —comentó irónico el marqués de Aberdeen sentado frente a él—. A veces me planteo si esa maldición no es solo consecuencia de actos imprudentes.

—Eso sonó muy Lord Coventry —dijo el duque de Rutland, refiriéndose al correcto marido de su hermana Angeline, el conde de Coventry—. No seas amargado, Damien, y admite que hubieras hecho lo mismo. Yo lo apoyo.

—Tú apoyas todo lo que es sinónimo de peligro, no debería de extrañarnos —replicó el marqués.

Richard miró a los hombres reunidos y casi blanqueó los ojos. El duque de Rutland y el marqués de Aberdeen eran, desde hacía tiempo, muy buenos amigos y figuras influyentes de manera indirecta en el país, y no precisamente por sus títulos. El marqués de Aberdeen había participado en las guerras napoleónicas antes de que su hermano muriera y fuera el heredero al título. Desde que había regresado, se le había agriado un tanto el carácter, pero nada que no

cambiara cuando su esposa o sus hijos estaban cerca. En el fondo no era un mal hombre, solo alguien que debía tener muchos tormentos encima.

Por su lado, el duque de Rutland era la antítesis del anterior. No había casi nada que le borrara la sonrisa de la cara, y debido a su mala manía de entrometerse en la vida de los demás, había servido de espía para la corona durante los años de guerra. Si se necesitaba a alguien para algún favor que requiriera poner una vida en peligro, él era la persona indicada; aunque, desde que estaba casado, se la pensaba dos veces antes de aceptar, no solo porque tenía una familia que lo requería con vida, sino porque sabía que a cualquier misión que dijera que sí, su esposa querría participar.

Richard confiaba mucho en sus dos amigos, y en ese momento discutían sobre la próxima sesión de la cámara de Lores, que prometía ser interesante, pues se leería por primera vez la lista de penas y penas, y se harían acusaciones formales frente a Caroline. La gente ya suponía que la parte acusadora presentaría pruebas que harían quedar a Caroline como adúltera, pero Richard quería hablar con Lord Brouham, el abogado de la reina, para decirle con exactitud cuáles serían esas pruebas. Casi murió por tener esa información, que ahora sirviera de algo.

—La vida es aburrida sin un poco de peligro que produzca adrenalina —objetó el duque y sus labios formaron esa sonrisa que haría a cualquier mujer arrodillarse ante él; no por nada, se había ganado el apodo de *Adonis negro* en la sociedad—. Habla con él, Richard, yo por mi parte, no me perderé ese juicio. Sinceramente no creo que todo llegue muy lejos; cada vez son más los que están del lado de Caroline, y la presión se está volviendo insostenible. Prinny está perdiendo apoyo y los Lores saben que los Comunes negaran el proyecto. Creo que todo esto no es más que una pérdida de tiempo.

Todos los demás asintieron en conformidad. Richard decidió que ese mismo día hablaría con Brougham, pero primero, hablaría con Clarice, acababa de tener una idea.

—Señorita Ritter, quiero pedirle un favor.

Arleth le prestó toda su atención a la joven, aunque la reprendió con la mirada por usar ese apellido. Habían acordado que era mejor que la siguiera llamando señorita Cramson en caso de que alguien pudiera escucharlos. Sin embargo, cuando estaban solas, Clarice decía su otro apellido, según argumentaba, para que no se le olvidara quién era en verdad.

—Si está en mis manos...

—Sé que mañana es su día libre, pero mi familia saldrá toda la mañana y presiento que me aburriré mucho aquí sola. Si va a salir, quizás, podría llevarme consigo. Por motivos obvios no salgo mucho, y el encierro empieza a exasperarme. Yo hablaría con mi hermano.

Si la propuesta proviniera de una joven dulce, cariñosa y agradable, de esas que les encantaba compartir con las demás personas sin importar que fueran inferiores, Arleth no hubiera visto nada raro en la propuesta. Pero ya que provenía de Clarice Allen, no pudo hacer más que sospechar, y debió dejarlo entrever en su mirada, porque la muchacha continuó.

—No me mire así, por el amor de Dios. Solo era una sugerencia. No tiene porqué hacerlo si no desea mi compañía. Yo solo pensaba negociar una posible amistad.

Su tono era tan inocente, y a la vez despreocupado, que a Arleth no le quedó otra opción que mostrar su claudicación con un suspiro.

—No tenía planes para mañana. ¿A dónde te gustaría ir?

—Podemos comer un helado, y luego pasear por la plaza y llevar algo para almorzar ahí. Si quiere llévese unos libros y así le haremos creer a la gente chismosa que estamos en una clase.

A Arleth le pareció un plan bastante agradable y asintió, así pues, al día siguiente salieron

temprano hasta Bekerley Square donde Arleth probó por primera vez un helado, y quedó encantada con el sabor. El lugar también era famoso por su gran variedad de postres, pero ella se conformó solo con el helado. Por supuesto, nadie les prestó atención, primero, porque era demasiado temprano para que alguien respetable estuviera despierto; y segundo, la sociedad solía ignorar a todos aquellos que fueran niños y jóvenes, e ignoraban aún más a las institutrices que iban con ellos. No debía temer que alguien sintiera curiosidad por ella.

Estaban comenzando su paseo por la plaza cuando sintió una presencia a sus espaldas. No tuvo necesidad de girarse para saber quién era, ni tampoco para confirmar lo obvio: le habían tendido una trampa, y ella había caído.

Capítulo 12.

Ante la mirada acusadora de Arleth, Clarice se limitó a encogerse de hombros.

—Me pagó —dijo como si eso bastara de justificación—. Primera lección, señorita Cramson, nunca se fie de mí si hay dinero de por medio. Mejor dicho, nunca se fie de mí de ninguna manera posible. —Se giró hacia su hermano y dijo en voz baja—: Si los llevo a ver besándose, me darás otra libra o se lo diré a Julian —dicho eso, tomó un libro de la canasta que habían llevado, y ante la sorpresa de Arleth, se sentó bajo un árbol y dio la apariencia de alguien que estaba estudiando.

Arleth, furiosa, se giró hacia Richard Allen.

—Me estoy cansando de este juego, señor Allen, quiero que me diga de una vez por todas el porqué de este interés en mi persona, y el motivo de este absurdo ardid para conseguir un simple paseo. Manipular a su hermana de esa forma me parece...

—¿Manipular? —repitió el hombre incrédulo—, a ese pequeño demonio no la manipula ni el diablo. Yo la he sobornado, es distinto, aunque prefiero no pensar para qué utilizará el dinero. ¿Nos sentamos, señorita Cramson? —Señaló un banco cerca de ellos, desde donde podrían vigilar a Clarice, aunque esta no necesitara de su vigilancia—. Llevar una conversación de pie es algo incómodo.

A mala gana, ella accedió, pero solo porque después se le podía ocurrir sugerir un paseo, y eso era peor.

—El soborno me parece aún peor e injustificable. No puedo comprender, señor Allen, este interés en mi persona, y me gustaría que le lo dejara claro porque los juegos de adivinanzas me parecen bastante tediosos.

—¿Quiere mi entera sinceridad, señorita Cramson?

—Por favor.

—No tengo ni la menor idea. Tal vez mi lado amable solo desea hacerla sentir cómoda y quitarle ese gesto adusto de la cara.

—Quizás desee vivir amargada —replicó Arleth.

—Tonterías. Sea feliz, señorita Cramson. Nada mejor para enfrentar los problemas que una sonrisa.

—Debe tener bastante experiencia en ello —comentó con ironía.

—No se imagina cuánta.

—Aun así, para mí es un riesgo innecesario. Ya le mencioné mi intención de pasar inadvertida.

—Sí, y para eso está Clarice. Si la ven con ella no prestaran más atención porque inmediatamente la catalogaran como institutriz.

—En estos momentos no están viéndome con ella, señor Allen, sino con usted.

—Ah, pero la mayoría de los que pasea ahora por aquí ya la han visto con ella, por lo que en su cerebro ya estará catalogada como institutriz y no volverán a echarle otra mirada.

Arleth no dejaba de sorprenderse con la capacidad de ese hombre para justificar todo.

—Sus justificaciones para lo injustificable son admirables, señor Allen —respondió con ironía.

—Es parte de mi trabajo. Ahora, ¿ha disfrutado del helado?

Diciéndose que era ridículo mantener una pose de indignación cuando no iba a convencer al

hombre de que había actuado mal, Arleth se permitió relajarse solo un poco.

—Me ha gustado mucho —admitió—. Nunca había tenido la oportunidad de probar uno.

—¿Nunca había venido a Londres? —indagó él, queriendo recopilar la mayor información posible.

—Unas dos o tres veces a lo mucho, cuando era niña. A mi padre no le gustaba que madre lo acompañara a Londres, y vivimos recluidas en el campo.

Al escuchar la mención del hombre que estaba tan desesperado por librarse de su hija que no le importó darla en matrimonio al primero que se le puso en el camino, Richard no pudo evitar fruncir el ceño. No era que no supiera que en la sociedad en general esos eran arreglos de los más comunes, pero quizás fue haber crecido en una familia afectiva lo que no lo hacía comprender del todo el asunto; y menos comprendía el caso de Arleth, ya que como ella misma le había mencionado aquella ocasión en el carruaje, no había ningún beneficio extra que su padre obtuviera en esa unión.

—¿Puedo hacerle una pregunta un poco indiscreta?

Ella arqueó una ceja.

—Me sorprende que haya pedido permiso. Hágala, lo hará así diga que no.

Richard sonrió, pero su semblante recuperó la seriedad al momento de hablar.

—¿Por qué su padre no...?—se detuvo un momento buscando la palabras que volvieran un poco más suave la pregunta.

Ella lo entendió y se adelantó.

—¿No me quiere? —completó con tono indiferente y él asintió.

Ella dudó un momento en pensar si respondía con la verdad, o fingía desconocer el motivo. Al final, no encontró ninguna razón para ocultar los motivos reales. Lo peor que podía pasar era ser rechazada, pero a esas alturas podía afirmar que no se encontraba ante una familia prejuiciosa.

—Según él, porque soy una bastarda que se ha visto obligado a reconocer y mantener como legítima.

Si a él lo sorprendió la sinceridad y el poco tacto de sus palabras, no lo dio a demostrar el tiempo suficiente para que Arleth pudiera medir el grado.

—¿Se lo ha dicho con esas palabras?

—Me lo ha dicho con palabras peores. Los borrachos no miden su vocabulario.

Sin saber por qué, una rabia normalmente desconocida se empezó a apoderar de Richard. Odiaba a las personas así, que hacía pagar a otros por pecados ajenos; que el único objetivo en su vida parecía ser la venganza sin importarle a quién iba dirigida. No conocía al padre de Arleth, pero podía asegurar que si lo tuviera en frente, estaría encantado de enseñarla a modular su vocabulario frente a una dama, y es que además no comprendía cómo alguien pudo haber odiado a la criatura que tenía en frente, que a pesar de la dura coraza que aparentaba, era una mujer buena.

Arleth pareció darse cuenta de por dónde iban sus pensamientos, porque intentó esbozar una sonrisa y en un acto algo impropio de ella, colocó una mano sobre la de él.

—Está bien, en realidad, no me afecta mucho. Con el tiempo he aprendido a quitarle importancia.

¿Qué más podía hacer? Lamentarse constantemente de sus desgracias solo causaba dolor. Al menos había tenido a su madre, que había actuado como el pilar de afecto necesario para sostenerse, hasta que la pulmonía se la llevó. Jamás le había importado el rechazo de su padre mientras ella viviera, y luego de que murió, su *progenitor* había sido una compañía tolerable porque casi no lo veía. No imaginó que iba a intentar deshacerse de ella tan rápido.

Al darse cuenta del gesto de la mano, intentó retirarla, pero Richard lo impidió y la retuvo con

suavidad. Los guantes no evitaron que sintiera cierta inquietud ante el contacto.

—¿Cómo conoció a los duques de Newquay? —preguntó para desviar un poco el tema.

Ella estuvo a punto de protestar por el repentino interés en su vida, pero ya que conocían toda la verdad, y que tan amablemente le había impuesto su protección, no vio ningún motivo para mantener esa información poco relevante en secreto.

—Fue hace poco más de un año. Ella se acababa de casar y se habían mudado a la propiedad que el duque tenía ahí. Yo paseaba por el pueblo cuando tropezamos por accidente. Después de las disculpas protocolares entablamos una conversación, y pronto nos hicimos buenas amigas. Ella me invitaba a tomar el té, y yo accedía encantada. No tenía muchos amigos porque no salía con frecuencia. Cuando murió mi madre, demostró ser un gran apoyo y una gran amiga.

—Lamento lo de su madre. ¿Es reciente?, ¿por eso el luto?

Arleth asintió.

—Mi madre fue la única que siempre me mostró cariño. Le debo al menos el año entero de luto. Como decía —continuó—, Rachel demostró ser una gran amiga, y cuando se enteró de la boda a la que me pensaban someter, no dudó en ayudarme con mi loco plan de huida, y no solo eso, sino involucrar a su esposo en el. Sabe, ella es de ese tipo de personas que no acepta un no como respuesta, y su esposo es incapaz de negarle algo. Así fue que logré sobrevivir todo un mes hasta que conseguí empleo con ustedes.

—¿Cómo fue a parar a nuestra casa? —inquirió, curioso por saber la forma en que había llegado a la casa Allen.

Arleth resopló.

—Con un vil engaño. Una de sus doncellas es sobrina de la persona que me alquilaba la habitación. Cuando comenté que buscaba empleo, me dio buenas referencias de ustedes. Aseguró que eran tranquilos, de buena reputación, y que la joven a educar era todo un encanto.

La carajada de Richard atrajo la atención momentánea de más de uno. Arleth encontró la excusa para zafarse de su mano y le dio un ligero golpe para que dejara de reír. Odiaba ser el centro de atención.

El consiguió parar con mucho esfuerzo.

—¿Quién le ha mentado de esa manera? Dígame el nombre y me encargaré de que mi hermano le aumente el sueldo. Después de todo, gracias a ella está usted aquí.

Arleth estuvo tentada de poner los ojos en blanco. Lástima que debía aparentar ser una institutriz respetable.

—¿Acaso le alegra tanto mi presencia? ¿Tan desesperados estaban por una institutriz, o usted necesitaba a alguien a quién exasperarle la paciencia con su actitud?

—No me pregunte por qué, señorita Cramson, pero le aseguro que su presencia es bastante grata en la casa. —Mientras decía la frase, se había acercado un poco más a ella, quedando a una distancia que estaba a punto de rayar en lo indecente. Ella debería haberse alejado, pero el contacto de sus caderas y la mirada en la que se encontraba atrapada se lo impidieron.

—¿Ah sí? No veo cómo puede ser eso —logró gesticular, pero seguía sin poder alejarse a pesar de saber que pronto empezarían a llamar la atención. Su cuerpo estaba estático y no recibía órdenes de su órgano superior, el cerebro, que mandaba cada segundo una señal retirada que no era obedecida.

—Le dije que no pregunte por qué —repitió él con esa sonrisa burlona—. A veces no es bueno cuestionarse tanto las cosas.

—Si uno no se las cuestiona, puede terminar aceptando cosas que no son correctas —rebatió ella con nerviosismo. Su cercanía la perturbaba, y se preguntó si a él también le sucedía. Puede

que no, ya que él no se cuestionaba mucho nada. No debió de sorprenderle esa parte de su personalidad. Ya había demostrado que hacía todo sin pensarlo demasiado. Quizás por eso vivía en problemas.

—No todo lo que se considera incorrecto es necesariamente malo. Algunas cosas son muy subjetivas —rebató él, y se acercó otro palmo—. Sabe algo, en este momento estoy considerando la posibilidad de pagarle otra libra a Clarice para demostrarle mis argumentos.

—No comprendo, ¿por qué? —preguntó con el ceño fruncido.

—Porque estoy sintiendo unas irremediables ganas de besarla de nuevo, y al menos que haga algo para evitarlo, no podré detenerme. Créame, ni contribuir con otra libra a la posible destrucción de Londres me tienta para alejarme.

La declaración debió de haberle arrancado a Arleth un gemido de horror, o algo similar. Debió haberla instado a alejarse, o por lo menos, debió sacarla del embrujo el tiempo suficiente para buscar con la mirada a Clarice y garantizar que interrumpiría cualquier intento de beso en caso de que ella se viera incapaz de negarse. Debió haber causado alguno de esos efectos, pero lo único que consiguió fue que un cosquilleo le recorriera todo el cuerpo y su boca se abriera casi inconsciente, esperando recibir su boca, anhelando sus labios y olvidándose dónde estaban, pues lo cierto era que desde la última vez, se había quedado con ganas de sentir aquella experiencia de nuevo.

Él se comenzó a acercar más y la respiración de ella se volvió irregular, pero no se apartó, ese era un esfuerzo demasiado grande para llevarlo a cabo. Se quedó ahí, esperando, ansiando, y...

—Richard, querido; qué alegría encontrarte por acá, hace tiempo que no sé nada de ti y eso me tiene muy deprimida. ¿Quién es ella? No me digas que el motivo de que hayas desaparecido de mi vida.

Richard se tensó al escuchar la voz y maldijo en su interior. Estaba en problemas.

Capítulo 13.

Pasaron al menos cinco segundos hasta que su cerebro lograron asimilar la intromisión, entonces, Arleth levantó la vista para ver a la causante de que su cuerpo inhalara por cada poro una protesta. Se trataba de una mujer bastante hermosa, rubia y de ojos azules que llevaba un vestido melocotón que resaltaba sus curvas. No debía tener más de treinta años, se abanicaba de forma provocadora, y miraba al señor Allen con clara coquetería.

Pasaron otros diez segundos hasta que Arleth asimiló las palabras que ella había dicho, y fue entonces cuando la frustración que había sentido hasta el momento por haberse quedado anhelando el beso se convirtió en rabia.

Maldito sea, pensó parándose bruscamente para guardar las distancias con el hombre. ¡Ella era su amante! El hombre tenía una amante y aun así se había atrevido a coquetear con Arleth y querer besarla. Lo peor: ¡ella había ansiado que la besara! ¿A dónde había ido a parar su sentido común? ¿Cómo había estado dispuesta a permitir semejante acto de inmoralidad? Desconcertada por su propio comportamiento, dio un paso hacia atrás deseando estar a un mar de distancia de aquel hombre que no solo era un desgraciado al que le encantaba jugar con las mujeres, sino que además, era demasiado peligroso para su autocontrol.

—Estoy seguro, lady Carrick, que recuerda perfectamente el motivo por el que hace tiempo que no nos vemos —respondió Richard, crispado, y lanzó una ojeada rápida a Arleth, pero no quiso detenerse mucho en ella para no despertar más el interés de la mujer.

—Un pequeño incidente, nada más, que ha sido por completo tu culpa, Richard, o de tu apellido más bien. No te preocupes, lord Carrick no es rencoroso.

—Permíteme ponerlo en duda, querida. Si me disculpas... —Se puso de pie e hizo una corta reverencia.

—¿Quién es ella? —volvió a preguntar la mujer dirigiendo su vista curiosa a Arleth.

—Mi institutriz —respondió la voz cortante de Clarice, que había decidido hacer acto de presencia. Dirigiéndose a Arleth, dijo con voz aparentemente sumisa—: señorita Cramson, ya he terminado de leer el capítulo indicado, ¿podemos regresar a casa para discutirlo mejor? Creo que el aire frío me va a resfriar. —La mirada que le dirigió a lady Carrick la retó a que hiciera otra pregunta, y la mujer dio un paso hacia atrás como si un perro le hubiese gruñido.

—Por supuesto —respondió Arleth siguiendo el juego.

—Hasta luego, Richard, una agradable coincidencia haberte encontrado por aquí.

Richard asintió, y se abstuvo de ofrecerse a acompañarla. Era mejor dejar unas cuantas cosas claras a lady Carrick.

—Tu hermana sigue igual de encantadora que cuando liberó a los perros de caza en la mansión de mi prima —comentó lady Carrick sin perder la sonrisa de la cara—. En fin, Richard, ¿ahora te dedicas a seducir institutrices? Un consejo, querido: un poco más de discreción. No creo que besarla en plena plaza sea conveniente para la reputación de la pobre mujer, además, ¿frente a tu hermana? Qué clase de ejemplo, Richard. Creo que me debes un favor por haberlos interrumpido.

Richard sabía que ella tenía razón, había sido una imprudencia. Cuando estaba cerca de Arleth perdía hasta la capacidad de pensar con coherencia. De igual forma, no pensaba admitirlo ante la mujer.

—No te confíes en que te lo pague. Es mejor que me vaya, Charlotte, no es conveniente que nos vean juntos. Prefiero no tener que enfrentarme de nuevo a tu marido. Ahora que sé que tiene uno, optaré por mantenerme alejado.

La mujer soltó una risa cantarina.

—No puedes culparme por habértelo ocultado, pero tampoco te reprocho si quieres mantenerte lejos. Ese apellido tuyo solo causará otro duelo, y seré yo quien tendré que tolerar el mal humor de Jackson. Así que no te preocupes, no vine a tentarte.

—¿Entonces?

—Solo quería fastidiar un poco, y preguntarte algo: ¿andas muy de lleno en eso de la ley para que le quiten a Caroline el título de reina?

—Todos los de la Cámara andan de lleno en eso, Charlotte, no veo el motivo de la pregunta.

—Es que ayer escuché a mi marido hablar con uno de sus amigos. No me preguntes de qué iba la conversación porque sabes que sus temas me aburren, pero oí que decían tu nombre seguido de una maldición. Naturalmente, decidí escuchar solo un poco por curiosidad, aunque lo único de lo que hablaron después fue de la audiencia de mañana. ¿Te has metido en algún lío, Richard Allen? —preguntó en tono burlón.

Richard resopló.

—Espero que no.

—Ten cuidado, Rich —aconsejó la mujer dándole unos golpes con el abanico en el hombro—, a Jackson no le gusta que le arruinen los planes. Es muy rencoroso.

—Hace rato me has dicho que no lo era.

La mujer soltó otra risa.

—¿Ah sí?, pues...mentí. —Se encogió de hombros y su semblante volvió a ser serio cuando dijo—: Cuídate Rich.

La mujer se alejó dejando a Richard pensativo.

Debió haber supuesto que su nombre pronto saldría a la luz, aunque fuera a modo de sospecha. Cuando fue a visitar a Lord Brougham, era consciente de que muy posiblemente alguien lo estaba viendo. Ese tipo de asunto era así, siempre había alguien vigilando al enemigo. Hubiera podido enviar una carta anónima informando, pero existían muchas posibilidades de que fuera interceptada antes de llegar a su destino; así pues, una visita en persona pareció ser una opción que aseguraba la información, solo que no resguardaba su nombre. Tendría que andarse con cuidado. Mientras saliera vivo del asunto, no sería un problema tan grande.

—Señorita Cramson, ¿se encuentra usted bien? Parece algo...molesta —preguntó Clarice mientras regresaban a la casa.

Arleth negó con la cabeza, tanto para dar una respuesta a Clarice, como para despejarse de los pensamientos fastidiosos.

Durante todo el camino que llevaban de regreso, la imagen de la hermosa mujer coqueteándole a Richard Allen había hecho que la sangre le hirviera de coraje, aunque lo que posiblemente le molestaba no era que el hombre tuviera una amante, sino que eso la incordiará. ¿Por qué debería de hacerlo? Ellos no tenían nada. Por supuesto, debía deberse al hecho de que él había intentado jugar con ella, y ella estuvo a punto de caer. Ese hombre era un cínico y un canalla despreciable. Con esa sonrisa desbastadora se encargaba de encantar a su presa para que esta cediera a todas las propuestas pecaminosas que brillaban en sus ojos, poco le importaba tener ya otra relación o que la mujer a seducir fuera una persona decente. Era un desgraciado, y lo que en realidad le molestaba era que ella no había podido resistirse a él. Pero no más, de ahora en adelante lo

evitaría como a la peste, y solo le dirigiría la palabra si era estrictamente necesario.

—Muy bien —respondió—, es solo que...

—Richard no sale con ella —interrumpió Clarice viendo que ella no era capaz de formular ninguna excusa creíble—. Escuché la discusión entre él y Julian cuando Richard le pidió que lo ocultara por un tiempo. Mi hermano no sabía que la mujer era casada y su marido los descubrió, quería matarlo, pero dado que los duelos son ilegales, y a Lord Carrik no le conviene armar escándalos por su carrera política, no pudo cobrar la ofensa. Sin embargo, Richard temía que lo hiciera de todas formas de manera más personal.

Arleth consideró por un momento la historia evaluando la veracidad de esta, pero como no llegó a una conclusión inmediata, respondió:

—Primero: es de mala educación escuchar conversaciones ajenas.

—Estaban gritando, media casa los escuchó —se justificó la joven.

Arleth la ignoró.

—Segundo: una dama jamás saca a colación temas que tengan que ver con...

—¿Amantes? —sugirió Clarice ganándose una mirada reprobatoria de Arleth.

—Exacto. Y tercero: no me interesan los problemas de tu hermano.

—¿Entonces por qué estaba molesta si no era por eso? —preguntó con inocencia.

—Yo no estaba molesta —replicó Arleth.

—Claro que lo estaba. Lleva todo el camino con el ceño fruncido.

—No...

—Creo que le molestó que no la besara —continuó Clarice provocando que Arleth ahogara un gemido

¿Entonces se dio cuenta? ¿Por qué diablos no los detuvo?

—Quería otra libra —explicó la joven como si le hubiera leído el pensamiento—, estoy ahorrando.

—¿Para qué?

—No lo quiere saber —aseguró, y Arleth se dijo que tenía razón.

Clarice decidió no continuar con el tema y ella lo agradeció interiormente. No podía tolerar la vergüenza de que todos se hayan dado cuenta de que ansiaba los besos de ese hombre. ¿Tan obvia se había mostrado? ¿Cuántos más habrían sido testigos de su debilidad? Enrojecía solo de pensarlo; ni siquiera entendía por qué había cedido tan fácil. Ella no era así. Siempre había sido una mujer centrada, ¿cómo estuvo a punto de arriesgar su reputación y su anonimato permitiendo que ese hombre le diera un beso en plena plaza? Debía de haber perdido el juicio. Se prometió que no volvería a suceder.

Cuando llegaron a la mansión, el mayordomo le notificó que había llegado una carta para ella y que había sido deslizada bajo su puerta. Arleth le dio las gracias, y se apresuró a subir a su habitación para leerla. Cuando vio el sello, se recordó que tenía que advertirle a Rachel que dejara de poner el sello con su emblema en las cartas que le enviara, el personal empezaría a sospechar si seguían viendo que los duques le mandaban correspondencia, y ya una vez había sido descubierta por eso.

Rompió el sello y comenzó a leer.

Querida Arleth.

No te lo había querido mencionar antes para no preocuparte, pero hace unos días tu padre ha venido a esta casa preguntado por ti. No te lo imaginas, ha armado todo un escándalo asegurando que te teníamos escondida en nuestra mansión, y al decidir que no confiaba en nuestra palabra de que no estabas aquí, pidió revisar el lugar. Mi esposo, para que no fuera

puesta en duda su palabra, accedió de mala gana a acompañarlo por la casa.

Tardaron varias horas en la búsqueda por la mansión, pero por obvias razones, no te encontraron. Yo, a pesar de la falta de respeto que supuso para nosotros esa poca confianza a nuestra palabra, tuve la amabilidad de señalarle al barón que quizás podías encontrarte hacia el norte del país, por Newcastle, cerca de Escocia, donde residían las primas de tu madre; sí, esas que murieron hace como tres años, pero creo que él desconoce esa información, pues su cara se iluminó cuando se lo mencioné. Hago constar que solo le proporcioné esos datos porque me encontraba muy preocupada por tu paradero y temía que algo te pasase. Hoy me he enterado de que ha salido de la región, y me encuentro deseando que disfrute su viaje de cuatro días hacia el norte, así como también espero que tenga éxito en la búsqueda de las personas con los nombres que les proporcioné, que, cabe acotar, me los inventé en ese preciso momento.

Como vez, querida Arleth, tienes al menos otras dos semanas más de tranquilidad. Si tenemos suerte, el viaje lo dejará tan cansado que desistirá en su intento de buscarte. No dudes que te haré llegar cualquier información, te quiere,

Rachel.

Arleth soltó una carcajada ante las ocurrencias de su amiga y buscó papel para elaborar una respuesta inmediata. La carta debía de haber sido enviada hacía como dos días, aproximadamente, así que si su padre había decidido tomar los consejos de Rachel, debía de estar a mitad de camino.

Había comenzado la nota cuando escuchó que tocaban a su puerta y se interrumpió para ir a abrir. Aún tenía la sonrisa en la cara, pero esta no tardó en borrarse cuando vio a la persona que estaba tocando.

—Señorita Cramson, ¿podemos hablar?

Toda la determinación de hacía un rato se esfumó con su sola presencia.

Arleth se dijo con melancolía que si el hombre era capaz de causar eso en ella, estaba en serios problemas.

Capítulo 14.

—No veo de qué, señor Allen. ¿Ha ocurrido algo?

—No, pero me gustaría explicarle algunas cosas sobre lady Carrik.

Arleth estuvo tentada de asentir, pero el sentido común se impuso.

—¿Por qué habría de necesitar yo una explicación sobre esa dama? —preguntó con aparente indiferencia. No pensaba dejar entrever toda su curiosidad y quería convencerse a sí misma de que no le interesaba.

—Porque prefiero que no piense que soy un canalla que se dedica a pedir besos mientras anda con otra. lady Carrik no es mi amante, señorita Cramson. Al menos ya no.

Arleth se ruborizó por la mención tan directa del beso que estuvo a punto de darle esa mañana. Del beso que ella había deseado y al que no hubiera emitido objeción.

—Si es su amante o no, es algo que me parece indiferente. Sobre lo de esta mañana...preferiría que no se hiciera mención del tema, ni se volviera a repetir la situación.

Richard arqueó una ceja y se recostó en el marco de la puerta.

—¿Por qué no, Arleth? —preguntó en un tono que estaba destinado a provocarla. Oh, él sabía muy bien que ella lo había deseado tanto como él a ella, por eso quería molestarla. Y encima, había empezado a tutearla de nuevo, provocando que sus defensas dieran un suspiro y fueran desmoronándose.

—Porque, señor Allen, yo soy una dama respetable. —Hizo énfasis en el *señor* recordándole el trato formal.

—Jamás he afirmado lo contrario.

—Y —prosiguió como si él no hubiera hablado—, a las damas no se las besa en lugares públicos. Un beso de por sí es un acto de mal gusto en un lugar donde transitan más personas, que sea un caballero y una dama solteros los que fomenten ese acto es un total escándalo.

—Admito que ha sido un descaró de mi parte, pero nunca le he encontrado sentido a esas prohibiciones, así como tampoco concuerdo con el ideal de que las damas no deben ser besadas hasta el día de la boda. ¿Por qué privar a las señoritas del placer de un beso?

—Para evitar que caigan en pecado —dijo Arleth para sí misma, tarde se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta.

—¿Consideras un pecado algo placentero? Es absurdo, ¿no crees? Pienso que cada quién debería tener la libertad de experimentar en ciertos temas, aunque sea de una forma tan inocente como es un simple beso. Lo que hablábamos hace un rato. Todo es muy subjetivo. Creo que la castidad total está sobrevalorada.

—A los bribones como usted les encantaría que las cosas fueran diferentes, ¿no? Así podrían andar seduciendo a jóvenes sin compromiso alguno.

—Sería todo más...interesante. Incluso puede que los matrimonios no fueran tan infelices.

Arleth negó con la cabeza. Se negaba a seguir profundizando en un tema que posiblemente nunca sería más que unas teorías.

—No importa. Como sea, no puede volver a repetirse. ¿Qué planea con todo esto, señor Allen?

—Arleth, créeme que me encantaría saber la respuesta a mí también. —Se incorporó y la miró a los ojos—. Empiezo a pensar que eres una bruja, y que con esos ojos grises atrapas a cualquier

ingenuo que se atreva a mirarlos. No puedo comprender cómo, pero cada vez que los observo, todo pensamiento racional se va de mi mente. ¿Crees que no sé que es incorrecto? ¿Piensas que no soy consciente de que no debería hacer lo que hago? Claro que lo sé, pero en el momento en que mis ojos se fijan en ti, todos los argumentos válidos desaparecen, en cambio, me esfuerzo en buscar justificación a mis futuras acciones, algo que no me haga sentir tan mal por querer saquear esa boca, por anhelar explorarla, y por desear hacer cosas que ni siquiera te voy a mencionar. Es algo que va contra toda lógica, y no me queda otra opción que adjudicarlo a algo sobrenatural, porque si no lo hago, me volveré loco buscando una respuesta.

Arleth se quedó muda y nadie podía culparla. ¿Qué se decía en ese tipo de situaciones? Y lo peor, ¿qué se hacía cuando el hombre acababa de describir exactamente lo mismo que le pasaba a ella?

Estaba tan conmovida que no se percató de que el hombre se acercó hasta que entró en la habitación y cerró la puerta. Sus alertas se activaron.

—¿Qué está haciendo? —preguntó con nerviosismo. Intentó asomarse para abrir la puerta, pero él bloqueó su camino.

—Dejamos algo pendiente hace un rato.

—Y-ya había mencionado que no se debía volver a repetir —tartamudeó ella.

Retrocedió hasta toparse con una cómoda, entonces, no hubo escapatoria: él puso las manos encima del mueble y la acorraló.

—No mostré mi acuerdo al respecto —susurró con voz seductora.

—Se-señor Allen —suplicó con voz débil. Tenía el pulso muy acelerado gracias a que él había inclinado la cabeza y sus labios estaban rozando su mejilla.

—Richard —murmuró contra su piel. Ella se estremeció cuando sus labios rozaron la suave piel y ascendieron hasta su oreja, donde la lengua del hombre pareció entretenerse un rato con el lóbulo.

Ella nunca podría describir lo que sentía en ese momento, solo decir que jamás se había sentido igual antes.

—Richard, por favor —suplicó, aunque a esas alturas le era muy difícil decidir qué quería, si que se alejara, o que la besara de una vez por todas—. Esto no está bien —se obligó a decir.

—¿A qué le tienes miedo? —preguntó. La voz tan cerca de su oído causaba oleadas de calor cada vez más intensas. Su cuerpo no respondía a la súplica racional de que debía alejarse—. Será solo un beso.

—¿Y luego qué?

Sus propias palabras lograron enfriarla un poco. ¿Qué sucedería después? Si se dejaba llevar, ella podría terminar muy mal. El hombre no había dado ningún indicio de que tuviera intenciones honorables. No era tan ilusa para no saber lo que algunos hombres buscaban, y ella estaba en una situación en la que tenía todas las de perder. No era que lo tuviera en tan baja estima para creer que el hombre la utilizaría de esa manera, no, una parte absurda de su interior confiaba en él, pero ¿y si las cosas se salían de las manos? Arleth arriesgaba mucho.

—Me temo que tendrá que quedar hasta ahí —respondió él con cierta melancolía, y si ella había empezado a recobrar el sentido común, lo perdió cuando el posó los labios en su cuello. ¡Qué bien se sentía eso!—. Espero que no pienses que soy un canalla capaz de deshonorarte. Un beso, sin embargo, no tiene nada de malo. A veces hay que aprender a disfrutar sin pensar tanto en las consecuencias.

—Si esa es su filosofía, empiezo a ver una razón más lógica para los problemas que un apellido maldito.

Él se carcajeó. Arleth sintió el temblor de sus labios en su piel sensible.

—Entiendo que tus circunstancias no te hayan dejado muy predispuesta a disfrutar. No obstante, no es pecado, cariño. Hay ocasiones en las que es necesario un poco de disfrute. ¿Me dejarás besarte? Confía en mí.

Confiar en él. En ese preciso instante confiar en él era lo mismo que confiar en el diablo. No había tanta diferencia, ambos tenían una voz destinada a persuadir a pecar.

Richard quitó las manos de la cómoda, las trasladó a su cintura y la pegó a él. Arleth supo que estaba perdida. Su cuerpo reaccionó y la necesidad fue más fuerte que la lógica.

Lo miró a los ojos y él encontró ahí la respuesta. Antes de que pudiera percatarse, tenía esa boca cálida de nuevo sobre la suya, moviéndose con destreza, despertando sensaciones que no sabía que sentía.

Arleth se aferró a él y respondió. Los labios masculinos le indicaban el movimiento a seguir, y ella no tardó en adaptarse. ¡Qué delicioso! Por eso debía ser prohibido, porque era demasiado tentador para resistirse. Sentía que daría todo porque la volvieran a besar así, por sentir ese calor en el cuerpo, esas manos demasiado cerca de sus pechos, e incluso una molestia extraña entre sus piernas que era muy placentera.

No fue consciente del tiempo, solo siguió el consejo de él y disfrutó. Bebió de sus labios al igual que lo hacía él mientras durara, pues en el fondo sabía que no era una experiencia que se pudiera repetir.

Cuando él se separó, ella sintió que le arrebatában algo esencial. Su piel escocía anhelando algo desconocido, y sus ojos tardaron varios segundos en poder enfocar para ser capaz de mirarlo. Visualizó en él la misma turbación que tenía ella, incluso con más intensidad.

No dijeron nada, en algunas ocasiones las palabras no eran necesarias. Así se quedaron, solo mirándose por al menos dos minutos enteros.

—Mi hermano ha dicho que planea invitarte a cenar esta noche en remuneración por haber aguantado tanto —informó él alejándose varios pasos. Él también deseaba poner distancia, pues, como cada vez que se acercaba, parecía perder parte de su sentido racional, era capaz de volver a tomarla en los brazos y devorarla hasta que llegaran al final—. Te lo digo para que vayas preparándote mentalmente y de preferencia, practicando tus reflejos—dicho eso, abrió un poco la puerta, confirmó que no hubiera nadie en el pasillo, y se marchó.

Desconcertada, Arleth se quedó en la puerta un minuto más, con la vista fija por el pasillo por donde había desaparecido el hombre. Su cuerpo aún resentido por el beso. Dios mío, ¿qué le estaba pasando? Cerró la puerta y al igual que la última vez que había recibido la visita de ese ser, se recostó en ella, suspirando y preguntándose dónde estaba esa parte de ella segura de sí misma, esa parte que siempre tenía control de su cuerpo y no dejaba que nadie ni nada la manipulase. Dónde estaba esa parte de la que al parecer, él se había apoderado. Ahora parecía que algo suyo estaba en su poder, y era lo que le permitía manejarla como un títere, lo que provocaba que ella no estuviera en sus cinco sentidos cuando lo veía, y era lo que causaba que ella deseara hacer solo su voluntad, ceder a los deseos más oscuros de su cuerpo y olvidarse por un rato de lo correcto o incorrecto que esto podía ser.

Arleth se quedó un rato más recostada ahí, asimilando todo, y solo cuando al fin se convenció de que no valía la pena seguir dándole vueltas a algo a lo que no le encontraría sentido, su cerebro recordó las últimas palabras que él le había dicho: ¡¿La iban a invitar a cenar?!

Rato después, Arleth descubrió que la tozudez era de familia. Tal y cómo le había notificado el señor Allen, los condes de Granard la interceptaron en un paseo que daba por el jardín y la invitaron a cenar esa noche con ellos. Ya que el título de institutriz era un grado un tanto mayor

que el de otros criados, no era algo tan escandaloso, aunque no dejaba de significar un honor. Sin embargo, Arleth declinó la propuesta, o intentó hacerlo, alegando diversos argumentos, como por ejemplo, la falta de un vestido adecuado, lo innecesario del agradecimiento, e incluso la incomodidad que sentiría al compartir la mesa con personas tan distinguidas; pero lo único que consiguió con ese último argumento fue la risa del conde quién, no acostumbrado a recibir un no por respuesta, insistió hasta el punto que seguir negándose sería grosero. Así pues, Arleth no tuvo otra opción que acceder.

La cena era a las ocho, y ella estaba a las ocho menos cuarto en el salón de espera, solo porque si tardaba más tiempo en su habitación, posiblemente no iría. De hecho, ahí mismo consideraba la posibilidad de inventarse algún malestar que la eximiera de lo incómoda que podía ser la cena, y es que a pesar de ser una dama educada como tal, jamás había asistido a ninguna comida con extraños, ni siquiera había sido presentada en sociedad porque su padre se negó a costear ese gasto, por ello, no sabía cómo llevaría el asunto. Además, vestida de negro no sería una bonita imagen, a pesar de que esta vez usaba el único vestido que se salvó de su guardarropa, el que llevaba el día de aquel... incidente, recordó con ironía.

El reloj marcó diez para las ocho y Arleth se convenció de que lo mejor era regresar a su cuarto e inventar un malestar. Aprovechando que no había llegado nadie aún, emprendió el camino hacia la salida, pero casi se tropieza con la persona que venía entrando. Alzó la vista y se topó con los ojos castaños del otro de los hermanos. ¿Cómo era que se llamaba? ¿Andrew? ¿Anton? ¿Alec? Sí, estaba casi segura de que era Alec, o que comenzaba por *a*. De igual forma, eso carecía de importancia ahora.

—Señor Allen, buenas noches.

—Buenas noches, señorita Cramson. Qué alegría que nos acompañe esta noche. Por lo visto no ha bajado nadie más, y Richard no ha llegado, así que temo que seré por ahora su única compañía.

Él le sonrió, pero a diferencia de la sonrisa de su hermano, esa con la que ya estaba bastante familiarizada, esta no era tan encantadora, no tentaba ni atraía a su presa con un magnetismo sorprendente. No, la de él era más tierna, adorable, que transmitía tranquilidad y causaba simpatía en quién la viera. No obstante, a pesar de parecer una persona inocente, sus ojos brillaban con astucia disimulada, que se burlaba de los pobres que se atrevieran a caer en el hechizo de su encanto y vieran en él una persona ingenua.

—Temo señor, que pensaba retirarme. De pronto me comenzó a doler la cabeza.

Él soltó una pequeña carcajada.

—Y eso que ni siquiera ha comenzado la cena —comentó entrando en la estancia y se dejó caer en uno de los canapés—. Vamos, señorita Cramson, le aseguro que no mordemos.

—Oh, yo no...

—¿Por qué no se sienta y espera? Puede que su malestar solo se deba al hambre. —Por el tono en que lo dijo, Arleth dedujo que nunca le creyó. ¿Acaso esa familia podía detectar cuando alguien mentía? ¿O solo era que los hermanos eran demasiado perspicaces para su bien?—. Richard no debe tardar en llegar.

¿Por qué suponía él que eso a ella le interesaba? No le importaba en lo absoluto cuando llegara el otro Allen.

—Intuyo que prefiere su compañía, ¿no es así? —preguntó sin percatarse de la expresión hastiada de Arleth, que se convirtió en una sorprendida ante la pregunta. Al parecer, el hombre carecía del sentido de la prudencia y el tacto, pero no parecía hacerlo a propósito, aunque Arleth no podía asegurarlo.

—No veo por qué debería ser así.

—Pues...—se inclinó en el canapé y colocó los codos en las rodillas, luego puso su cabeza entre sus manos y la miró fijamente— porque Richard parece preferir bastante de la suya, supongo que lo ha notado.

Arleth se ruborizó, y buscaba que responder cuando otra presencia entró en la habitación e interrumpió la conversación.

—No puedes culparme por eso, hermano, la señorita Cramson es muy agradable.

Arleth evitó en lo posible mirarlo, no sabía si lograría no ruborizarse al verlo a la cara. Lamentablemente, él le dificultó la tarea sentándose a su lado, demasiado cerca para ser considerado correcto.

El señor Allen más joven los miró con curiosidad.

—Quizás debería conocerla mejor, señorita Cramson, mi hermano no afirma que alguien es agradable a la ligera.

—No veo por qué eso te interesaría —replicó Richard con cierta advertencia.

—¿Por qué no lo haría? ¿No acabas de decir que es agradable? Siempre es bueno conocer a una persona así.

Arleth decidió echarles un vistazo a los hermanos y vio en los ojos de Richard Allen un brillo peligroso. El otro en cambio, parecía muy relajado, hasta divertido. Se habían invertido los papeles.

Sintió cierta satisfacción al ver por fin al hombre víctima de su juego constante de provocaciones, aunque Arleth no estaba muy segura de qué había ocasionado su mal genio. No conseguía nada extraño en la conversación.

—¿O es que solo tú puedes conseguirla agradable? —prosiguió el menor.

Richard entonces se giró hacia ella y Arleth se ruborizó sin saber muy bien el motivo. De pronto, estaba entendiendo por dónde iba la conversación y se preguntó si no se estarían burlando de ella.

—Dígame, señorita Cramson, ¿considera usted agradable a mi hermano? —continuó Alec Allen

Arleth enrojeció más de ser posible. Observó a Richard y vio que ahora la miraba con cierta burla. ¡Malditos fueran los dos!

—Señorita Cramson, qué bueno que ha decidido acompañarnos. —La voz de Clarice le supo a gloria.

—A ver si no conseguimos dejarte sin institutriz— comentó Alec—. ¿Tiene buenos reflejos, señorita Cramson?

Arleth empezaba a preocuparse seriamente por las connotaciones de esa pregunta.

No pasaron más de quince minutos cuando ya toda la familia estaba sentada en la gran mesa y los criados servían el primer plato. Al principio, la conversación giró en torno temas triviales y la cena transcurrió con cierta calma, tanta, que Arleth dedujo que los hermanos solo le habían jugado una broma cuando decían lo de los reflejos.

Richard Allen le lanzaba de vez en cuando miradas, pero ella nunca se las devolvía por miedo a no recuperar la voluntad de sus ojos, sin embargo, era consciente de la mirada de él sobre la ella. El cosquilleo en su nuca le advertía cada vez que sus ojos la examinaban, y la tentación de alzar la vista era casi intolerable. De alguna manera, consiguió evitarlo durante la mitad de la cena.

—Ha hecho un trabajo magnífico con Clarice —dijo de pronto Richard ganándose la atención de todos, incluyendo una mirada de advertencia del conde de Granard que él ignoró—, hoy no me ha amenazado con ningún cubierto. La ha domado.

—Ni que fuera yegua —replicó Clarice con aparente calma al otro lado de la mesa—. Además, solo porque no te has metido conmigo hoy.

—Entonces tendremos que esperar al postre para ver el verdadero trabajo.

—Temo, señor Allen —habló Arleth—, que saber comportarse no es lo mismo que domar el carácter. Solo es una forma de disimularlo. Un espíritu libre jamás será domado.

—Lo sabrá usted muy bien, señorita Cramson —provocó él.

Arleth contuvo las ganas de lanzarle una mirada asesina.

—En verdad estamos muy complacidos con usted, señorita Cramson —intervino la voz de la condesa para pasar a un tema neutro. Arleth ya se había dado cuenta de que era de ese tipo de mujeres que siempre intentan evitar discusiones que podría conllevar problemas. Se preguntó cómo había terminado en esa familia.

—Nos ha caído del cielo —aseguró el conde haciendo que se ruborizase. No estaba acostumbrada a los halagos—. Estaremos encantados de...

Un carraspeo por parte del mayordomo lo interrumpió. Este se acercó al conde y le tendió algo.

—Mil disculpas, milord, pero al parecer esta carta se traspapeló cuando llegó en la mañana, y no se le hizo entrega. Han colocado en el sobre que es importante, por ello me atrevo a molestarlo ahora.

El conde asintió, y con el sello ligeramente arrugado, rompió el sobre con un cuchillo y sacó la carta. A medida que iba leyendo, su semblante se iba desfigurando de a poco hasta que terminó en el retrato de la rabia. Cuando finalizó, tiró la carta en la mesa y dijo algo en otro idioma, que por el tono, no debía ser una palabra agradable. Luego, se recostó en el respaldar de la silla como si estuviera muy cansado.

—¿Sucede algo? —preguntó Richard al reconocer la expresión frustrada de su hermano, esa de cuando le informaban de un nuevo problema.

Julian no respondió, y Shaphire, curiosa, tomó la carta y leyó. Para ser alguien no dada a expresar sus emociones, tampoco pudo evitar una mueca.

—Siete meses —murmuró Julian captando la atención de todos—, solo fueron siete malditos meses —dijo olvidándose de la norma que prohibía a los caballeros decir palabras malsonantes frente a las damas—. ¿Qué se supone que pudo haber aprendido en ese tiempo?

—Cómo incendiar un salón —respondió Shaphire a su lado, ya recuperada del impacto—. Ve el lado bueno, no hubo muertos ni heridos, y los daños no han sido lo tan graves para desprendernos de una buena cantidad de dinero.

—Lo voy a matar —declaró enderezándose de nuevo en el asiento—. Lo mataré así me ahorquen por ellos.

—¿Pueden decirnos de una vez qué sucede? —volvió a preguntar Richard, esta vez captando la atención de su hermano.

—Edwin regresa mañana —informó, y ante la mirada sorprendida de todos, y el chillido de alegría de Clarice, continuó con su cena.

Capítulo 15.

Arleth estaba preocupada.

Puesto que el hermano mellizo de Clarice había sido expulsado de Eton por faltas graves, difícilmente sería aceptado en otro colegio como Harrow ni aunque se tratara de un futuro duque, por ello, el conde de Granard se vería obligado a contratarle un tutor que le proporcionara educación, un tutor que también sería aprovechado por Clarice, y ella ya no sería necesaria.

No era que hubiera pensado quedarse toda la vida bajo la protección de la familia, pero ya que habían insistido tanto, supuso que al menos contaría con unos meses hasta que supiera con total seguridad que su padre no la buscaría más. Además, ya había formado cierto vínculo no solo con la joven, sino con los que habitaban la casa en general. Extrañaría todo eso en caso de irse, y extrañaría la estabilidad que había conseguido. Tener que preocuparse de nuevo por encontrar empleo casi la deprimía, aunque no tanto como la posibilidad de no volver a verlo a él.

Era algo tonto, pero Arleth sentía que iba a extrañar a ese problemático hombre que casi acaba en dos ocasiones con su vida. Puede que se debiera solamente a la atracción que él provocaba en ella, y a la que aún no le encontraba explicación, o porque se había portado muy bien con ella, dentro de lo que cabía. El hecho era que lo echaría de menos.

Se preguntó si se podría quedar con los vestidos, al fin y al cabo, aunque los condes no lo supieran, era culpa de la familia que ella estuviera sin guardarropa. Preguntaría después a Clarice, ese día era mejor esperar a ver cómo se desarrollarían los hechos. y no tardaría en averiguarlo, pues Edwin Allen no debía tardar en llegar.

Clarice estaba tan ansiosa que no dejaba de ver por la ventana como niña esperando un regalo. Arleth no se había molestado en comenzar alguna clase porque no obtendría la atención de la joven, en cambio, esperaba con ella.

—Me pregunto si Julian lo habrá matado y por eso no regresan—teorizó Clarice despegándose por un rato de la ventana.

Arleth contuvo una sonrisa.

—Tengo entendido que hoy hay una reunión importante en la cámara de Lores, por lo que deben de regresar antes de las dos si lord Granard va a asistir.

—Todo el mundo va a asistir—espetó Clarice con cierta sorna en su tono de voz—, presentarán pruebas de adulterio contra la reina. ¡Es tan injusto!

—Veo que tienes tu propia opinión al respecto.

—No puedo afirmar que la reina sea inocente de adulterio—dijo Clarice—, pero me parece una injusticia que le quieran quitar el título de reina y hundirla en el escándalo solo por eso, más cuando Prinny se pasea con sus amantes por todos lados.

—¡Clarice!—reprendió.

—Ya lo sé, señorita Ritter: una joven respetable no habla de amantes.

—Ni insulta al rey—añadió.

—¡Es que es injusto! Los hombres pueden tener a varias y a la mujer se le condena. ¡Eso me exaspera!

A Arleth no le quedaba duda de eso. En ese momento la joven se veía bastante alterada.

—Clarice—imprimió en su voz un tono tranquilo—, comprendo tu punto, querida, pero

lamentablemente es algo que se sale de nuestras manos.

—Hay que cambiar el pensamiento —insistió la joven, convencida—, mientras sigamos creyendo que somos inferiores, jamás podremos ser iguales. ¡Nosotras no somos inferiores! ¡Me niego a considerarme inferior!

—Y pobre del que se atreva a considerarte inferior —concordó una voz desde la puerta.

Ambas damas dirigieron su mirada a la entrada. Un joven muy parecido a Clarice, también de cabellos y ojos castaños como parecía ser la característica principal en esa familia, se recostaba con desenfado en el marco de la puerta. Para tener la misma edad que Clarice, el desarrollo ya empezaba a darle forma a su cuerpo. Debía sacarle una cabeza a su hermana, y su espalda era más ancha. Al parecer, heredaría ese cuerpo robusto de la familia.

—¡Edwin! ¡Estás vivo! —chilló Clarice y parecía tener muchas ganas de ir a abrazarlo, pero se contuvo, y con un tono burlón e indiferente que contrariaba su anterior alegría, dijo—: creí que Julian te mataría.

—Ganas no le faltaron —admitió Edwin—. Tuve que recordarle la invasión de ratones por la que lo expulsaron él para que contuviera las ganas de ahorcarme. Además, mi delito no fue intencional. Juro que yo no quería incendiar ese salón, fue un accidente. Si hubiera querido incendiarlo, no me hubieran descubierto y Julian lo sabe. Si basta con decir que aún intentan descubrir quién decoloró todos los pantalones del rector.

Clarice rió.

—¿Cómo se inició el fuego, entonces?

Edwin enrojeció.

—Eso carece de importancia ahora —adujo, y como si quisiera buscar una salida, posó su vista en Arleth—. ¿La institutriz? Escuché que lleva más de una semana aquí. ¿Estás perdiendo habilidades, Clarice?

—Es más complicado que eso.

Arleth intentó fingir que no la ignoraban y hablaban como si ella no estuviera.

—¿Necesitas ayuda?

Arleth abrió la boca sorprendida.

—¡No! A ella no la quiero espantar. Te digo que es algo complicado...—jaló uno de sus risos como si eso la ayudara a pensar—, de verdad, señorita Cramson, creo que la mejor opción es que se case con Richard. Total, no será el primer matrimonio en la familia que irá a Gretna Green.

—¿Se va a casar con Richard? —repitió Edwin incrédulo—, ¿y también nos privaran de esa boda?

—¡No me voy a casar con Ri...con el señor Allen! —exclamó Arleth cuando se hubo recuperado de la sorpresa—. Clarice, es sorprendente que hace poco hablaras de igualdad y libertad y ahora me quieras encadenar a un hombre.

—Pero no es cualquier hombre, es mi hermano —se defendió—, él me entiende.

—¡No me voy a casar!

—Entonces tenemos que ver que hacemos con usted. No se preocupe, no la dejaremos desamparada.

Arleth iba a replicar que no era necesario, pero Edwin se adelantó.

—Tengo la ligera impresión de que me he perdido algo, y estaré encantado de saber qué.

Clarice le dirigió una mirada pidiéndole permiso para hablar, y Arleth asintió solo porque sabía que igual hablaría. Ya acostumbrada a que sus desgracias fueran de boca en boca, observó como el mellizo escuchaba con interés el relato, sin mostrar más emoción que algunas expresiones con los ojos. Al final dijo:

—Cada vez llegan historias más interesantes acá, y yo encerrado en un internado. Fue un buen momento para regresar, después de todo. Ahora tenemos a una institutriz fugitiva que se va a casar con un Allen. ¿No puede venir nadie normal a esta familia?

—¡Yo no me voy a casar con nadie! —chilló Arleth al borde de perder los nervios. ¿Acaso no lo había dejado claro?

—Lord Coventry es normal —observó Clarice ignorando la reacción de su institutriz—, pero no es un Allen, así que en teoría no cuenta.

—Shaphire no puede catalogarse como normal porque era una Loughy. Creo que nuestra única esperanza es Alec.

—Y tú —añadió la castaña.

Edwin se mostró ofendido.

—Yo no me voy a casar —espetó el joven—, y si lo hago, ten por seguro que no será alguien normal. ¿En donde quedaría la fama?

Arleth se sintió ignorada, y decidió dejarlos para que prosiguieran discutiendo el futuro que no tendría. Así pues, y para darle tiempo a que se pusieran al día, suspendió todas las clases de la tarde y se la pasó leyendo un libro.

Cuando llegó la hora de dormir, lo intentó, pero solo daba vueltas y vueltas en la cama, su mente inquieta por lo que haría cuando se tuviera que ir, y preguntándose al final qué sería de su vida.

Cuando huyó, tenía claro sus planes a corto plazo, jamás pensó en qué haría cuando los años transcurrieran. No sabía si estaba dispuesta a trabajar toda la vida de institutriz, cambiando de trabajo cada cierto tiempo cuando ya no la necesitaran en uno, e impartiendo clase tras clase hasta que se supiera las lecciones de memoria. ¿Quería envejecer así? Puede que incluso se le amargara el carácter. Su padre moriría algún día, pero ella no podría regresar a su hogar porque alguien más tomaría su lugar. Lo máximo que podía esperar era una casita lejos en el campo, con los ahorros de toda una vida de trabajo y tristeza. Para alguien nacida en cuna de oro, no era un futuro muy alentador, aunque posiblemente el único que tendría.

Un tanto deprimida, decidió dar un paseo por el invernadero. Daban las doce de la noche, y debía de hacer bastante frío, pero no le importó. Se colocó una bata, también cortesía de Angeline Allen, y salió. Atravesó con rapidez el corto tramo temiendo que alguien la viera en ese estado, y se coló en el invernadero, sintiendo el aire puro que proporcionaban las plantas y tranquilizándose un poco debido a lo agradable del ambiente. Era un lugar bien cuidado, aunque Arleth no sabía porque mantenían un invernadero, que ella supiera, nadie en esa casa sentía atracción por la botánica.

Se acercó a observar con fascinación unos lindos lirios y tocó con cuidado uno de sus pétalos, deseando ser esa flor por un efímero segundo y no tener que hacer nada, solo dejar que otro la cuidara, que la tratara con delicadez y la mantuviera hermosa. Luego recordó que depender enteramente de alguien era peligroso, y se olvidó de la idea. Estaba por regresar cuando aquella voz que tenía grabada en cada parte de su cerebro resonó en el cerrado lugar:

—Eran las flores favoritas de mi madre. Le gustaban mucho las plantas y formaban parte de su distracción. Por eso tenemos invernadero —comentó como si de alguna forma se hubiera enterado de su duda anterior.

Arleth apretó instintivamente más la bata antes de girarse.

—Señor Allen, ¿no es un poco tarde para que esté por acá?

—¿No es un poco tarde para pasear por el invernadero? —rebatió.

—No podía dormir.

—Yo acabo de llegar de la sesión en la cámara de Loes. Decidí venir acá con mi hermano para seguir discutiendo, pero vi una sombra entrar al invernadero y decidí curiosar.

Ella volvió a girarse hacia los lirios, acariciando con distracción los pétalos para no mirarlo a la cara.

—Ya ve que no es más que una mujer con insomnio. No haga esperar a su hermano.

—Que poco debe agradecerle mi presencia que siempre busca correrme —se burló, y se sentó en uno de los banquitos dispuestos en el lugar—. Vamos, siéntese un rato y dígame que la atormenta tanto para privarse de una noche de sueño.

—¿Por qué supone que algo me atormenta? Quizás solo no estoy cansada. Su hermano llegó hoy, y dejé que su hermana pasara el día con él. No hice nada.

Richard hizo una mueca al recordar que los mellizos estaban juntos de nuevo.

—Un consejo para futuro, no los deje mucho tiempo solos, o son capaces de derrocar al rey. —Ella rió, y él añadió con tono teatral—: ¿Cree que exagero? Le aseguro que no. Por el bien de la humanidad, mantenga ocupada a Clarice mientras se le consigue un tutor a Edwin.

—Será también el tutor de Clarice, por lo que igual estarán juntos.

En su tono no había ningún reproche, ni siquiera un sentimiento implícito, pero Richard tenía una mente lo suficientemente aguda para atar cabos.

—Entonces eso es lo que le quita el sueño, la posibilidad de quedarse sin trabajo. No creería que la dejaríamos desamparada, señorita Cramson.

—Nunca esperé que me ampararan, señor Allen, le aseguro que estaré bien. En verdad les agradezco su apoyo ante mi situación, pero como dije en un principio, sé cómo arreglármelas sola.

—¿Por qué no se sienta y hablamos con más calma? —señaló un lugar al lado suyo, y con recelo, Arleth se sentó.

—No creo que las doce de la noche sea una hora para hablar con calma. Si vamos a las normas del decoro, no es ni siquiera buena hora para hablar, y menos si...

—Si se trata de una dama y un caballero soltero —culminó él y sonrió ante su gesto de fastidio—. Supongo que agregará que es aún más incorrecto si esa dama se encuentra en camisón.

Solo entonces, Arleth pareció ser consciente del estado en que se encontraba. Sus mejillas enrojecieron. Por suerte, él no pudo verlo debido a la oscuridad. Hizo amago de pararse, pero Richard lo impidió tomándola del brazo.

—Vamos, no creo que sea para tanto, la he visto con ropa peor que un camisón de monja.

Entonces, la vergüenza se volvió enojo.

—Prefiero no recordar eso.

—Si gusta...—accedió él—. Ahora, volviendo al tema de su permanencia en el lugar...

—Soy capaz de enfrentarme a cualquier dificultad —aseguró—, no tiene por qué preocuparse. De todas formas, no pretendía quedarme aquí toda una vida. Ya los he molestado bastante.

—No tanto como la hemos molestado nosotros a usted —contradijo Richard.

—No —admitió Arleth causando que él riera—, no a ese nivel, pero es mejor, puedo considerar cualquier deuda con ustedes saldada.

—No hay ninguna deuda. No sea tan extremista, que hasta ahora no hemos hecho nada más que mantenerla en el puesto que ganó.

—Su hermana ha dejado de espantarme —acotó—, eso es más de lo que pueden decir muchas que han pisado esta casa. Por otro lado, tendré otra referencia que facilitará una posible búsqueda de empleo.

—Al menos que sea con una viuda rica que tenga una hija a la que no quiera mandar a un

colegio de señoritas, dudo que lo consiga. No es por ser pesimista, pero es usted demasiado joven para que alguien con sentido común quiera contratarla. Volvería loco a los hombres de la casa.

—Esas son tonterías —espetó Arleth—, no soy el tipo de personas que vuelve loco a alguien. La gente no me contrataba porque creía que era inexperta.

—Qué ingenua ha resultado, señorita Cramson. La gente no la contrata porque es joven y hermosa, un peligro potencial para maridos con libido alto. Sobre que no es el tipo de personas que vuelve loco a un hombre...en este momento me tiene loco a mí, ¿es suficiente prueba?

Arleth abrió la boca para decir algo, pero sorprendida como estaba, las palabras no salieron bajo ningún formato posible. Lo miró intentando decidir si se burlaba de ella, y lo único que consiguió al posar sus ojos sobre lo de él, fue la pérdida de su sentido común. Hasta ese día, no podía comprender cómo con una sola mirada alguien podía olvidarse de todo, ni cómo se podía sentir placer solo viendo a alguien. Era algo tan inverosímil que el cerebro había dejado de buscarle explicación.

—Es usted un adulator —consiguió musitar—. No comprendo por qué no usa ese talento para buscar una esposa y sentar cabeza. ¿Ya es hora, no cree?

Ella se arrepintió de sus palabras apenas las formuló. Había sido muy impertinente de su parte, aunque no negaba que esa duda la carcomía de vez en cuando. El hombre debía de rondar los treinta, y ese era la edad en que los hombres solían afianzarse. Incluso los granujas debían sentir en algún momento la necesidad de tener una familia estable. Sobre todo si se tenía ambiciones de una carrera política.

—¿Hay un momento específico para casarse? Ya sé que la sociedad tiene fechas muy marcadas, pero yo no lo creo. No es una decisión que se debería tomar a la ligera, después de todo, debes estar seguro de que deseas pasar una vida entera con esa persona. Digamos que hasta ahora no había encontrado a la persona que me despertara esa sensación.

Arleth estaba tan sorprendida por su respuesta que no se percató de que él dijo *no había encontrado* en lugar de *no he encontrado*.

—No lo veía como una persona romántica.

—No es eso. Una cosa es estabilidad, y otra cosa es amor. Tampoco es que le tenga aversión al sentimiento, en mi familia abunda. Como le he dicho, es solo cuestión de encontrar a la persona que inspire esa estabilidad. Al contrario de lo que pueda creer, no planeo continuar viviendo como si estuviera soltero mientras tenga una esposa en casa.

Arleth le creyó. No supo por qué, pero lo hizo.

—Le creo —aseguró ella y sonrió un poco—. También comprendo su punto. Por eso me molestaron todas las insinuaciones que hicieron sobre que me casara aquella noche.

—No debimos presionarla —admitió Richard—. Sucede que las mujeres están un poco más dispuestas a ese tema, no solo porque es una de sus únicas salidas, sino porque les hace cierta ilusión. Por supuesto que su situación la puso en una posición complicada, y la volvió adversa al matrimonio, pero si el caso fuera otro ¿no le gustaría casarse, tener una familia? ¿No se enamoró alguna vez durante su adolescencia?

Arleth consideró su pregunta unos minutos. En realidad, nunca tuvo nada en contra del matrimonio, de hecho, había sido educada por su madre para ser una buena esposa. Y sí, le hizo ilusión en algún momento, hasta que se vio obligada a huir. Desde entonces se convenció de que no era ese el destino que la vida le tenía preparado. ¿Qué posibilidades tenía una institutriz de casarse? Eran las solteras por excelencia.

—Me gustaría, sí, no obstante, no sirve de mucho especular cuándo no es el caso, ¿no cree? Respondiendo a su otra pregunta, nunca me enamoré. No salía con frecuencia de la casa, así que

no conocía a mucha gente. Mi padre se negó a costearme una temporada, por lo que me imagino que la propuesta del señor Travers le vino caída del cielo.

Richard sentía la sangre arder cada vez que escuchaba el acto abominable al que el padre la quiso someter.

—Estoy seguro de que le hubiera convenido más costearle una temporada. No me queda duda de que con su encanto hubiera podido atrapar a un partido excelente, entonces él conseguía no solo deshacerse de usted, sino puede que incluso ascender en el escalón social. Encerrarla no fue una decisión acertada.

Arleth esbozó una sonrisa.

—También pude haber sido un completo fracaso. Él hubiera perdido su dinero y se desquitaría conmigo toda la vida.

—No sea tonta. Es imposible que fuera un fracaso.

—Me sobreestima demasiado.

—No, usted se tiene en muy bajo concepto. —Él se acercó un poco más a ella, sus caderas se rozaron, y Arleth solo pudo mirarlo a los ojos mientras hablaba, sometida su voluntad—. Sabes, Arleth. —Volvía a hablarle de tú. Ella no sabía si reprenderlo por esa confianza o dejarse fascinar por lo bien que sonaba su nombre en sus labios—, desde que te conocí en el parque, me pareciste una mujer bastante extraordinaria, fuera de lo común, y luego de que supe la verdad sobre tu origen, no pude más que admirar tu coraje y esa tenacidad para enfrentar los problemas. Estoy seguro de que hubieras sido un éxito, porque yo mismo soy la prueba de la obsesión que puedes provocarle a un hombre solo observándolo con esos ojos grises que despliegan magia con cada mirada. No creas que si me comporto como un canalla que quiere seducir a jóvenes respetables es porque es mi costumbre, simplemente no puedo evitarlo. ¿Crees que tengo la mínima idea de por qué quiero tomar tus labios ahora? ¿Piensas que tengo una respuesta a por qué no puedo contenerme y pensar con la cabeza fría? No la tengo, pido disculpas con antelación, aunque aclaro que no me arrepentiré en lo absoluto. —Antes de que ella pudiera terminar de procesar todo, la besó.

Había pasado solo un día desde el último beso, pero su cuerpo respondió como si lo hubiera estado anhelando por mucho tiempo. Cualquier idea de resistencia se esfumó con rapidez, dejando lugar solo al deseo, a la ansiedad de responder a esos labios, como si así pudiera averiguar por qué le gustaban tanto, como si con probarlos, descubriera el componente que los hacía adictivos. Ahí, en completo silencio y bajo el resplandor de la luna que atravesaba los cristales del invernadero, sus labios se unieron en una danza donde cada uno quería explorar a profundidad al otro. Donde deseaban encontrar la causa de su locura, la razón de que su pensamiento racional desapareciese, la respuesta a qué era lo que les pasaba. No encontraron la contestación a ninguna de las interrogantes, más si hicieron acto de presencia las mismas sensaciones que los tenían con la cabeza confundida, esas sensaciones que nublaban cada parte y ordenaban vacaciones al sentido racional.

Él la atrajo hacia sí, pero por más que la acercaba, no parecía estar lo suficientemente cerca. La sentó en su regazo y ella no protestó. También lo deseaba, también quería sentir el calor de su cuerpo, su contacto. Mientras más lo sentía, más crecía el anhelo de ir seguir adelante con esa locura. Ya nada importaba. Su mente no mandaba, su cuerpo sí, y Arleth no se reconoció a sí misma cuando le echó los brazos al cuello y se pegó a él buscando profundizar el beso.

Sus pulmones tenían cada vez más dificultad para recibir aire, y eso no parecía importarles, abortos como estaban en unirse de alguna manera. Sus bocas se negaban a separarse, habiendo encontrado en la otra alguien digno de probar. Solo cuando faltó el aire, fue que él trasladó su

boca a la barbilla de ella, y luego al cuello, esparciendo pequeños besos que no por ser más cortos, causaban un efecto menos intenso en su cuerpo, cuya temperatura estaba tan alta que un termómetro hubiera explotado al no soportar tanto calor.

—Richard —jadeó.

El uso de su nombre de pila pareció excitarlo más que cualquier otra cosa, porque sus manos, que antes estaban en su cintura, empezaron a subir y bajar por su espalda con urgencia, hasta que una terminó en su muslo y la otra se posó en uno de sus pechos, e insistía con torpeza en abrirle la bata.

La necesidad de su cuerpo era insoportable, y el poder de racional casi nulo, pero una voz dentro de Arleth logró traspasar la nube de excitación haciéndola consciente de cómo se encontraba. Estaba sentada en el regazo de un hombre dejando que pusiera sus manos en lugares indecentes, y permitiendo que la besara hasta perder la razón. ¡Se había vuelto loca!

—Debemos parar —dijo en un susurro. Estaba tan excitada que su boca no pudo hablar con seguridad, como si estuviera reacia a pronunciar las palabras que acabarían con su placer.

Richard no le hizo caso, al menos no de inmediato, su boca se había detenido en su clavícula, dificultándole la respiración.

—Richard...—musitó, aunque ni ella misma podía afirmar cuál era el propósito, si de detenerlo, o rogarle—, de-debemos parar. Estoy no está bien. —Qué débil sonaba su voz.

—No, no está bien —admitió él segundos después. Su mano detuvo el ascenso por el muslo y sus labios se separaron de su cuello, aunque no separó la cabeza, porque Arleth sentía su respiración que intentaba regularse.

Ella también intentó moderar su respiración, decidiendo olvidarse por un momento de la posición en que se encontraba. Un paso a la vez.

Él alzó la cabeza y la miró. En sus ojos había un brillo extraño que Arleth, debido a su estado momentáneo de inestabilidad emocional, no pudo descifrar. Richard tomó entre sus dedos la punta de la larga trenza que se había hecho para dormir y sonrió.

—Me gustaría que fuera de día para ver en todo su esplendor este cabello. ¿Por qué te haces esos horribles moños?

—Debo aparentar seriedad —respondió ella después de encontrar su voz—, nadie contrata a una institutriz que viste o se arregla como cortesana.

—Pero ya tienes trabajo —protestó él—, no necesitas verte tan...recta.

—¿Qué dirían los condes?

—Son Allen, están acostumbrados a lo anormal.

Arleth negó con la cabeza y diciéndose que era momento de romper la magia y volver a la realidad, empezó alejarse de él. Se bajó de su regazo avergonzada por el punto al que llegó, y se alisó el camisón.

—Richard...

Él hizo un gesto de silencio y ella asintió. Las palabras sobraban.

—Buenas noches. —fue lo único que dijo antes de marcharse. Todo rastro de preocupación por su futuro había desaparecido, ahora había un nuevo motivo de insomnio, y ese era el ardor incesante de su cuerpo que reclamaba algo desconocido, una...liberación. Ya no sospechaba que estaba en problemas, ahora tenía la certeza. Estaba en serios problemas.

Capítulo 16.

Al día siguiente, después de una larga noche pensando en el motivo para haber perdido el control de esa manera, Arleth salió a mala gana de su cuarto, aún teniendo muy vivo el recuerdo del tacto del hombre. Era una locura, era pecado, pero Arleth se encontraba deseando haber culminado lo que sea que hubieran comenzado, pues tampoco es que lo tuviera muy claro.

Haciendo uso de un esfuerzo gigante, ese día y los siguientes trascurrieron con normalidad. La ciudad estaba en tensión porque el abogado de la reina, Lord Brougham, había replicado a las acusaciones de adulterio diciendo que habían sido elaboradas, y amenazaba con revelar secretos comprometedores de Prinny si seguía empeñado en difamar a Caroline. El pueblo estaba con la reina, por supuesto, y eso era posiblemente lo peor, pues solo demostraba la poca estima en que se tenía a su majestad. Se rumoreaba incluso que muchos pares estaban revelando contra la ley, para enojo del rey, quién tenía cada vez menos poder.

De Richard, o el señor Allen, como debería llamarlo según las reglas estrictas de educación, no había sabido casi nada, y aunque no lo admitiría en voz alta, se sentía bastante... molesta. Sí, para que negarlo, estaba molesta. La seducía en el invernadero, le decía palabras bonitas, la hacía sentir especial, y luego desaparecía sin dejar rastro alguno. Por supuesto, no se le ocurrió preguntar de ninguna manera por él; pero si algún día decidía aparecer, ella se encargaría de dejarle claro que no era ninguna muñeca destinada solo al juego. Richard Allen se enteraría que era una dama educada para cosas mejores.

Lamentablemente, su decisión de decirle las verdades a la cara se esfumó en el preciso instante en que lo vio entrar, una semana después de lo ocurrido, por la puerta principal ataviado para la cena. Arleth lo odió entonces por conseguir que se olvidara de toda su rabia con su sola presencia, por hipnotizarla con sus ojos y embobarla con su sonrisa. Por hacerle recordar todo lo que deseaba de él, olvidándose así de sus principios y sus prioridades.

Ella, parada en medio de la escalera, se apresuró a girarse para escapar. Si no podía decirle sus verdades, mejor no decir nada para no terminar desvelando las suyas. Para su desgracia, lo escuchó decir:

—Señorita Cramson.

Lo peor era que el trato formar no era más que una pantalla para que el servicio no se diera cuenta de nada, lo decía el tono aterciopelado con el que pronunció el llamado. Ahora hasta su voz podía causar confusión en ella. Dios mío, ¿qué le estaba pasando?

Pensó en fingir que no lo había escuchado, pero él volvería a llamarla, así que era tonto. Se giró con lo que esperaba fuera una expresión indiferente, y lo vio acercarse. Esas conversaciones al pie de la escalera empezaban a volverse comunes.

—¿Estás molesta?

Ella negó con la cabeza, pero él sabía que sí estaba molesta. Debió habérselo imaginado. Desaparecer toda una semana no había sido muy amable de su parte, sobre todo si consideraban las circunstancias, solo que después de aquella sesión del Parlamento, Richard había tenido la impresión de que alguien lo seguía. No pudo confirmarlo, y no quiso visitar a su familia hasta no estar seguro de que eran alucinaciones suyas. No deseaba involucrar más gente. No obstante, a pesar de que aún no tenía la certeza de nada, no había podido posponer más tiempo la visita a la

casa.

La necesidad de ver a Arleth se había vuelto casi insostenible. Sinceramente, Richard había empezado a preocuparse por sus facultades mentales. Desde que esa mujer apareció en su vida, ya no pensaba con coherencia, el sentido común había pedido vacaciones, y su margen de control con respecto a ciertas cosas había desaparecido. Era como si algo hubiera invadido su cuerpo despojándolo de la voluntad.

No era que le molestase, pues admitía que en lugar de sentirse amenazado, se sentía bien. No sabía cómo explicarlo, pero esa extraña obsesión que sentía por la mujer incluso le agradaba. Es más, mucho temía que se podía estar enamorando, y es que Richard Allen podía ser lo que fuera: encantador, pícaro y seductor, pero sabía reconocer cuando algo ya pasaba del simple flirteo o de la mera atracción, y lo que le sucedía, definitivamente no era normal.

—Tengo una justificación válida. ¿Podemos ir a la biblioteca? Será más cómodo y seguro allá.

—No veo porqué. Yo no he pedido explicaciones. Esta es su casa y usted puede dejar de venir y regresar cuando le apetezca.

Arleth se reprendió a sí misma por el tono agrio con que habló e intentó ocultar su molestia con un semblante indiferente, pero la sonrisa de él le dijo que tal vez no lo había logrado del todo.

—Vamos a la biblioteca —insistió tomándola del brazo.

Ella no se resistió, y aunque se reprochó todo el camino por no poder contener esa parte curiosa que sí quería una explicación, no formuló objeciones en voz alta.

Cuando llegaron a la biblioteca, él cerró la puerta y se recostó en esta con desenfado. Arleth quiso insistir en que no tenía porque darle ninguna explicación ya que no era de su incumbencia, pero mandó al demonio el sentido racional que la instaba a hacerlo y decidió escucharlo. ¡Quería escucharlo!

—Verás —comenzó Richard—, ¿recuerdas el día que nos conocimos?

—¿Cuándo pude morir de hipotermia?, es difícil de olvidar.

Richard asintió e hizo caso omiso del tono irónico de ella.

—Bien, ese día...ese día me metí en un pequeño problema.

—¿Pequeño? Tengo entendido que sus problemas no suelen ir acompañados de ese adjetivo — se burló.

—Bien, me metí en un gran problema. Escuché una conversación sobre planes para fabricar pruebas falsas que acusaran a la reina de infidelidad, y así conseguir que se aprobara la ley de penas y penalidades. Ellos me vieron, pero no me reconocieron, solo persiguieron mi sombra durante gran parte de la noche hasta que... bueno ya sabes cómo terminó esa noche.

Arleth asintió, ahora un tanto temerosa por lo que seguiría.

—¿Recuerdas a lady Carrick?, la mujer del parque.

Ella volvió a asentir. Cómo no recordarla.

—Hace un tiempo...yo...eh...

—¿Fueron amantes? —sugirió ella al verlo un poco incómodo.

—Sí —admitió—, pero no porque yo acostumbre a perseguir mujeres casadas. No. Eso fue culpa del apellido.

—¿Culpa del apellido?

—Es la excusa general de la familia. A Angeline le va bien. Quiero decir que no sabía que era casada. Pensé que era viuda. No suelo presentarme con frecuencia en veladas. La conocí y me dijo otro nombre, y en una ocasión, cuando estábamos eh...juntos...

—Los atraparon —adivinó Arleth y él asintió.

—Efectivamente. Desde entonces su esposo me tiene cierto coraje. No se arriesgó a retarme a

duelo por miedo a un escándalo, pero desde hace tiempo que quiere meterme un tiro en cualquier parte de mi anatomía. Lady Carrick me advirtió ese día que el hombre era un tanto...rencoroso, y que además sospechaba que había sido yo el que había escuchado su conversación. Bueno no me lo dijo en esas palabras, solo es la deducción más probable.

—¿Es lord Carrick en que está elaborando la trampa? —preguntó para estar segura.

Él asintió.

—Él y Lord Merton. Como te decía, cuando se decidió hacer una sesión para la primera lectura del proyecto de ley, todos suponían que la parte acusadora iba a presentar pruebas contra Caroline, pero nadie sabía con exactitud cuáles. Así que yo decidí visitar a Lord Brougham, el abogado de la reina, y contarle cuáles serían con exactitud esas pruebas. Él hombre lo suponía, por supuesto, pero agradeció tener la información exacta porque eso le permitiría una mejor preparación de la defensa. Supongo que ya sabes que no les fue muy bien en la sesión.

—Y supongo que ahora ellos saben que has sido tú el que habló y quieren vengarse —concluyó Arleth sintiendo de pronto un temor que superaba cualquier fantasía.

—Exacto. No estoy del todo seguro, en realidad, pero creo que estos días me han estado siguiendo. Por eso no quería venir, no hasta que lo confirmara. No obstante, no he podido resistirme. —Se despegó de la puerta y se acercó a ella. Tomó un mechón de cabello que se había soltado del horrendo moño que tanto detestaba, y lo acarició—. Quería verte —le confesó con voz dulce.

Arleth no se vio capaz de pronunciar palabra por los diez segundos siguientes, estando como estaba tratando de mantener en control su cuerpo.

—¿No me extrañaste? —preguntó, alargando otros diez segundos su incapacidad de hablar.

—No.

Su voz sonó tan débil e insegura que la respuesta no pudo ser tomada como otra cosa que no fuera una mentira.

—¿Ni un poco? —insistió él acercando un poco su rostro.

En esta ocasión, Arleth solo pudo negar con la cabeza, su boca se había declarado en huelga de silencio.

—¿Entonces por qué estabas molesta cuando llegué?

—Yo no estaba molesta —replicó, no ella, que todavía estaba embobada con su cercanía, respondió su orgullo que se había prometido no admitir algo así en voz alta.

—¿No? Entonces la indignación que se reflejaba en tu rostro fue imaginación mía.

Arleth dio un paso atrás para recuperar su autocontrol y poder encararlo con su sentido común activo.

—Yo no estaba indignada.

—Parecía que acabas de chupar algo agrio —adujo él. Ella frunció el ceño, provocando que sonriera—. Exactamente, así estabas.

—Quizás solo practicaba caras típicas de institutrices para infundir respeto a los mellizos.

Richard soltó una carcajada. No lo culpaba, ella misma sabía lo tonto que había sonado eso.

—Espero que no a los mellizos Allen. Esa cara nada más sirve para instarlos a elaborar bromas macabras. Está bien, ya sé que no lo admitirás en voz alta, me conformo solo con saberlo.

Ella iba a rebatirlo, pero él colocó un dedo sobre su boca para silenciarlo.

—No digas nada, prefiero quedarme con esa idea. Arleth, creo que debemos aclarar varias cosas.

Arleth no necesitó más explicaciones para saber que se refería a esa relación tan extraña que llevaban, y a lo que sucedió hacía ya una semana. Una parte de ella quería asentir, y dar por

concluido lo que fuera que tenían —pues estaba segura que él quería terminarlo—, y otra parte quería negar y seguir adelante con esa relación que no sabía a donde podía ir a parar. Como no fue capaz de decidir cuál era la mejor opción, o bueno, no fue capaz de decidir cuál era la que deseaba más, pues claro estaba que la primera era la mejor, decidió desviar el tema.

—Se le va a hacer tarde para la cena, señor Allen.

—Richard —corrigió—, me gusta más como sonaba mi nombre en tus labios.

Ella se sonrojó al recordar cómo lo había pronunciado, y se dijo que al menos no era la única a la que le gustaba escuchar su nombre en boca del otro; no se estaba volviendo loca.

Aunque se moría de ganas de pronunciarlo, pudieron más los principios.

—No es correcto.

—Hemos traspasados los límites de lo correcto desde hace rato, Arleth.

—Pero...

La puerta se abrió en ese momento y por instinto, ellos pusieron distancia entre sí.

Gibbs fingió no haber visto nada.

—Señor, la cena ya está lista.

Richard asintió, masculló algo de tocar antes de entrar, y el hombre se retiró. Arleth dio unos cuantos pasos más hacia atrás como si quisiera evitar que él la persiguiera.

Él no hizo amago de acercarse, al contrario, empezó a dirigirse a la puerta, no sin antes decir:

—Tenemos una conversación pendiente.

Pero ella no quería tener esa conversación, y durante la semana siguiente hizo todo lo posible por evitarla. Él había ido en una cuantas ocasiones a la casa, y si no fingía estar ocupada, se encerraba en su habitación o lo esquivaba. Los Allen habían comenzado la búsqueda de un tutor para el menor de la familia, y ella sabía que pronto se tendría que ir, así que mejor conservar aquella noche como un lindo recuerdo, a escuchar como el hombre le dijera que era mejor olvidarlo, pues a pesar de haberle dicho que la extrañaba y otras tantas cosas más, Arleth estaba segura que sus palabras eran para cortar de raíz lo que fuera que comenzó. Sin duda no iba a pedirle matrimonio, así que las opciones tampoco eran muchas.

En el día de la semana que tenía libre, decidió salir hasta Green Park con un libro. No era dada a exhibirse en público si no era necesario, pero ese día tenía ganas de sentir el aire fresco y que el sol bronceara su piel blanca, casi pálida por el constante encierro. La mañana transcurrió con tranquilidad, al menos eso creyó, pues no fue consciente de la figura que la observó en todo momento.

Cuando regresó a la casa de los Allen, entró por la puerta de servicio y se dirigió a la biblioteca para devolver el libro que había tomado prestado. Pasó por el vestíbulo, y estaba atravesando el marco que la llevaría al salón que conectaba con la biblioteca cuando tocaron la puerta. Curiosa por saber si se trataba del señor Allen, esperó, pero cuando abrieron la puerta, su libro casi se cayó al piso, y puede que solo el afán de no ser percibida consiguió que sus dedos siguieran tomándolo. Su cara palideció y sus pulmones comenzaron a tener dificultades para procesar el aire.

No podía ser.

No podía ser, se repitió mientras daba pasos hacia atrás y se escondía tras una de las columnas. Esto debía ser una pesadilla.

—Soy Roger Ritter, barón de Plymouth —se presentó el hombre provocando que el cuerpo de ella comenzara a temblar ante cada palabra—, y exijo que en este momento ver a mi hija.

Capítulo 17.

Gibbs, el mayordomo, haciendo uso de ese semblante imperturbable que caracterizaba a los de

su rango, no mostró ninguna clase de expresión, y ante la espera de respuesta del hombre, se limitó a decir:

—Temo que se encuentra en un error, señor —intentó cerrar la puerta en las narices del hombre, pero el delgado cuerpo del mayordomo no podía compararse con el robusto cuerpo del barón, quién sin ninguna dificultad consiguió empujar la puerta y adentrarse en el vestíbulo ante la incredulidad del hombre.

Arleth apretó contra sí el libro necesitando desesperadamente aferrarse a algo. Debió suponer que algo así sucedería, debió haberlo imaginado. Lo que no entendía es cómo había podido dar con ella tan rápido; si en verdad se fue a New Castle siguiendo el consejo de Rachel, el tiempo que llevaba en Londres no debía ser mayor a dos o tres días.

—La he visto entrar aquí —declaró como si hubiera escuchado su silenciosa interrogante—, vestía de negro y entró por la puerta de servicio. Exijo se me entregue de inmediato. ¡Arleth! —gritó haciendo que los temblores se intensificaran—. ¡Arleth Ritter basta ya de juegos! ¡Nos vamos! ¡Tu pequeña aventura finaliza aquí! —rugió el hombre atrayendo la atención de más criados.

Sin duda el mayordomo y muchos de los que estaban allí ya debían haber llegado a la conclusión de a quién buscaban, pero ninguno de ellos dijo palabra, quizás porque no les correspondía.

—Señor —continuó el mayordomo con tono solemne—, temo que si no se va, me verá obligado a...

—Si ustedes no me regresan a mi hija, yo me verá obligado a llamar al magistrado para que la saqué de aquí a la fuerza si es necesario. Esa muchacha está bajo mi tutela, no ha cumplido ni los veintidós años, y tengo todo el derecho sobre ella. ¿Dónde está?

Oh Dios mío, si no hacía algo pronto, eso se volvería un escándalo. Roger Ritter no dudaría en cumplir su promesa, y aunque ella ya se hubiera marchado de ahí para entonces, sería una vergüenza para los condes de Granard, pues a pesar de no encontrarla, siempre había quien confirmaría que ella sí estuvo ahí, ya fuera algún criado, o alguien que la haya visto con Clarice en el parque. Cuando el rumor se extendiera, estaría perdida.

Respirando hondo para darse fuerzas, salió de su escondite y no necesitó abrir la boca para llamar la atención. Los ojos del hombre se fueron hacia ella como si hubiera sentido su presencia, y el iris café de sus ojos se oscureció hasta casi llegar a negro. Ella quiso salir corriendo, pero se limitó a envarar los hombros y devolverle la mirada desafiante.

—¡Maldita muchacha! —espetó—, no tienes idea de los dolores de cabeza que me has dado. Resultaste igual de problemática que la perra de tu madre.

Varios jadeo horrorizados se oyeron en el vestíbulo, pero Arleth solo pudo apretar la mandíbula para no salir en defensa de la mujer que le dio la vida. No era necesario armar otro escándalo.

—Ahora mismo nos vamos de aquí —aseguró el barón, y empezó a acercarse.

Ella se mantuvo en su sitio, firme. El hombre apenas había atravesado medio camino cuando lo que parecía una navaja le pasó justo por el frente y se clavó en el cuadro que colgaba de la pared. El barón se detuvo.

Todos sin excepción se giraron a ver quién había sido el tirador, y ninguno, excepto ella y su *padre*, parecieron sorprendidos de ver a los mellizos Allen en la punta de la escalera.

—No sé a usted, lord Plymouth, pero a mí me han dicho que es de mala educación decir palabras mal sonantes frente a una dama. Le recomiendo modere su lenguaje.

Roger Ritter lanzó una mirada asesina a Edwin, y este se limitó a regresarla. Con otra persona,

su padre no hubiera dudado en carcajearse frente a quién se atreviera a hacerle esa sugerencia, después de todo, estaban hablando de un muchacho de trece años. No obstante, puesto que ese muchacho había demostrado tener suficiente capacidad para atravesarlo con una daga de ser necesario, el barón se limitó a decir:

—Ustedes no se metan, críos, este no es su asunto.

—¿Cómo nos ha llamado? —inquirió con dramatismo Clarice—, esto es un ofensa.

—Oh, vaya que lo es —concordó Edwin cruzándose de brazos—, nadie ofende a los mellizos Allen —advirtió Edwin.

—Al menos no sin sufrir las consecuencias —añadió Clarice.

—Y sobre que no es nuestro asunto —continuó Edwin—, creo que tenemos derecho a decir algo considerando que se quiere llevar consigo a nuestra futura cuñada y a nuestro sobrino.

Nadie, ni siquiera el mayordomo, pudieron evitar el gesto de sorpresa ante la declaración, y solo la buena educación impidió que Arleth abriera la boca anonadada, aunque sus ojos no pudieron evitar mostrar desconcierto.

—¿Sobrino? —bramó el hombre mirando a los mellizos y a Arleth alternativamente.

—Mi hermano tampoco permitirá que se lleven a su mujer y a su hijo —siguió el juego Clarice, ignorando al barón—, es mejor que se vaya. Ella se queda.

Pero lord Plymouth no hizo caso. Sus ojos destellaban pura rabia que fue dirigida a Arleth.

—¿Estás embarazada? ¿Cómo ha podido suceder esto?

—Hombre, estoy seguro de que sabe cómo —provocó Edwin, eso produjo que el barón se pusiera rojo de coraje.

—¿Se puede saber quién es usted y con que derecho arma un escándalo en mi casa?

Lord y lady Granard aparecieron en ese momento en escena con el aspecto de personas que se acababan de vestir a toda prisa. Eran las once de la mañana, y Arleth, por su salud mental, prefirió pensar que se les habían pegado las sábanas.

Se dijo que eso debía ser una pesadilla. Posó una mano en la columna para sostenerse. Se sentía mareada e incapaz de decir algo. Esa treta que acaban de inventarse los mellizos no era ni de cerca, una buena idea, y si quería desmentir todo, debía hacerlo ya, pero su boca se negaba a pronunciar palabra. Estaba seca y sus cuerdas vocales mudas.

—Soy el padre de Arleth, el barón de Plymouth, y exijo saber si ha sido usted el responsable del embarazo de la muchacha, y cómo piensa responsabilizarse al respecto.

La cara del conde de Granard fue el retrato exacto del desconcierto, tan grande, que no pudo pronunciar palabra de inmediato. Lady Granard fue la primera en recuperarse.

—Mi marido no es responsable de nada, lord Plymouth —dijo con aparente calma, esa que siempre la caracterizaba—, y temo que usted se equivoca...

—Claro que se equivoca —interrumpió Clarice atrayendo la atención de todos —. ¿Qué no ve que está casado? Aunque no lo crea, somos una familia decente. El padre es... ¡Él! —señaló a Richard que en ese momento abría la puerta.

Todas las miradas se fueron entonces al señor Allen quién, confuso, posó su vista en el desconocido.

—Así que ha sido usted el canalla que ha embarazado a mi hija —dijo el barón de Plymouth acercándose peligrosamente, como quién tiene ganas de asesinar a alguien. Arleth pensó con ironía que lo que menos le importaba era que ella estuviera *embarazada*, sino el posible escándalo que se formaría de ello y el hecho de quedar como alguien sin palabra ante el Señor Travers y todo el pueblo —. Exijo saber cómo responderá.

Richard, anonadado, casi le pregunta por instinto que diablos le estaba diciendo, pero una

mirada a los mellizos, que a su vez señalaban con la vista a una Arleth a punto de desmayarse, hizo que guardara silencio el tiempo suficiente para poder atar los cabos. No tardó en hacerlo, no era muy difícil deducir más o menos lo que había pasado, aunque aún no entendía del todo lo referente al embarazo.

—Debo suponer que es usted lord Plymouth —comentó con fingida calma, como si no se estuviera jugando mucho por las palabras que pronunciaría a continuación—: es el padre desgraciado que ahora se cree con derecho de venir a buscar a su hija después de tratarla como mercancía y hacerle saber que su único objetivo era librarse de ella. Si el motivo de venir a buscarla es para obligarla a cumplir con una promesa matrimonial a la que ella no accedió, le advierto que eso no podrá ser.

—¡Claro que no podrá ser! —rugió el hombre viendo a Richard como quien quiere ahorcar a alguien—, nadie la querría esperando un bastardo de otro, y ni yo soy tan deshonesto para imponerle una carga semejante a algún imbécil. Es bastante desagradable. —Le lanzó tal mirada a Arleth, que ninguno de los presentes tardó en entender la indirecta.

Avergonzada, la joven dio un paso atrás deseando que la tierra se la tragara. Quería salir corriendo y refugiarse en algún lugar, pero sus pies no tenían suficiente fuerza para conseguir esa hazaña. Sus ojos se llenaron de lágrimas que pedían a gritos ser liberadas, con mucha fuerza de voluntad se negó a darle ese gusto, aunque eso significara usar hasta su último gramo de contención.

Richard, dándose cuenta que la mujer parecía a punto de desvanecerse, se acercó hasta ella y le ofreció su cuerpo como apoyo. Puesto que tenía más que perder si no lo hacía, se recostó en él y Richard la rodeó con un brazo.

—Lárguese de aquí —dijo con voz helada, haciendo esfuerzo por no ceder al instinto agresivo que le decía que lo golpeará—. Váyase, no tiene nada que hacer aquí.

—No me voy hasta saber que pasará con mi hija.

—Como si le importara —espetó Richard.

—No pienso dejar que mi buen nombre se vea afectado por...

—¡Váyase! —Si no estuviera sosteniendo a Arleth, lo hubiera ido a echar a golpes—. No se preocupe por su buen nombre, nos casaremos lo más pronto posible. Ahora lárguese.

Lord Plymouth, al fin comprendiendo que su integridad peligraba si continuaba ahí, y habiendo obtenido la promesa de matrimonio deseada, se marchó.

El silencio que reinó en el lugar se prolongó más de lo normal. Los criados que presenciaron la escena empezaron a desaparecer con disimulo, y el primero en hablar fue Julian:

—¿Has embarazado a la institutriz, Richard?

—Claro que no —respondió Clarice en lugar de su hermano, que estaba demasiado ocupado comprobando que Arleth estuviera bien.

—Al menos no que nosotros sepamos —añadió Edwin con una sonrisa pícaro.

—Ha sido una idea improvisa. Aunque tengo que admitir que ha sido muy buena, Edwin.

—Gracias —se vanaglorió el mellizo—, ya sabes lo que dicen: situaciones desesperadas...

—Requieren medidas desesperadas —culminó Clarice—. Admitan que ha funcionado. La señorita Ritter podrá quedarse.

—Y no tendrá que fugarse a Gretna Green para la boda pues han obtenido el consentimiento del padre.

—De nada —dijeron al unísono, y como si presintieran que era mejor salir victoriosos antes de que terminaran de analizar las cosas, desaparecieron, diciendo algo de venganza y críos.

Los condes de Granard parpadearon unas cuantas veces antes de fijar su vista en Arleth. Para

fortuna de la joven, no hicieron ningún reproche y solo se acercaron para comprobar su estado. Ella sentía que todo le daba vueltas y su cerebro no coordinaba bien. Quería disculparse por los problemas causados, pero la tensión de ese momento estaba acabando con su resistencia.

—Creo que escribiré a Rowena, le preguntaré si quiere organizar una boda rápida —comentó la condesa para aligerar la tensión

Él conde esbozó una sonrisa.

—La pregunta estará demás, querida, solo notificaselo y la harás la mujer más feliz de Inglaterra.

Shaphire resopló. A su antigua tutora solo le gustaban las bodas, nada más. No era para exagerar.

—Tengo que preguntarle. No sé si en su estado...

La condesa dijo algo más, pero Arleth ya no la escuchaba. Oír los planes para la boda solo había conseguido hacerla más consciente del lío en que había metido a todos, y a Richard en específico. La cabeza le empezó a dar aun más vueltas, todo comenzó a verse borroso y sintió un pito en los oídos. Escuchó vagamente que alguien, o tal vez todos, la llamaban, pero fue incapaz de responder. Sus músculos se volvieron pesados y en pocos segundos, todo se volvió negro.

Capítulo 18.

—¿Estás seguro de que no está embarazada? —preguntó Julian observando como Richard pasaba las sales por la nariz de Arleth. Esta se removió por el fuerte olor.

—No, maldita sea, yo no la he tocado.

—Solo quería asegurarme.

Arleth emitió un quejido y los tres pares de ojos se posaron en ella. Después de que se hubo desmayado, la habían sentado en uno de los sillones del vestíbulo y habían mandado a pedir las sales para reanimarla. Richard tenía que admitir que el desmayo había sido una buena causa para propiciar la duda en su hermano, pero él comprendía que solo se debió a todo lo sucedido en tan solo unos minutos.

Ella abrió los ojos y parpadeó varias veces para enfocar el ambiente. Se llevó una mano a la cabeza y comenzó a incorporarse lentamente.

Tardó al menos un minuto en recordar todo lo sucedido y una expresión de pesar se dibujó en su rostro. Pasó su vista de los condes a Richard, y de Richard de nuevo a los condes, para luego detenerla en la daga que aún seguía clavada en aquel cuadro en la pared.

—Lo siento mucho —les dijo con sinceridad, luego atrevió a mirarlos a los ojos—. Yo...oh Dios mío, creo que he armado todo un lío. No saben cuánto lo lamento. Jamás quise causarles problemas.

—Si ese es nuestro apellido —se burló Julian aligerando el ambiente—, me sorprende que no lo sepas a estas alturas. Nadie nos los causa, nosotros los atraemos.

—Creo que somos los que debemos pedirte disculpas. Si no hubieras llegado aquí, quizás esto no habría sucedido —concordó Richard. Extendió la mano para acariciar su mejilla. El tierno gesto atrajo no solo la atención de Arleth, sino de todos los presentes—. ¿Estás bien?

Ella asintió y se incorporó un poco más rompiendo el contacto. Necesitaba de toda su capacidad para seguir con la conversación y ese tipo de distracciones no eran bien recibidas en el momento. No obstante, Richard, que se encontraba agachado frente a ella, no se conformó y tomó su mano, transmitiendo el calor de su palma hacia la suya, y hacia todo el cuerpo, pues las mejillas de ella se ruborizaron.

—De igual manera —continuó Arleth—, lamento también haberles mentido.

—Esas disculpas sí las acepto —respondió el conde—. Fue bastante desagradable enterarnos de que habíamos contratado a la hija de un barón.

—Él no es mi padre —replicó ella en un murmullo. Bajó la vista avergonzada.

Richard tomó su barbilla y la hizo levantar la cabeza.

—Mejor. Yo no me sentiría orgulloso de afirmar que soy hijo de esa basura.

Arleth permitió que una pequeña sonrisa se formara en sus labios. Agradecía el intento de hacerla sentir mejor a pesar de que por todo ese enredo lo habían terminado comprometiendo...

—Oh Dios mío —murmuró recordando la vergonzosa escenas—, sobre lo del...eh...embarazo, también...

—No —cortó Julian—, no pienso aceptar una disculpa al respecto que no venga de aquellos dos demonios que están allá arriba, y puesto que estoy seguro que no lo sienten en lo absoluto, me quedaré esperándola.

Arleth negó con la cabeza.

—Debí haber desmentido todo desde un principio...

—Y así no hubiera tenido ninguna excusa para no llevarte consigo—interrumpió la condesa—. Hay que admitir que no ha sido tan mala idea.

—Si no tomamos en cuenta que le han echado la soga al cuello a Richard...

Lady Granard le dio un codazo a su marido y este calló ofreciendo una sonrisa de disculpa. Arleth miró a Richard, esperando encontrar alguna mueca o expresión que delatara su inconformidad, pero no había nada, absolutamente nada. Quizás ya se había resignado, pero ella no. Se negaba a causar más líos a esa familia que tan amable estaban siendo con ella. Otros en su lugar, mínimo, ya la estuvieran echando sin ninguna palabra amable. Puede que vivieran en líos, cosa que no dudaba, sin embargo, ella no pensaba representar uno más.

—Me iré lo más pronto posible —aseguró—. Esta vez no me encontrará. Le pediré ayuda a Rachel y...

Arleth calló cuando sintió la mano de él apretando la suya a modo de advertencia. Parecía que la noticia no le había agradado. Miró a los condes, y estos la miraron a su vez con expresión neutra.

—Querida —comenzó la condesa con tono conciliador—, temo que no nos perdonaríamos abandonarte a tu suerte. La mejor opción es...

—Yo hablo con ella, Shaphire —interrumpió Richard levantándose—. ¿Nos dejan solos?

Ellos asintieron y se marcharon en silencio.

—No estarás considerando en verdad la posibilidad del matrimonio —dijo Arleth una vez quedaron solos.

—No estarás considerando en verdad la posibilidad de irte y quedar de nuevo a tu suerte —contraatacó él—. Es una locura, Arleth.

—La boda también lo es. No pienso atarte de esa manera.

—¿Parezco alguien que lamenta profundamente su suerte?

No. Y eso era lo que no comprendía. Se suponía que hacía unos días quería cortar todo de raíz, ¿no? O puede que ella hubiera malinterpretado sus palabras...no, claro que no. Hubiese sido ridículo continuar con una relación así.

—Jamás me lo harías saber si fuera el caso —replicó.

Richard comenzó a pasearse de un lado a otro frente a ella mientras preparaba lo que suponía, sería una serie de argumentos que al final la dejarían sin objeciones, como hacían todos los políticos.

—A ver Arleth, la situación está así...

—Conozco la situación —objetó ella cortante, pero él la ignoró y continuó hablando:

—Tu tutor cree que estás embarazada. —Se abstuvo de mencionar la palabra *padre* porque el nombre no era merecedor de ese título—. Toda la casa cree que estás embarazada. Pronto el rumor se extenderá como pólvora y tu reputación quedará hecha pedazos.

—Me iré lejos y cambiaré de nombre.

—Y yo quedaré como un canalla que abandonó a una mujer a su suerte y esta desapareció. ¿Tienes idea de las especulaciones que se formaran al respecto? Mi reputación, ya de por sí mala, desaparecerá por completo y mi carrera se irá por la borda. No quiero parecer como que te estoy manipulando...

—Lo estás haciendo —cortó ella, quién empezaba a ver todo con más claridad.

—Pero —prosiguió—, los dos perdemos. Eso es algo que debes entender. Un matrimonio, en cambio, se presenta como la solución más favorable. Tú no tendrás que huir de un tutor loco,

consiguiendo así la paz mental. Tendrás una situación estable, y podrás llevar una vida tranquila. Yo por mi parte...

—Terminarás atado —culminó consiguiendo una mirada fulminante de él.

—Terminaré casado —corrigió—, que ahora que lo pienso, es lo que se espera de un respetable miembro del parlamento. Creo que he terminado ganando después de todo.

—Es bueno saber que también te seré de utilidad.

Richard detuvo su andar y se giró para mirarla molesto. Era extraño verlo sin la típica sonrisa en la cara.

—¿Por qué estás tan negativa? ¿Te caigo tan mal?

Había algo en su tono de voz que le indicó a Arleth que debía tener cuidado con la respuesta. En otro momento, no hubiera dudado en responder con una frase sarcástica, sin embargo, en ese momento optó por la verdad.

Soltó un largo suspiro antes de hablar.

—No es eso, lo siento. Los acontecimientos de hoy me han dejado un poco pesimista.

Él cambió su semblante y asintió comprensivo.

—Bien, ¿alguna otra objeción?

Ella empezó a negar con la cabeza, pero luego asintió como si recordara algo.

—¿Cuál? —preguntó con paciencia.

—Llevaré tu apellido.

Él soltó una carcajada y se acercó. Se agachó de nuevo frente a ella y tomó su cara entre sus manos para mirarla con ternura.

—Shaphire ha sobrevivido, y todas las mujeres que produjeron nuestra existencia también. Estoy seguro que lo conseguirás.

Ella comenzó a asentir y Richard acarició sus mejillas. Arleth cerró los ojos un momento, disfrutando del contacto que la hacía sentir segura, protegida, hacía que olvidara del lío en el que estaba metida, y los posibles problemas que acarrearía un matrimonio precipitado.

—Si te sirve de algo, te lo iba a pedir de todas formas —confesó con ternura.

Ella abrió los ojos y lo miró desconcertada.

—Matrimonio —aclaró—. Te iba a pedir matrimonio de todas formas.

Sorprendida, quiso responder, pero Richard hizo un gesto para que no lo hiciera, lo que resultó mejor, porque no sabía qué decir.

—Creo que después de todo debo agradecer a los mellizos que me hayan ahorrado recibir una posible respuesta negativa argumentada en tonterías. Intercederé para que Julian los deje vivos.

—¿Cuándo será la boda? —preguntó obviando el último comentario, y levantándose para estirar los huesos.

—Lo más pronto posible. —Sus labios formaron una sonrisa pícar—. Recuerda que estamos esperando un hijo, sería preocupante que naciera con retardo —dicho eso, le dio un corto beso en los labios y desapareció.

La boda fue programada para dentro de dos semanas, a petición de la duquesa de Richmond, antigua tutora de Shaphire, quién argumentó que era imposible hacer algo respetable en menor cantidad de tiempo. Ella se encargaría de organizar todo lo referente a la pequeña celebración, y por lo que vio Arleth cuando la conoció, nada le hacía más feliz.

La duquesa de Richmond era una mujer atractiva, de unos cuarenta años que parecía haber nacido para organizar bodas. Era simpática, amable, y estaba embarazada. A Arleth le sorprendió considerando su edad, pero la mujer parecía encontrarse perfectamente y acariciaba con

frecuencia el vientre de no más de cuatro meses que apenas comenzaba a notarse.

Fueron semanas muy ajetreadas. La condesa y la duquesa la habían llevado de un lado a otro, no solo arreglando los preparativos para la boda, sino introduciéndola poco a poco en la sociedad, para darla a conocer. Al final Clarice sí había podido deshacerse de su institutriz, pues a Arleth apenas le quedaba tiempo de respirar. Ni siquiera había podido ver más de unas pocas veces a su *prometido*, aunque, se dijo, eso no era tan malo, pues todavía estaba desconcertada con lo que le dijo.

Si te sirve de algo, te lo iba a pedir de todas formas

Le iba a pedir matrimonio. ¡Richard le iba a pedir matrimonio antes de que todo eso sucediera! Y ella no entendía por qué. ¿Se habría sentido culpable por su...pequeña interacción en el invernadero? ¿Habría sentido que había comprometido su virtud de alguna forma y por eso lo iba a hacer? Debía de ser eso, de otra manera, Arleth no veía razón para que llevara a cabo una acción tan importante. Sobre todo porque sabía que ella iba a decir que no...!Por supuesto que lo iba a hacer! A quién se le hubiera ocurrido que aceptaría la propuesta de un caballero cuando no solo tenía tantos problemas encima, sino que además, era considerada por todos, incluido por los condes, una institutriz. Decir la verdad hubiera sido bastante vergonzoso, aunque menos que el espectáculo que su *padre* armó, eso estaba claro. De todas formas, ya no importaba. Se iba a casar y cada día sus nuevos familiares se empeñaban en recordarlo. Sin embargo, no podía dejar de sentir cierta ilusión al pensar en que él quiso pedirle matrimonio, y por un momento, solo por un efímero momento, se permitió pensar en que sus motivos eran otros.

Casi no volvió a ver a su padre durante esas dos semanas, a pesar que por callar especulaciones, los condes lo alojaron a mala gana en su casa. La idea fue esparcir el rumor de que el barón era un antiguo amigo del difunto conde, y habían pactado un matrimonio de conveniencia entre su hija y Richard. Como la familia no tenía casa en la ciudad, los condes le ofrecieron su hospitalidad. Por supuesto, esa historia no sería más que una fachada para evitar el desastre absoluto. Debido al escándalo que se armó en la casa, todos estaban conscientes de que los rumores de que Arleth trabajó como institutriz y que estaba *embarazada* saldrían a flote. No obstante, teniendo una versión aceptable de la historia, nadie se atrevería a espetárselos de frente, aunque eso no acallara las especulaciones.

Ya que tenían tanto de que hablar, la gente también aprovechó de comentar lo indecente que era que se casara cuando aún no había pasado el año entero de luto por la muerte de lady Plymouth, lo que no hizo más que avivar las sospechas por los motivos que generaron el matrimonio. Arleth también lamentaba no haber guardado el año entero por respeto a su madre, pero no había mucho que hacer al respecto. Si esperaba los tres meses que le faltaban, su padre notaría que no estaba embarazada y todo se arruinaría.

Así pues, aunque no fue la boda más escandalosa de la temporada, pues al parecer ese año habían habido bastantes bodas imprevistas e inesperadas, como la de Andrew Blane y Adriana Bramson, o la de Emerald Loughy y Anthony Price, y por supuesto, la de Angeline Allen y Elliot Miller; sí captó bastante la atención de las personas, que no dudaron en asistir al acontecimiento solo para ver si podía investigar más, por lo que invitados no faltaron a pesar de la premura con que se enviaron las invitaciones.

Cuando llegó el día, Arleth aún no podía creérselo. Se encontraba en la habitación de invitados que amablemente le habían preparado, y trataba de descifrar quién era la mujer que se encontraba frente al espejo, con un hermoso vestido gris azulado que hacía juego con sus ojos y quedaba de maravilla con su tez.

Su cabello había sido recogido en un elaborado peinado hecho por la doncella de la condesa,

que dejaba mechones negros enmarcándole la cara, mientras una trenza formaba un moño alto sujetado con horquillas adornadas con perlas. Nunca se había visto tan bonita. Jamás tuvo vestidos tan lindos ni alguien que le hiciera peinados.

—Oh, estás hermosa querida —comentó la duquesa dando cortos aplausos de satisfacción—. El novio no te podrá quitar la vista de encima.

—Nunca le quita la vista de encima —dijo Clarice sentada con su vestido rosa pálido en la cama, a pesar de que Shaphire le había mencionado que intentara no arrugarlo, a la joven parecía importarle poco.

Shaphire asintió en conformidad.

—Entonces hoy no se despegará de tu lado —insistió Rowena.

—Sería muy grosero de su parte hacerlo considerando que es el día de su boda —volvió a hablar Clarice y se ganó una mirada fulminante de la duquesa.

—¿Vas a rebatir todo lo que digo? Oh, será muy difícil encontrarte marido.

Clarice abrió la boca estupefacta, pero una mirada de Shaphire bastó para que la joven entendiera que era mejor callar.

—Bien, creo que es hora de irnos —comentó Shaphire sonriéndole a Arleth—. Es bueno hacerlos esperar, pero no tanto.

—Oh, sí —concordó Rowena, vamos.

Salieron de la habitación y se dirigieron a la capilla donde realizarían una ceremonia privada antes del almuerzo. Los duques de Richmond habían ofrecido amablemente su casa para realizarlo, así también harían saber a la sociedad que la duquesa la había tomado bajo su ala, por si aún quedaba duda al respecto.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Shaphire viendo como Arleth arrugaba la tela de la falda con las manos.

—Una no se casa todos los días.

—Yo viví una situación similar —le confesó la condesa—. Me refiero al matrimonio apresurado.

—Muy apresurado —acotó la duquesa con un ligero tono de reproche que Shaphire obvió por su bien mental.

—Al final resultó de maravilla —continuó—. Lo que quiero decir es que no hay que temer por el futuro si no sabes qué va a pasar. Además, Richard es... ¿una buena persona?

Se suponía que debía ser una afirmación, pero a Arleth le pareció una pregunta.

—¿No te agrada, no es así? —preguntó. Desde que se decidió que se volverían familia, habían acordado hablarse de tú.

—No —admitió Shaphire—, pero no porque no sea buena persona —se apresuró a añadir—, sino que... bueno, digamos que se debe a otros factores.

—Secuestro y alcohol —especificó Clarice consiguiendo que Shaphire la mirara con reproche—, aunque no sé si te enteraste, pero la idea de emborracharte fue de Angeline.

Shaphire consideró el asunto unos segundos antes de negar con la cabeza.

—Eso no importa ahora. Lo importante es...

—¿No temer al futuro? —aventuró Arleth.

—Exacto. —Shaphire asintió—. Después te explico lo del secuestro —añadió al ver que Arleth aún fruncía el ceño por las palabras de Clarice.

Ella asintió y no pudieron hablar más porque en ese momento se abrió la puerta.

Soportar el tacto de su padre mientras la llevaba al altar fue una de las peores experiencias de su vida. Arleth sentía asco solo de estar cerca suyo, y agradeció que al menos esa congoja tocara a

su fin. Cuando llegó al lado de Richard, fue distinto. La mano cálida del hombre la reconfortó y consiguió que el resto de la ceremonia pudiera conseguir decir los votos sin tartamudear.

Terminó más rápido de lo esperado, y pronto los recién casados se dirigieron al almuerzo de bodas en la mansión de los Richmond, donde gran parte de la alta sociedad se reunían ansiosos por recibir a los novios y comenzar a indagar sobre la boda.

Fueron tan poco discretos, que Arleth se preguntó si alguna vez esas damas habían recibido educación. Por suerte, y a pesar de no estar familiarizada con los movimientos en sociedad, consiguió sonreír y desviar los temas a unos más seguros, nunca pasando más de un determinado tiempo en un grupo para no dar oportunidad a que volvieran con el tema de la boda.

El primer baile con el novio fue todo un reto para una persona que nunca había destacado en las clases de danza. Recordaba que su madre había contratado en una ocasión a un profesor, pero había sido hacía como tres años y Arleth ya casi no recordaba nada de los pasos; por suerte Richard si era buen bailarín, y consiguió que ambos se movieran al ritmo del vals con una ligereza que casi parecían no tocar el piso.

Durante el almuerzo, Arleth se extrañó de no ver a su padre, pero supuso que debió haberse marchado viendo cumplido su deber de asistir. No le importaba, mejor no volver a verlo.

—La duquesa de Richmond hace maravillas en muy poco tiempo —comentó Arleth dándole un rápido vistazo a todos los detalles del salón de baile. Las flores, los músicos, todo estaba perfectamente organizado para haber tenido solo dos semanas de tiempo. Casi parecía magia.

—Cuando se trata de bodas, esa mujer es un hada madrina. Mueve la varita y aparece todo listo —respondió Richard a su lado, y dio un sorbo a la copa—. Es sobrenatural.

Arleth rió y él se deleitó con su sonrisa. No recordaba la última vez que la había visto sonreír. Normalmente cada vez que salía con uno de sus comentarios ella fruncía el ceño o parecía querer matarlo.

—Tienes una sonrisa hermosa —le confesó—. Qué alegría haber sido el causante de por fin haber conseguido una.

Ella bajó la vista y pareció querer decir algo, solo que un pequeño revuelo de comentarios llamó su atención. Todos los presentes se giraron para ver a una pareja que acaba de entrar. El mayordomo los había anunciado, pero Arleth no escuchó sus nombres, aunque si captaron su interés.

Se trataba de un hombre y una mujer que supuso, eran hermanos, pues la joven aún vestía como debutante. Ambos eran de buen ver, pero sobre todo la dama, que poseía un aspecto casi angelical, siendo la típica flor inglesa de cabellos dorados y ojos azules. Sin embargo, eso no era lo que llamaba la atención, sino su forma de moverse por el lugar y la confianza que destilaba en sí misma. Caminaba como quien se creía...o mejor dicho, como quien se sabía la reina del lugar, y su sonrisa casi la hacía parecer una diosa. Una persona menos perceptiva hubiera tildado su expresión de perfecta, y ella también lo hubiera hecho si no se hubiera percatado del brillo de hastío e indiferencia que tenían sus ojos. Arleth casi podía jurar que sonreía solo porque era el gesto de educación que se esperaba de ella.

—¿Quiénes son? —preguntó con curiosidad a Richard quién observó también con curiosidad a los recién llegados.

—Vaya, me sorprende que hayan venido. Él es lord Camsey, y ella es su hermana, lady...

—Richard —interrumpió una voz a sus espaldas—. Dios mío, no creí que viviría para ver este día. Lástima que no haya podido estar a tiempo, pero me ha llegado la notificación muy tarde.

Arleth se encontró con una joven rubia, de brillantes ojos verdes que le dio un efusivo abrazo al que ahora era su marido. No necesitó mucho más para saber que era la hermana faltante, lady

Angeline, actual condesa de Coventry.

Lady Angeline no era una belleza rubia tan despampanante como la que acababa de entrar, aunque sí poseía cierto encanto y carisma. Saludó a Arleth con efusividad y deseó muchas felicidades. Arleth se dio cuenta de que estaba embarazada, aunque era casi imperceptible aún y no resultaba vulgar. Por curiosidad, echó un vistazo a donde había visto por última vez a la pareja, y se dio cuenta que estos habían detenido su andar hacia ellos cuando se percataron de la presencia de lady Coventry, la mujer le murmuró algo a su hermano, y este, después de echarles un vistazo, asintió y desviaron su camino.

Arleth pensó que era de mala educación no saludar a los anfitriones, pero lo perdonó porque ella también había llegado a comprender lo peligroso que era estar cerca de los Allen; y si había dos, era peor, pues aunque lady Coventry ya no portara el apellido, seguía teniendo la sangre.

Poco después de la aparición de lady Angeline, Lord Coventry, su marido, también se presentó. Era un caballero amable de buenas formas; educado y bastante serio para haberse casado con una mujer que derrochaba tanta vivacidad como lady Coventry. No obstante, ella no era nadie para juzgar como actuaba el amor, y disfrutó de la conversación hasta que los condes se retiraron para saludar a sus otros familiares.

No había pasado ni un minuto desde la partida de los condes cuando otra nueva voz se unió a ellos:

—Sabes querida Arleth, cuando mencioné que esperaba la invitación a la boda con un galante caballero que te librara de las garras de tu padrastro, me refería a uno que te sacara de apuros, no que te metiera en más. —Rachel le dirigió una sonrisa encantadora a Richard como para atenuar lo que podría ser tomado como un insulto—. No me vaya a malinterpretar, señor Allen, si yo estoy muy contenta de que mi amiga se haya casado.

—¿Pero no conmigo? —aventuró Richard con una sonrisa igual de radiante.

—Bien, supongo que pudo haber sido peor.

—Oh, Rachel —reprendió Arleth.

La duquesa rió.

—Oh, solo bromeaba. Tienen mis más sinceros deseos y los de mi esposo también...—Giró la cabeza a ambos lados para encontrarlo—. Oh, ya me lo han acaparado —protestó al ver que un grupo de caballeros retenía al duque—, si por esto es que le gusta más el campo. En Londres no le dan respiro. No vemos querida Arleth. Tengo que intervenir o ya lo conoces, terminará diciendo algo de lo que luego se arrepentirá.

—Que mujer tan encantadora —comentó Richard con un ligero tono de sarcasmo.

—Rachel es algo intensa —concordó Arleth—, pero le debo mucho.

—Entonces yo también. —Él tomó su mano y depositó un cálido beso en ella—. ¿Ya te mencioné que estás hermosa?

Ella se ruborizó y le dedicó una sonrisa.

—Ven —dijo él tomándola de la mano.

—¿A dónde?

—A un lugar donde no haya gente indiscreta.

Arleth quiso preguntar para qué, pero él no le dio tiempo y comenzó a arrastrarla por una serie de pasillos que estaban en completa oscuridad.

—¿Sabes al menos a dónde vamos? —preguntó al ver que él se detenía de tanto en tanto para ver por los pasillos.

—Sí, ven.

Atravesaron lo que pareció media mansión hasta que dieron con una puerta que daba a la parte

trasera de los jardines, pero no salieron, sino que Richard la hizo pegar contra la pared, y aprovechando la poca iluminación de lugar pegó su cuerpo al de ella.

—Llevo todo el día queriendo besarte —confesó muy cerca de sus labios, tan cerca, que Arleth sintió cómo se le aflojaban las piernas solo con sentir su aliento.

—Lo hiciste en la iglesia —le recordó y sintió que él sonreía contra su boca.

—Queriendo besarte de verdad —aclaró y rozó sus labios en una corta caricia que anticipaba lo que deseaba.

Arleth estaba lista para recibir el tan ansiado beso cuando un movimiento a sus espaldas la detuvo. La iluminación era escasa, pero su vista logró captar perfectamente el brillo de un arma, un arma de fuego. Si no se hubiese puesto tan nerviosa, hubiese dicho con ironía que el primer día de casados, y ya estaban metidos en un problema.

Capítulo 19.

Richard notó el momento exacto en el que Arleth dejó de colaborar, y se alejó un poco para preguntarle qué le pasaba. Se asustó al ver que había palidecido, e iba a preguntarle qué sucedía cuando siguió la dirección de su mirada. A la defensiva, se giró y se encontró con un hombre enmascarado que portaba un arma.

Por instinto, se puso delante de ella para protegerla con su cuerpo. El hombre levantó la pistola y dijo con una voz imposible de identificar:

—Vamos a hacer algo, me van a acompañar afuera y van a hacer todo lo que les indique si no quieren que sus familiares en lugar de una boda, celebren un funeral.

Arleth ahogó un jadeo, y se aferró a los hombros de Richard. Sacó la cabeza por encima de su hombro para ver bien al desconocido. Era una persona robusta, de contextura casi amenazante, pero que vestía como un caballero.

—¿Qué quieres? —preguntó Richard haciendo caso omiso a las palabras del hombre—, sea lo que sea, no te saldrás con la tuya. ¿Te atreverías a dispararnos en una casa llena de gente?

—No subestimes mi capacidad para salir indemne —respondió el hombre—, y tampoco creo que quieras averiguarlo. ¡Caminen! —ordenó.

—Yo iré contigo —cedió Richard—, pero a ella déjala tranquila.

—¡No! —protestó Arleth—. No quiero dejarte solo.

—Y yo no tengo tiempo para sentimentalismos. ¡Caminen! —volvió a ordenar, esta vez acercándose con el arma, para recalcar la amenaza.

Richard y Arleth se dirigieron una mirada de preocupación, y él estaba a punto de volver a hablar cuando se escucharon pasos y una voz susurrar:

—Todo va a salir bien, esta vez saldrá bien.

Inevitablemente, todos los pares de ojos se giraron para ver quién estaba a punto de interrumpirlos, y eso fue lo que aprovechó Richard para tomar el brazo del hombre con el arma y torcerlo hasta que la soltó. El hombre se enzarzó en un pelea con Richard que los llevo al suelo.

—Corran —les ordenó, y Arleth dudó un momento antes de obedecer. Tomó la pistola del piso y corrió, arrastrando a la que los había interrumpido consigo.

El hombre logró quitarse a Richard de encima y salir corriendo. Este dudo en si perseguirlo o no, pero al final decidió alcanzar a las mujeres por si había alguien más que pudiera atacarlos.

No tardó en alcanzarlas, pues la que inconscientemente los había salvado, que resultó ser la hermana del vizconde de Camsey, no dejaba de revolverse.

—Suélteme ahora mismo, ¿qué...?

Richard tomó su brazo y comenzó a arrastrarla por los oscuros pasillos. Puesto que había mucho que hacer en el salón y en la cocina, no había criados pululando por esos lados, por lo que no había nadie que hiciera preguntas indiscretas, o que en ese caso, los ayudara.

—Creo que se fueron por acá —escuchó que decía otra voz poniéndolos en alerta.

Su invitada tuvo el buen tino de no abrir la boca y dejar de poner la tarea difícil. Pareció haber comprendido que se encontraba en problemas.

Richard abrió una puerta que resultó ser la biblioteca, e hizo entrar a las mujeres ahí. Entonces, la cerró y pidió a las dos que guardaran silencio. Se escucharon pasos acercándose. Por

interminables minutos, Arleth contuvo la respiración como en aquella ocasión en el parque, expectante ante lo que sucedería. Su corazón latía acelerado y su cuerpo temblaba de miedo.

—Es mejor probar en otra ocasión. Alguien nos puede encontrar. —se escuchó que murmuraban antes de que los mismo pasos se alejaran.

A pesar de saberse *fuera de peligro*, los tres no hicieron ningún sonido por al menos dos minutos más, hasta que la invitada dijo:

—¿Se puede saber qué ha sucedido? Saben que, mejor prefiero ignorarlo —concluyó con una calma que sorprendió a Arleth. Estuvo a punto de morir y excepto por el tip nervioso en su cuello, no había nada en su semblante o en su tono que delataran alteración alguna—. Buenas noches...

—Espere —cortó Richard interponiéndose entre la puerta y ella—, creo que no es conveniente que regrese a la fiesta todavía. Esperemos un poco más.

—No voy a la fiesta, voy a aceptar una propuesta de matrimonio que me será dicha en el jardín trasero. No pienso perder la oportunidad de casarme con un marqués por...por lo que sea que haya sucedido.

—Temo que es del todo inconveniente que vaya para allá, lady Georgiana —advirtió Richard revelando el nombre de la mujer—, pueden seguir por ahí. Es mejor que todos regresemos en un rato a la fiesta.

—Señor Allen —habló lady Georgiana haciendo gala de una paciencia sorprendente—, no se ofenda, pero el único motivo por el que he asistido a esta boda es porque me iban a pedir matrimonio. Si no llegó a la propuesta, el marqués pensará que lo estoy rechazando y yo perderé una oportunidad maravillosa de casarme.

—Si va a ese jardín —insistió Richard—, posiblemente pierda la vida.

—Me arriesgaré considerando que la otra opción es darle el gusto a las malas lenguas de decir mi nombre junto con el adjetivo de *solterona*, y me niego a semejante humillación. Permiso, por favor.

Arleth observaba con sumo interés la disputa y se sorprendía de la tenacidad de la mujer, aunque no sabía si admirar su valentía y autocontrol, o reprenderla por estar dispuesta a correr ese riesgo. ¿A quién se le ocurría?

—No está hablando en serio —dijo Richard.

—Las bromas no forman parte de personalidad, señor. Estoy hablando en serio. Muy en serio. Felicidades por su matrimonio —dijo cordial—, ahora, me encantaría hacer mañana el anuncio sobre el mío.

—Lady Georgiana...

—¿Acaso ustedes no quieren que me case? —espetó la mujer que ahora si se notaba hacía grandes esfuerzos por mantener la compostura—. No pienso tolerar otra propuesta arruinada de su parte. Déjeme salir, por favor.

—¿Otra propuesta arruinada? —repitió él confuso.

—Déjeme salir —insistió obviando su pregunta—. ¿Tiene acaso idea de lo que pasará si se corre el rumor de que he rechaza otra propuesta? Además de que mis padres me mataran, mi reputación penderá de un hilo ¡*La arrogante lady Georgiana, la dama de invierno, no se conforma con nada!* ¿Será que aspirará a un duque? Eso es lo que dirán, y no pienso tolerar el escarnio público por una familia con tendencia a los problemas. Así que, por favor. —Señaló la puerta pero Richard no se movió.

Él y Arleth se dirigieron una mirada que hablaba silenciosamente. Era muy peligroso dejarla ir al jardín. Si bien era cierto que había pocas probabilidades de que los desconocidos siguieran rondando por el lugar, tampoco era seguro que no estuvieran por ahí. La mujer corría peligro y eso

era algo que ella no comprendía del todo, o no quería comprender.

—Lo siento, lady Georgiana —dijo Richard—, nos lo agradecerá, se lo aseguro.

Ella soltó un resoplido que no iba con su personalidad, y al fin entendiendo que no pensaban dejarla salir, se dejó caer en uno de los sillones.

—Su hermana dijo lo mismo, y aún estoy esperando la retribución por mi acto de bondad —espetó con sequedad.

—¿Mi hermana? —repitió cada vez más confundido—. ¿Angeline?

—No he conocido a Clarice Allen, y dadas las circunstancias, creo que no quiero tener el placer.

—No comprendo, ¿puede decirme...?

—No —cortó ella—, pero creo que ahora sí quiero saber los motivos por el que tendré que soportar la retahíla de regaños de mi madre cuando llegue a casa. Y espero que sea una explicación lógica que pueda dar a conocer sin que se ponga en duda mis facultades mentales.

—Pues...creo, lady Georgiana, que mientras menos sepa, mejor. En verdad lamento lo de la propuesta y los posibles inconvenientes. Estoy seguro de que conseguirá arreglarlo de algún modo. Solo diga que no pudo llegar. Seguro el marqués lo entiende.

—No lo hará, usted no comprende. Si no tengo una buena excusa, creerá que quise rechazarlo.

—Si no le cree, no era el hombre ideal para usted.

La mujer contuvo a duras penas la tentación de dar otro resoplido, y como si estuviera en una batalla campal para no perder la calma, le dirigió una mirada a Arleth.

—No creo que haya sido esta su boda, ideal, señora Allen.

El nuevo trato casi hace que Arleth frunciera el ceño. Tardaría un poco en acostumbrarse.

—Admito que de niña tenía otras expectativas —aceptó Arleth regalándole una sonrisa—, es un gusto conocerla, lady Georgiana.

—Igualmente, señora Allen, pero creo que hubiera sido un placer mayor si la presentación se hubiese dado en otras circunstancias.

Arleth no tuvo nada que refutar al respecto y Richard decidió mantenerse al margen.

—Es tarde. Si no regreso, mi madre se preocupará —dijo Lady Georgiana levantándose, después de haber echado una mirada al reloj de la pared. Llevaban ahí como quince minutos—. No me acompañen. Debo llegar sola. Y si ven una nota de condolencia mañana en el periódico, ya saben a qué se debió.

La mujer salió sin dedicarles ninguna mirada.

—Creí que bromear no formaba parte de su personalidad —comentó Arleth viendo el lugar por donde había desaparecido.

—No estaba bromeando, solo fue brutalmente sarcástica.

—¿En verdad la hemos arruinado como dice? —preguntó sintiéndose un tanto culpable.

—Puede que sí, puede que no. Lady Georgiana ha sido declarada el mejor partido de la temporada, no creo que otra propuesta rechazada acabe con su vida.

—¿A qué se referiría con lo de tu hermana?

—Prefiero no saberlo.

Arleth asintió.

—Y... ¿crees que guarde el secreto?

—Al menos que quiera ser tildada de loca, ya lo creo que sí. —Su vista pasó de la puerta, a ella, y en sus ojos brillaba la culpa—. Lo siento Arleth, no imaginé que algo así sucedería, y menos en nuestra boda.

Ella se acercó y colocó una mano en su hombro.

—Supongo que algo debía hacerme saber que el apellido ya entraba en vigencia. Fue como ¿una bienvenida?

Él rió y acarició esa mejilla.

—Hubiese preferido una menos peligrosa.

—Yo también, pero creo que empiezo a acostumbrarme a casi morir por tu culpa. Esta es...¿la tercera vez, no?

Él hizo una mueca.

—Sí.

El semblante de ella se volvió serio.

—¿Quién crees que haya sido?

—Tengo una sospecha, pero necesito confirmarlo viendo la lista de invitados. Sea quién se entró por la puerta grande. No vestía como un delincuente. Por ahora, es mejor contratar agentes que vigilen nuestras espaldas. Lo volverán a intentar, eso es seguro.

Arleth sufrió un escalofrío solo de imaginarlo.

—Ven. —Él la tomó de la mano trasmitiéndole una inmediata tranquilidad—, hay que regresar o pensarán que estamos adelantando la noche de bodas.

Ella se ruborizó y quiso reprenderlo, pero se limitó a seguirlo.

Cuando regresaron a la fiesta, gran parte de los invitados ya se habían marchado, entre ellos, lady Georgiana y su hermano. Arleth sintió de nuevo pena por el lío en que habían metido a la pobre mujer, pero se alegró al comprobar que no había ninguna murmuración al respecto. Richard tenía razón: había guardado el secreto, y aunque fuera para que siguieran considerándola cuerda, a Arleth le parecía un buen gesto. Era una buena persona, a pesar de esa actitud arisca y prepotente que parecía caracterizarla.

Cuados todos los invitados se fueron, la familia decidió quedarse un rato más en casa de los duques. Richard desapareció con su hermano, posiblemente para importunarlo con sus problemas. Arleth, por su lado, se quedó hablando con el resto de la familia. Cenaron en la mansión, y pronto todos se estaban despidiendo.

Rondaban las diez de la noche cuando decidieron marcharse. Después del incidente en Convent Garden, Richard había comprado otro carruaje, pero esta vez era una berlina manejada por un cochero, que los llevaría a la casa que él había alquilado para comenzar una nueva vida. Puesto que antes vivía en una residencia de solteros, ya no era adecuada, por lo que tuvo que alquilar una mientras conseguían su propia casa.

Arleth se acurrucó en una esquina del carruaje apretando su abrigo. Era una noche fría, como los acontecimientos que habían sucedido en el día. Miró por la ventanilla y casi se rió de lo extraño que resultaba toda esa situación. Había ido a Londres buscando estabilidad y había obtenido todo lo contrario, y no solo eso, sino que había terminado casada con un miembro de la familia más problemática de Inglaterra. Interesante. Ah, y mejor no pensar en que era su noche de bodas y no tenía la menor idea de qué iba a suceder.

—¿Estás bien? —preguntó él, observando como el débil reflejo de la luna le concedía al rostro femenino una apariencia casi mística.

Ella asintió y apretó más el abrigo.

—Sí. Solo tengo un poco de frío.

—¿Quieres un abrazo? No hay nada mejor para alejar el frío.

Ella observó su sonrisa y supo que recordaba aquella escena en la glorieta, cuando tuvo la des...eh...la oportunidad de conocerlo.

Sorprendiéndose a ella misma, respondió.

—Creo que probaré la efectividad del método.

Él no se hizo del rogar y se trasladó hasta su lado, pasó un brazo por sus hombros, la atrajo hacia sí y la pegó a su cuerpo todo lo que los gruesos abrigos se lo permitían. Ella sintió la tentación de recostar su cabeza en su hombro, y así lo hizo. Él aprovechó y acarició un punto libre de ropa que encontró en su cuello, haciéndola estremecer. Vaya que era un buen método para entrar en calor, se dijo Arleth, y cerró los ojos disfrutando de la magia que podían obrar unos dedos en el lugar correcto.

Sintió algo cálido en el nacimiento de su cabello y alzó un poco la cabeza para recibir bien el contacto de sus labios. Él inició un recorrido de cortos besos por su sien, hasta que llegó a la comisura de los sus labios, deteniéndose un momento para pasar la lengua por ahí, tentándola, haciendo que deseara apoderarse de su boca. Él la rozó suavemente, pero su objetivo solo parecía aumentar su necesidad. Arleth entreabrió los labios en un petición silenciosa, solo que él no estaba dispuesto a complacerla del todo. Bajó los labios hasta su barbilla provocando un gemido que se dividía entre la protesta y la excitación. La mano que tenía torturando su cuello bajó por su espalda y la otra abrió el abrigo para poder tocar su abdomen.

—¿Está funcionando? —preguntó contra sus labios, y ella asintió, como una muñeca sin voluntad—. Me alegra.

Esta vez si tomó verdadera posesión de su boca y Arleth respondió a las ansias que venían atormentándola desde hacía tiempo. Sentía su cuerpo arder y una tensión se formaba más abajo de donde él tenía su mano colocada. Como si lo supiese, bajó su mano hasta llegar justo a la unión entre sus mulos. Arleth se tensó inevitablemente al sentir esa mano tan cerca de un lugar prohibido, y él, dándose cuenta, se alejó un poco para decir:

—Tranquila, todo saldrá bien —sonrió de forma risueña antes de añadir—: esta vez si puedo asegurarlo.

El carruaje se detuvo en ese momento y él la ayudó a bajar. Arleth sentía que las piernas no le respondían, por lo que agradeció todo el apoyo que él le brindó hasta que llegaron a la casa. No se fijó en lo absoluto en los detalles del lugar, su cuerpo se encontraba demasiado ebrio para procesar más que el camino que tenían en frente.

Cuando llegaron a la habitación, él volvió a besarla, y todo gesto de nerviosismo quedó relegado a un segundo plano, solo existía esa boca cálida y dulce. Esas manos masculinas que le quitaron el abrigo, al pegaron a él, y ahora... ¡Estaban sobre sus pechos! ¿Era eso adecuado? Lo fuera o no, a Arleth no le interesó en ese momento. Se sentía tan bien que no quería detenerlo.

Él movió su boca hasta su cuello y se quedó ahí un rato mientras le desabrochaba el corpiño y posteriormente el corsé. Cuando logró tomar a plenitud sus pechos, ella no pudo evitar jadear. Entre los dedos que jugueteaban con los pezones y los labios en su cuello, Arleth sentía el cuerpo temblar con espasmos de calor. Tuvo que agarrarse para no perder el equilibrio.

—Me encantan —musitó Richard amasando los pechos en sus manos. Se detuvo para verlos y en su mirada se dibujó la fascinación—. Soñé tanto con ellos.

Arleth lo miró desconcertada, no tanto por la declaración, pues sabía que el hombre tenía una mente perversa, sino porque hubiera tenido sueños lujuriosos con ella.

Soltó un gritito cuando él la tomó por las caderas y la levantó. La llevó a la cama y la depositó con suavidad en esta. Ella se incorporó un poco para observarlo, y el vestido empezó a resbalarle. Por instinto, lo sujetó.

—Quítatelo —pidió Richard con ternura.

Arleth echó un vistazo a la habitación. El fuego de la chimenea estaba encendido, y como si eso no aportara suficiente luz, también lo estaban las dos velas colocadas encima de la mesa de noche.

Él podría verla con mucha claridad, y Arleth empezó a sentir cierta vergüenza. Ciertamente que la había visto en camisón, pero de ahí a desnuda había una diferencia. Quizás se pudiera quedar en camisola.

Él notó su renuncia y se agachó frente a la cama. Tomó una de las manos que agarra con firmeza el vestido y la acarició.

—Vamos a hacer una cosa —propuso con voz dulce—. Por cada prenda que te quites, me quitó yo una. Estaremos en igual de condiciones al final.

—Tus tratos nunca me convencen de todo —recriminó Arleth.

—¿No tienes ni un poco de curiosidad? —provocó él utilizando esa sonrisa tan suya.

Ella se ruborizó como toda respuesta. Pues sí tenía cierta curiosidad. Jamás había visto a un hombre completamente desnudo, solo esas esculturas griegas que estaban graficadas en los libros de mitología de su padre. Comprendía que por complejiones, no todos los hombres eran iguales.

Terminó asintiendo para placer de Richard y se deshizo primero del vestido y el corsé, entonces esperó, solo cubierta con el camisón, las enaguas, y las medias, pues las zapatillas se le habían salido junto con el vestido.

Él se alejó de la cama y se deshizo del frac, el chaleco, y los zapatos. Luego la miró expectante.

Ella se inclinó para desatar la liga que sostenía las medias. Sus senos guindaron hacia abajo, la camisola delgada casi no los ocultaba de la mirada hambrienta de Richard.

Él se quitó la camisa y el lazo, y ella tardó un momento en reaccionar, pues observó con curiosidad el torso masculino. Hombros anchos, piel firme, y brazos musculosos. Arleth recordó que Clarice mencionó en una ocasión que le gustaba el boxeo, quizás eso lo explicara.

—¿Y bien?

Arleth se ruborizó por haber sido descubierta mirándolo sin pudor. No supo si la pregunta hacía referencia a qué le parecía, o a si pensaba seguir quitándose su propia ropa. Por la sonrisa socarrona, estaba claro que era lo primero, pero ella lo ignoró y procedió a deshacerse de las enaguas.

Antes de que pudiera levantar la cara para verlo, él ya se había acercado. Se subió a la cama y la besó de nuevo con pasión, a la vez que quitaba una a una las horquillas que sostenían el peinado hasta que consiguió que la melena cayera libre sobre los hombros. Dejó las horquillas en la mesa de noche y la miró.

—¿Lo dejarás siempre así para mí? —preguntó con voz ronca, a la vez que enredaba las manos en el cabello.

—Ni lo sueñes. Se enredará y...—Él la calló con otro beso.

Arleth solo fue consciente de que su camisola había desaparecido cuando el contacto de piel con piel la hizo estremecer. Entonces, él colocó una boca en su pecho y empezó a chupar. No fue consciente de nada más hasta que una mano curiosa bajó por su abdomen y quiso introducirse entre sus piernas. Ella se puso nerviosa.

—Ábrete para mí, ¿sí? —pidió con voz suave.

Ella lo hizo, más porque sentía una necesidad en ese lugar que por la petición.

Él empezó a indagar, jugó con ella evitando con deliberación el punto que más deseaba su contacto.

—Richard —jadeó sintiendo una necesidad que pedía a gritos liberación.

—¿Dónde quieres que te toque? —preguntó él luego de haber torturado a sus dos pezones—. ¿Aquí? —Tocó por fin ese punto necesitado y ella soltó un grito de alivio—. ¿O aquí? —introdujo un dedo en ese orificio jamás tocado y ella volvió a jadear. El dedo empezó a moverse

con facilidad. No se había dado cuenta de que estaba tan húmeda. ¿Era normal? Debía serlo, porque él no había comentado nada al respecto. — Dime Arleth, ¿dónde prefieres que te toque?

Su única respuesta fue un jadeo. No podía emitir otro sonido.

Él volvió a tomar posesión de su boca a medida que aumentaba el ritmo de sus dedos. De pronto, la tensión que recorría todo el cuerpo femenino fue en aumento hasta que explotó. Arleth jadeó ante la liberación. Espasmos recorrieron su cuerpo, y su respiración bien podía dar a entender que llevaba corriendo varios kilómetros, algo que no estaba tan lejos de la verdad, pues ella sentía que de un tirón había llegado al cielo, y ahora estaba bajando.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó cuando pudo recuperar la voz.

—El inicio —respondió él antes de tomar su boca.

Richard se fue deshaciendo del pantalón y ella observó el gran miembro masculino, que nada tenía que ver con el de las esculturas griegas. Este era mucho más grueso y largo. Si se basaba en lo que él acababa de hacer con sus dedos, podía deducir que haría con eso. Sintió miedo.

—Nadie te habló de esto, ¿verdad? —preguntó un susurró mientras se acomodaba entre sus piernas. Sus manos acariciaban su cuerpo con suavidad, intentaban calmarla pues había percibido su nerviosismo.

Arleth negó con la cabeza para responderle.

Él compuso una expresión pensativa, como si evaluara la mejor manera de explicarlo.

—¿Al menos tienes idea de lo que vamos a hacer?

—Tengo una idea.

Él pareció incómodo.

—La primera vez duele. Solo la primera vez —aclaró. Bajó su cabeza y empezó a esparcir besos por su cuello—. Relájate, ¿confías en mí?

Aunque no era lo más sensato confiar en un Allen, ella terminó asintiendo, porque sí, confiaba en él a pesar de lo problemático que era. Confiaba en él porque, por algún motivo desconocido, no podía ser de otra forma. Además, las caricias empezaban a distraerla, y ese fuego que parecía haberse apagado hacía unos minutos regresaba, aunque pareciera imposible.

El dolor agudo que la recorrió la hizo percatarse de que algo más grueso que unos dedos la penetraba. Él empujaba con suavidad, pero Arleth sentía una presión fuerte. En realidad, no veía cómo podía ser de otra forma con ese miembro tan grande.

De pronto, sintió que la atravesaban. Soltó un grito de dolor, y fue consciente de ese miembro masculino dentro de ella. Como un cuerpo luchaba por acogerlo. Él la volvió a besar y acariciar mientras le susurraba palabras dulces. Iba empujando cada vez más, y pronto el dolor se transformó solo en una pequeña molestia. Él estaba quieto, y ella se preguntó si eso sería todo.

—¿Estás bien? —le preguntó—. ¿Te duele mucho?

—Ya no tanto.

—¿Y si hago esto?

Él empezó a moverse, y Arleth solo pudo negar con la cabeza para responderle. Sentía que el calor se empezaba a intensificar, aún más que la vez anterior, hasta alcanzar su punto máximo junto con las embestidas. Al final, solo pudo decir que, al menos, todo había terminado bien.

Capítulo 20.

—Cuando dijiste que me hubieras pedido matrimonio de todas formas, ¿a qué te referías?

Richard detuvo la caricia de su mano en el brazo de la mujer que yacía a su lado para mirarla a los ojos. Ella se encontraba adorablemente sonrojada y se aferraba a la sábana que cubría su cuerpo. Verla de esa forma solo le provocaba deseos de arrancarle la sábana y volver a hacerle el amor, besar cada parte de esa satinada piel y acariciarla con tal veneración como si le estuviera brindando culto a un santo.

—¿A que quería que te casarás conmigo? —aventuró con humor, reiniciando la caricia.

—Sabes a lo que me refiero: ¿Por qué?

Él guardó silencio un momento y la miró distraídamente, pero sin detener el movimiento de su brazo.

—Porque me interesabas —respondió al final.

—¿Por qué?

El tono de incredulidad lo divirtió.

—¿Por qué es tan difícil de creer?

—No lo sé. Es que no comprendo.

Richard tampoco comprendía, pero a esas alturas ya podía jurar que se había enamorado. Presentaba todos los *síntomas*, por decirlo de alguna manera. Sin embargo, eso no se lo pensaba decir, no aún, no al menos hasta que supiera que tantas posibilidades tenía esa relación de funcionar. Esperaba que fueran varias, ya que el matrimonio era irreversible.

—No importa —dijo robándole un beso para hacerla olvidar el tema—, nos casamos de todas formas. Estaba destinado.

Ella hizo una mueca que bien pudo haber demostrado las ganas que tenía de cuestionar esa declaración, aunque se limitó a decir:

—Y fue una boda inolvidable.

Richard resopló y la besó para hacerla olvidarse de los percances.

—Bien, sabes que tu mala suerte raya en lo anormal cuando intentan asesinarte el día de tu boda —comentó el duque de Rutland, haciendo girar la copa entre sus dedos con parsimonia—, yo que tu esposa, hubiera considerado la anulación inmediata. El escarnio público no parece tan mala opción cuando amenazan constantemente tu vida.

Richard compuso un gesto de fastidio y esperó pacientemente a que Adam tomara de su copa para ver qué proponía. Si había alguien que podía ayudarlo no solo a saber quién había sido el atacante (pues eso ya se sospechaba) sino a encontrar una solución, ese era el duque de Rutland. Lamentablemente, el duque tenía tendencia a volver un chiste incluso hasta lo que requería seriedad. Esa era la manera más fácil para vivir feliz, según él.

—Yo que tu esposa —dijo Julian sentado frente a su escritorio—, te hubiera pedido el divorcio, Adam.

El duque soltó una carcajada.

—Si no lo pidió la tuya en el primer año de matrimonio, no lo iba a pedir Topacio que tiende a actual con rapidez. Pero nos desviamos del tema —continuó al ver que Richard empezaba a

impacientarse—. Según los asistentes a la boda, y los testimonios de alguno de ellos, tenemos tres sospechosos que no estuvieron a la vista de todos cuando ustedes desaparecieron: Lord Carrick y Lord Merton, y Lord Plymouth.

—No creo que haya sido Lord Plymouth —dijo Richard—. ¿Por qué habría de hacerlo?

—Admito que la posibilidad de que tu suegro quiera asesinarte no es nada halagadora —concordó Adam sonriendo como solo él sabía hacerlo—, pero nunca se puede descartar a nadie. Tal vez quería vengarse por haberle arruinado los padres que tenía para tu esposa, hacerla quedar como una respetable viuda, y casarla de nuevo. Quién sabe.

—Yo tampoco creo que haya sido Lord Plymouth —intervino Julian obteniendo la atención de todos—, y no porque no sea válida tu teoría, Adam, sino porque...bien, durante la ceremonia escuché a los mellizos decir algo de *venganza, en la fiesta, nadie nos llama críos*.

—Oh...—dijeron los otros dos hombres al unísono, y asintieron como si comprendieran todo.

—Bien, creo que si podemos descartar a tu suegro —estuvo de acuerdo Adam—. Solo nos queda Lord Merton y Lord Carrick, y en teoría, solo sería Lord Carrick. Lord Melton no es más que su títere, todos lo saben, por lo que debemos hacer caer a la mente principal.

—Y ahí radica el problema. ¿Cómo hacemos caer a alguien que tiene el apoyo real? Yo tengo más posibilidades de salir perdiendo, fui el que conspiré contra el rey.

Adam soltó un chasquido.

—Pasar ese tipo de información no justifica que intenten matarte. Entonces los abogados de la reina hubieran sido mandados a la guillotina. Por supuesto no te volverás el favorito de Primmy, pero no piensas diferente a muchos de los del parlamento. Ya está por leerse por segunda vez el proyecto de ley en la cámara de Lores, y el príncipe tiene cada vez menos apoyo, se rumorea incluso que el primer ministro, Lord Liverpool, está dándose por vencido. Además, ambos sabemos que Lord Carrick no te quiere tres metros bajo tierra por eso.

Richard bajó la mirada y soltó un largo suspiro.

—No, no es solo por eso —admitió.

—Te quiere matar porque no soporta que su esposa se haya acostado contigo —aclaró aunque todos los presentes ya lo sabían—. No hay mayor promotor de venganza que un orgullo herido, querido amigo. Además, se rumorea que se volvieron a ver en la plaza, si ha llegado eso a mis oídos, sin duda llegó a los de él.

—La mujer se me acercó —protestó Richard—, aunque me hubiera ido sin cruzar palabra la gente hubiera rumoreado que nos vieron juntos. No es mi culpa.

—Es del apellido —se burló Adam importándole poco la mirada rabiosa que le dirigió Richard—, pero eso no importa ahora. El hecho es que el hombre debe creerse nuevamente timado.

—No creo que matar por eso sea sensato.

—No se trata de sensatez, sino de orgullo —repitió Adam.

—El hombre quiere demostrarse a sí mismo que no es alguien de quién se puedan burla y salir indemne —añadió Julian.

—La mente humana es compleja —opinó Adam.

—Está bien, hay un loco rencoroso de tras de mí. ¿Qué proponen? No puedo acusarlo de intento de secuestro sin más, sin pruebas de nada.

—Hay que encontrar algo —concordó Adam—, algo que, de preferencia, no termine con el hombre en la cárcel.

—¿Sugieres llegar a un acuerdo? —preguntó desconcertado Julian—. No veo eso como una buena opción.

—Un escándalo que involucre a dos miembros del parlamento tampoco es una buena opción —replicó Adam—, antes de llevar el asunto a medidas drásticas hay que buscar otras posibilidades.

—¿Qué propones? —inquirió Richard.

—Por ahora, solo seguirlo e investigar. Ya sabes que el hombre no es tan perfecto como quiere hacer creer, y alguien que tiene un defecto siempre suele tener más. Hay que encontrarlo y buscar cómo usarlo a nuestro favor. —Hizo un movimiento con los brazos y se tronó los dedos simulando un estiramiento—. Será divertido volver a las andadas. Mis huesos claman ejercicio.

—Yo creo que más bien claman peligro —objetó Julian dirigiéndole a su amigo una sonrisa sarcástica.

—También —admitió el duque sonriendo—, y ahora...¿cómo mantengo a Topacio al margen?

Los amigos rieron y solo pudieron desearle suerte.

—Julian ha contratado un tutor —informó Clarice con tanto entusiasmo, que Arleth no pudo hacer más que sonreír.

Esa noche habían ido a cenar a casa de los condes, y los duques de Rutland habían sido invitados. Arleth había disfrutado un rato de la compañía de Shaphire y la duquesa, pero pidió disculpas y decidió hablar un tiempo a solas con Clarice antes de que esta se acostara. A pesar de todo, le había tomado cariño.

—Esa es una buena noticia.

—Sí, lo es...—concordó la joven, pero el tono de su voz fue perdiendo fuerza en cada palabra y la sonrisa que había en su cara se desvaneció poco a poco.

—¿Sucede algo? —preguntó Arleth preocupada.

Clarice no respondió de inmediato. Cambió de posición en la cama para estirarse cuan larga era boca abajo, y usó una de sus manos para sostener su cara, mientras que con la otra, hacía distraídamente dibujos en la sábana.

—Tengo miedo —confesó después de lo que parecieron varios minutos.

Sabiendo que esas eran dos palabras con las que la joven no estaba en lo absoluto familiariza, Arleth se acercó a ella y se sentó en una esquina del colchón. La joven ya vestía el camisón que usaría para dormir, pero no parecía tener sueño.

—¿Por qué? —preguntó con suavidad.

—Él aceptó darle clases a Edwin, pero creo Julian no le mencionó que habría una mujer de espectadora. Temo que al final se arrepienta, que todos los postulantes se nieguen y Edwin se quede si educación por mi culpa. Yo sé que debería comportarme, pero algo dentro de mí se rebela.

Arleth sintió tanta compresión que se vio tentada de acariciarle los cabellos castaños para darle consuelo. Se contuvo solo porque supuso que la joven se lo podía tomar como compasión, y eso era algo que Clarice no aceptaría.

—Yo no siempre fui así —siguió hablando ella.

—¿Así como? —preguntó Arleth sin comprender nada.

—Rara.

—Tú no eres rara —objetó con firmeza.

—Sí, lo soy, todos lo saben. Mis pensamientos no son comunes, pero no me arrepiento de ser así. Cuando comprendí todo, me di cuenta de que el mundo a veces necesita personas raras. Sabe, todo comenzó cuando empezaron a hacer los preparativos para llevar a Edwin a Eton. Yo quiero mucho a mi hermano, supongo que ya se dio cuenta de eso. Es mi otra mitad, al ser de mi misma edad, es alguien que me comprende y me secunda en todo, yo no quería que se fuera.

—Es normal.

—Lo sé, pero como sabía que era inevitable, pedí a mi hermano poder ir con él. Julian fue muy amable al explicarme que ahí no aceptaban mujeres. Entonces, fue cuando comencé a pensar. ¿Por qué no aceptaban mujeres? ¿Por qué no podíamos tener la misma educación? Creo que solo entonces me di cuenta del mundo en el que vivía. Fui consciente de que siempre había habido distinciones, y que nosotras lo aceptábamos sin más porque así nos educaban. Estuve días pensando en el asunto, no hacía otra cosa que pensar acostada en mi cuarto. Julian incluso llamó al doctor del pueblo al ver que mi ánimo había decaído, creyó que estaba enferma —sonrió de forma melancólica—, después de esos días no volví a ver el mundo igual, y no pude dejar de preguntarme. ¿Por qué lo aceptábamos? ¿Por qué el conformismo? Un día descubrí en el periódico una crítica hecha a Mary Wolsftonecraf, y pedí a mi hermano que me consiguiera el libro. Me sorprendí cuando en verdad me lo trajo, y de ahí me volví quién soy ahora. Me gustaría cambiar el mundo, Srta...Cram...Ri...Señora...Arleth —culminó al no decidirse cómo llamarla.

—Clarice...—Esta vez Arleth no resistió acariciar su pequeña cabeza.

—Pero temo perjudicar a mi familia por esa idea y que me odien por eso. No logro ordenar qué es más importante.

—Yo creo que lo más importante es aquello que te hace verdaderamente feliz. Tu familia no te juzgará Clarice, en el fondo lo sabes, los demás sí, pero tu familia jamás. Ellos te quieren, y son buenas personas, no hay que pasar mucho tiempo a su lado para darse cuenta. Temó no poderte dar una solución a tu dilema. Creo que es algo que debes decidir tú, y también creo el tiempo te ayudará a ordenar tus prioridades. Estás muy joven, Clarice, por más madura que seas no lograrás comprender todo lo que quisieras. Es mejor ver primero qué pasa con ese tutor, ¿sí? Quizás te lles una sorpresa.

La joven lo pensó un momento antes de asentir. Se había cansado de hablar del tema, aunque su semblante prometía reconsiderar sus palabras.

—Gracias. No comente nada de esto, ¿está bien?

Arleth pasó un dedo por su boca dándole a entender que guardaría el secreto.

—Bien. —La muchacha sonrió—. ¿Cómo va el matrimonio? ¿Me va a dar las gracias?

Arleth bufó y no supo si reír o reprenderla.

—Estuvo muy mal lo que hicieron —le dijo Arleth quién no había tenido oportunidad de reprochárselo—, comprometieron a su hermano sin saber si quería casarse o no. Me comprometieron a mí sabiendo que no quería casarme. Jugar con la vida de los demás no está bien.

—Pero Richard sí quería casarse —objetó Clarice—, él me había dicho que te iba a pedir matrimonio. Me pidió ayuda para organizar un encuentro porque lo rehuías.

Arleth no supo que responder. Entonces todos lo sabían.

—Sobre ti —continuó la joven—, no tenías más opción. Era eso o regresar con tu padre. No creí que Richard representara tan mala solución. ¿Lo ha sido?

Arleth no se vio capaz de decir que sí, pues a pesar de que pudo haber muerto el día de su boda, no tenía pensamientos pesimistas hacia el futuro, quizás por que habían congeniado en... algunos aspectos, o puede que porque desde hacía tiempo que el hombre le tenía la cabeza hecha un lío y no precisamente por cosas malas. Aunque puede que algunas veces se haya mentido a sí misma para protegerse de alguna situación, en este caso no valía la pena. Richard Allen le atraía, le atraía más de lo deseado y la atrajo desde la primera vez que lo vio. Fue como una conexión invisible que se formó ese momento entre ambos. Como si algo quisiera decirle una cosa con respecto a él. Era extraño, era demasiado extraño. Jamás había sentido algo similar, jamás había

sentido tanta dependencia de alguien, y no solo se refería al aspecto físico, sino a su presencia. Recordó que cuando pasó días sin verlo hasta lo extrañó sin motivo ni razón alguna. Eso no era normal.

—De nada —se vanaglorió Clarice, que debió ver algo en su rostro que delatara sus pensamientos.

Arleth le dirigió una mirada fulminante.

—No siempre tendrás la razón.

—Por eso me vanagloriaré de las veces que la tenga. ¿Te has enamorado de él, no es así?

La pregunta golpeó a Arleth como un balde de agua fría, haciendo que su cerebro empezara a repasar otra posibilidad que no se le había pasado por la mente ¿Sería posible?

Arleth solo había amado a una persona en toda su vida, y esa persona fue su madre. Por supuesto, no se podía comparar el amor hacia una madre, que era casi instintivo, hacia el amor por otra persona. Ella no sabía lo que era amar a alguien más, pero en ese momento comenzaba a pensar que no era necesario saberlo, se sentía y ya. ¿Sería amor tener a esa persona siempre en tus pensamientos? ¿Sería amor extrañarlo cada vez que no se veían? ¿Sería amor sentirse irremediamente atraída, como si no tuvieras otra opción más que estar cerca de esa persona?

Arleth suspiró y se dijo con amargura que estaba metida en otro problema, esta vez uno muy grave.

Capítulo 21.

—¿Estás segura de que te encuentras bien? —preguntó de nuevo Richard mientras iban en el carruaje de regreso a la casa.

Arleth asintió por tercera vez, y se dijo que *bien* podía tener muchas connotaciones; es decir, estaba bien, solo un poco... confundida.

Luego de que Clarice lanzara la pregunta que se había estado negando a hacerse de forma tan directa, Arleth había logrado despistarla usando la excusa de que era muy tarde y se tenía que ir. La joven había sonreído como alguien que sabe que tiene la razón y se habían despedido sin ningún otro comentario, pero a Arleth le quedaron rondando esas palabras después de la visita, y todavía las estaba analizando, aunque, se recordó con ironía, no es que hubiera mucho por analizar. ¿Cómo podía explicar sino todo lo sentido cuando estaba cerca de él? No era solo deseo, no era nada más atracción, era algo más. Algo que se instalaba en su pecho y hacía que su cerebro procesara la imagen de él con infinita ternura. Algo que creaba necesidad de su presencia. Algo... inexplicable. Tal y cómo se definía el amor: inexplicable. No se sabe cuándo llega, ni cómo. Algunos incluso dicen que aparece desde el primer momento; que cuando encuentras a esa persona que te había sido destinada, algo te lo dice, te lo grita, aunque a veces somos demasiado sordos para escucharlo.

Miró a la persona que se encontraba frente a sí y recordó con cierto humor y ternura lo poco y mucho que había vivido a su lado. Debía ser ella una de las únicas personas que se enamoraba de alguien por el que casi mueren en... ¿tres ocasiones? Sí, más o menos, pero se dijo, en esa manía que tenía el corazón de defender a un ser querido, que a pesar de todo no pudo haber escogido mejor; y era que Richard Allen podía ser irritable y exasperante hasta un punto inaguantable, pero la había apoyado desde un principio, no la había juzgado, cada vez que la miraba la hacía sentir especial; ni siquiera se inmutó cuando le confesó que era una bastarda. Eso no era algo que cualquier persona toleraría, menos aún una persona estaría dispuesta a pedirle matrimonio sabiendo todo eso, y él lo iba a hacer, por culpa o honor, eso ya carecía de importancia, solo lo iba a hacer.

—En verdad, Arleth, ¿te encuentras bien?

Arleth volvió a asentir y esta vez le regaló una sonrisa para enfatizar su respuesta.

—Perfectamente. Mejor dime, ¿han logrado hallar una solución al problema?

—Más o menos.

Richard cambió de puesto hasta quedar sentado a su lado y tomó sus manos para luego acariciarla a través de la fina tela de la seda del guante. A Arleth le entraron ganas quitarse el guante y sentir el contacto directo, pero se abstuvo sobre la base de que no debía ser tan obvia. No debía hacer nada que dejara entrever sus sentimientos, no aún.

—Adam sugiere que la mejor solución es buscar algo que nos permita llegar a un acuerdo.

—¿Un acuerdo? Eso parece muy diplomático para alguien que nos quería secuestrar y sabrá Dios que iba a hacer con nosotros. —espetó con sorna.

—Sí, pero no podemos denunciarlo sin pruebas. Cuenta con el favor real, además, puede alegar que estaba traicionando a la corona y el que podría terminal con una soga al cuello sería yo.

—¡Eso es injusto! —protestó Arleth—, pasar ese tipo de información no es traición. Medio

Parlamento está con Caroline. ¿Va a mandar a la horca a más de la mitad de sus pares?

—Con Prinny nunca se sabe. Yo prefiero no arriesgarme a dejarte viuda tan rápido, ¿o acaso quieres eso? —preguntó con tono burlón.

Arleth fingió considerarlo.

—¿Seguiría en vigencia la maldición del apellido?

Él hizo una mueca ofendida.

—Fingiré que no escuché eso. Poco más de un día de casados y ya quieres a tu marido tres metros bajo tierra.

—Tienes razón —dijo Arleth con un tono resignación—, aún es demasiado pronto. Si mueres a tan poco tiempo de nuestra boda la gente va a creer que la que estoy maldita soy yo. Necesito preservar la reputación en la medida de lo posible.

—Bruja —dijo Richard riendo, y dejó de jugar con su mano para acercar sus labios—. Aunque viniendo de ti, no me importaría ser víctima de tu maldición —susurró muy cerca de sus labios, causando un escalofrío de placer en el cuerpo femenino.

—¿Estarías dispuesto a morir solo por pasar tiempo conmigo? —preguntó también en un susurro.

—Habría invertido bien mi tiempo —respondió él, luego rozó suavemente su boca.

Arleth empezó a sentir que una embriaguez se apoderaba de ella. Cerró los ojos disfrutando de los cortos pero deliciosos roces de boca masculina.

—No me gustaría que te pasara nada —le confesó aún con los ojos cerrados.

—¿Te he llegado a importar un poco?

—No me has dejado otra opción.

Esa simple frase pudo haber hecho referencia a que no le quedaba otra opción puesto que estaban casados y era su deber como esposa preocuparse por su bienestar, pero ambos sabían que no había sido eso lo que ella había querido decir, y aquella parte de Richard que deseaba y anhelaba un poco de su cariño, no pudo sentirse más contento.

—Tú tampoco me la has dejado a mí —expuso, pero Arleth tuvo la impresión de que no hablaban del mismo tema.

Como si quisiera evitar que lo considerara demasiado, él la besó, esta vez con verdadera intensidad, provocando en ambos cuerpos un estado de incapacidad mental, donde solo gobernaban los sentimientos y no el sentido común.

El carruaje se detuvo. Se separaron a mala gana.

—Todo saldrá bien —aseguró el y ella asintió, aunque con cierto temor, pues como él mismo le había confesado en una ocasión, esas palabras nunca eran fiables viniendo de un Allen.

Los días pasaron, y cada uno solo conseguía aumentar la tensión en los que eran los objetivos de alguien sin escrúpulos. Richard había contratado a agentes para velar por su seguridad, pero eso no significaba que no hubiera miedo cada vez que salían a la calle, o que se encontraban solos. Arleth temía especialmente los días cuando Richard se iba al parlamento; sentía que la angustia le oprimía el pecho y los pensamientos pesimistas habían decidido asediar su mente.

No obstante, a pesar de todo eso, habían intentado llevar el matrimonio lo mejor que se podía. Arleth se había familiarizado con el hogar y los sirvientes que trabajan ahí. Su madre le había enseñado cómo llevar una casa, y no le costó en lo absoluto adaptarse. Por su parte, Richard estaba diferente. No en el sentido literal de la palabra, pero Arleth lo sentía diferente. Cada vez que la miraba, que hablaba con ella, que la besaba, que la tocaba, ella percibía una intensidad más fuerte que las veces anteriores. Si antes la encantaba con solo una mirada, ahora la fascinaba, era como si pusiera todo su empeño en atraerla de forma inconsciente. En una ocasión incluso le llevó

flores. Se portaba muy bien con ella, Arleth no tenía queja y casi estuvo a punto de ir a agradecerle a los mellizos su imprudente intervención. Casi. Pues era consciente de que era mejor no aumentar el ego de ese par de demonios.

Había pasado una semana desde la boda. Su padre había regresado al campo según los prudentes informes que seguía recibiendo de Rachel, y todavía no se tenía noticias en concreto de lord Carrick y lord Merton.

—Adam me dijo que mañana me tendría información —le comentó Richard mientras cenaban esa noche. Ya no iba con tanta frecuencia a cenar a la casa de sus cuñados, preferían la intimidad que proporcionaba una cena entre ellos dos, era más...romántico.

Durante esos días, Arleth estuvo tentada a decirle que lo amaba, pero cada vez que lo iba a hacer, las palabras se atascaban en su boca y se lo impedían. Supuso que se debía a ese temor recurrente del ser humano al rechazo, o a arruinar lo que venía siendo uno de los mejores días de su vida. Arleth no recordaba haberse sentido tan feliz en mucho tiempo, tan a gusto. Temía arruinarlo todo por sentimientos inoportunos; no obstante, tampoco era de aquellas personas dadas a quedarse con la duda sobre algo. Si no lo decía, viviría eternamente pensando en qué pasaría si lo llegaba a hacer. Sin embargo, decidió esperar a que todo ese asunto se resolviera, cuando no hubiera tanta tensión presente.

—¿Vendrá para acá? Me gustaría estar presente.

—Si lo deseas —accedió él, y tomó un sorbo de su copa, después le regaló una sonrisa y tomó su mano—. Ya todo está por acabar.

—Lo que me preocupa es lo que pueda suceder después, cortesía del apellido, por supuesto.

Richard rió.

—Búrlate si quieres. Pero lo del apellido es verdad. Tiene una maldición, aunque desconozco su historia.

Arleth le quitó importancia con un gesto de manos.

—No importa. Creo que lograré preservar mi cordura. No pierdo los nervios con facilidad.

—Eso es un alivio. Así es más fácil sobrevivir. Aunque Shaphire siempre los pierde y lo ha logrado, por lo que no debe ser tan difícil entonces. Creo que al final te terminas acostumbrando.

—Que alivio —dijo ella con un tono que contradecía la frase.

—¿Te arrepientes de la boda?

El tono serio con que formuló la pregunta captó toda la atención de Arleth, quién sin ninguna señal, comprendió lo importante que era la respuesta para él. Se sintió feliz de que le preocupara su bienestar, eso significaba que le importaba al menos la mitad de lo que a ella le importaba él.

—No. Estoy feliz —respondió diciéndose que no había palabras más exactas para describirlo.

La respuesta provocó que un brillo extraño apareciera en los ojos de él. Un brillo intenso, que decía mucho y poco a la vez, que gritaba miles de cosas, tantas, que se volvía imposible entenderlas. Arleth quiso descifrarlo, sentía que debía hacerlo, pero solo pudo quedarse observándolo mientras sus propios ojos grises intentaban comunicarse.

Así se quedaron un rato, hasta que fue menester separarse, y aunque intentaron fingir que todo continuaba con normalidad, sabían que no era así.

—¡Todavía está aquí! —exclamó Adam entrando en la biblioteca de la casa. Se sentó con descuido en uno de los sillones—. Felicidades, Richard, si sobrevivió a la primera semana, significa que será una buena Allen.

La mirada de advertencia de Richard, y la de desconcierto de Arleth, no hicieron más que ampliar la sonrisa del duque. Arleth ya se había dado cuenta que el hombre era de ese tipo de personas que nunca fruncía el ceño o se amargaba por algo. Tal parecía que cuando lo crearon, a

los dioses se les había ido la mano con las virtudes. No solo su aspecto físico era suficiente para poner de rodillas a cualquier mujer, sino que su humor era inigualable.

—Habla, Adam —instó Richard provocando que la sonrisa del duque se ampliara más de ser posible—. Bien. He estado siguiéndolo por un rato, y he descubierto algo bastante interesante. Nuestro perfecto lord Carrick visita clubs y prostíbulos de mala muerte —informó con regocijo—, por supuesto, esa información por sí sola no nos sirve de nada. Así que me he tomado la molestia de indagar más. Uno de los clubs que visita es el del amigo del Clifton, los *Ángeles del placer*. ¿Sabes cuál es?

Richard asintió, y le dirigió una mirada corta a Arleth, solo para confirmar que hacía una mueca de disgusto al reconocer el nombre.

—Bien. No te imaginarás lo que Blake me comentó. Vamos desde el principio: Cuando andaba tras la pista de espías franceses, era muy común mi visita a ese tipo de lugares. Normalmente era el sitio de reunión para los conspiradores. Varias veces visité el local y hablé con Blake. Por cierta cantidad de dinero el hombre me proporcionaba información, y en una ocasión me dijo que un inglés se citó una vez con un francés ahí; pero nunca me pudo decir el nombre ya que la pareja no se volvió a ver en ese lugar. Hoy volví a hablar con Blake para que me dijera con qué frecuencia lord Carrick iba ahí, y adivinen que me comentó.

Los ojos de Richard y Arleth se iluminaron.

—No puede ser —dijo Richard sonriendo—. ¡Esta es nuestra solución!

—Podría serlo —corrigió Adam—, primero hay que probarlo. No podemos acusarlo de traición a la corona sin tener pruebas válidas. El testimonio del dueño de un bar de mala fama no nos sirve. Necesitamos algo más, una carta, algo.

—No creo que consigamos eso —opinó Richard con un poco menos de entusiasmo—. El hombre no sería tan tonto para guardar pruebas de su traición cuatro años después. Debe haberlas quemado todas.

—De igual forma, no perdemos nada con buscar —insistió Adam—. Si quieren, puedo colarme a su casa. Hace tiempo que no entro por una ventana y creo que lo extraño.

Arleth frunció el ceño pero Richard sonrió.

—¿Cuál es el plan?

Capítulo 22.

El sonido de su propia bota chocando contra el piso del carruaje causaba efectos contradictorios en Arleth. Por un lado, la relajaba y mantenía su mente distraída, por lo que no podía dejar de hacerlo; por el otro, le ponía los nervios de punta pues la hacía consciente del silencio sepulcral al que estaba siendo sometida mientras esperaba que los hombres regresaran de su incursión. A ella le hubiera gustado ayudar, pero consciente de que su nerviosismo solo podía haber empeorado las cosas, decidió quedarse en el carruaje ya que en casa habría perdido los estribos desde hacía rato.

Lo peor era que apenas habían pasado unos diez minutos desde que se habían detenido a unas cuabras de la casa del conde, por lo que a Arleth se le venía una larga espera por delante. Saberlo solo consiguió ponerla peor. ¿Y si le pasaba algo?, ¿y si moría? Ni siquiera pudo decirle que lo amaba a pesar de todos los momentos desagradables que le causó.

Tranquila Arleth, estás divagando, se dijo. Todo saldría bien, todo tenía que salir bien.

La puerta del carruaje se abrió de golpe y ella ahogó un jadeo. Por fortuna, el susto no duró mucho después de comprobar que era el duque el que, con dificultad, se subía al coche. El hombre emitió un sonido de dolor cuando se sentó, y Arleth lo observó preocupada.

—¿Qué sucede? —le preguntó observado como el hombre ponía su pierna en el asiento del frente.

—Creo que me he torcido el tobillo —explicó con un tono que no había escuchado antes, uno de verdadera molestia—. Maldita, sea. Mis huesos decidieron volverse débiles en el momento menos oportuno. Me he regresado porque así solo estorbaría.

Ella se dio cuenta que el duque era de ese tipo de persona que no aceptaba que las cosas no le salieran como le hubiera gustado. Por otro lado, sintió preocupación al saber que Richard ahora andaba solo.

—Estará bien —le aseguró el hombre como si le leyera el pensamiento.

Arleth asintió solo para convencerse a sí misma. Eso esperaba.

—¡Maldita sea! —siseó Richard dándose un golpe con lo que parecía una masetta—. Desearía la vista nocturna de Adam.

Richard pensó con ironía que había sido un momento estupendo para que el invencible duque de Rutland sufriera un accidente. Adam se había montado en un árbol para verificar si la puerta del balcón estaba abierta, pero había perdido el equilibrio y cayó. A pesar de haber conseguido saltar del árbol y caer literalmente de pie, la fuerza de la caída había bastado para lesionarle uno de los tobillos. Adam había maldecido y dijo que así no serviría de nada, por lo que después de dar unas cuantas explicaciones sobre como se forzaba una cerradura dependiendo del tipo —que Richard esperaba recordar—, se fue al carruaje donde esperaba a Arleth. En cierta forma le alegraba, porque así sabía que ella estaría protegida, pero en momentos como eso lo lamentaba.

Había tenido suerte de que la puerta del balcón estuviera abierta, pero la completa oscuridad del salón de baile le dificultaba en demasía la tarea. Lo peor es que ni siquiera sabía por donde comenzar, y no conocía con exactitud la cantidad de tiempo del que disponía. Sabía que el conde de Carrick se encontraba, junto con su esposa, esa noche en una velada; sin embargo, desconocía

cuánto permanecerían ahí, por lo que debía darse prisa.

Pensó en dónde podría guardar el hombre documentos de suma importa, y la respuesta fue casi obvia: un cajón con llave, una caja fuerte, o un compartimiento secreto, que con mucha probabilidad, se encontraría en su habitación o en su despacho. Decidió iniciar por la primera, ya que tenía bastante claro donde se encontraba. Al menos su relación con lady Carrick había servido para conocerse la casa.

Casi a tientas, atravesó el salón y salió directo a los pasillos. Aunque no era prudente, tomó una de las velas de las paredes, y con los cerillos que tenía guardados en su chaleco, la prendió. El lugar se iluminó de inmediato, y Richard puso a prueba su sentido de la orientación.

Llegó rápido a la habitación de lord Carrik, y como si la suerte hubiera decidido acompañarlo ese día para compensar años y años de abandono, esta tampoco tenía llave.

Richard entró y pasó un minuto entero examinado todo el lugar. Decidió comenzar a indagar por los cajones. El hombre, precavido, tenía echada llave a casi todos, por lo que tardó un buen rato abriéndolos. Adam hubiera abierto una de esas cerraduras en menos de quince segundos, pero a Richard le tardó a menos minuto y medio cada una. Cuando revisó lo que se encontraba dentro, solo pudo blanquear los ojos al ver que eran cartas obscenas de sus amantes.

Guiándose por la otra opción, decidió buscar algún compartimiento secreto. Tanteó bajo el escritorio, y no encontró nada. Se iba a dirigir al armario cuando una voz conocida consiguió congelarle la sangre:

—No sé que buscas, querido, pero sea lo que sea, no lo vas a encontrar aquí. Roger es muy precavido, y no se arriesgaría a que una de sus amantes hallara algo de interés. Si quieres encontrar algo importante, te recomiendo el despacho.

Richard se levantó lentamente y se giró con cautela para iluminar la silueta de lady Carrick, quién arqueó una ceja esperando una explicación que tardaría en llegar, porque no había manera rápida de pensar en una justificación para estar en su casa a medianoche, registrando las cosas de su marido.

—Bueno, Rich, ¿te has quedado sin lengua? A ver, dime que buscas y quizás te pueda ayudar. No, no me mires con esa cara —dijo al ver que Richard componía un semblante desconfiado—, si lo que buscas puede conseguir hundir a mi marido, estaré encantada de ayudarte.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó atónito.

—Si no estuviera haciéndolo, ya hubiera pegado un grito de cantante de ópera para alertar al personal de tu presencia.

—¿Por qué? —inquirió desconcertado—. ¿Eres consciente de que si su nombre se hunde, también el tuyo lo hará?

Ella embozó una sonrisa, una irónica y melancólica a la vez.

—Lo sé, y no me importa —aseguró—. Estoy cansada, Rich. Cansada —declaró, y bajó una manga de su vestido de satén azul. Richard acercó la vela y descubrió una fea hematoma que empezaba a volverse morada.

—Charlotte...

—No quiero tu pena. Y decide rápido, ¿quieres mi ayuda o no?

Richard asintió procurando no mostrar la compasión que sentía.

—¿Dónde guardaría tu marido un documento de suma importancia?

—En la caja fuerte, por supuesto. Está en el despacho. Detrás de ese horrible cuadro con el retrato de su padre. —Charlotte sonrió—. Sé donde está la llave.

Richard dio gracias al cielo.

—Es mejor que nos apuremos —dijo la mujer una vez estuvieron en el despacho—. Yo he

regresado porque me inventé un dolor de cabeza, y Roger se ha quedado jugando con sus amigos, pero mañana es la segunda lectura del proyecto de ley, y posiblemente quiera levantarse temprano para practicar sus acusaciones.

Richard asintió y agradeció con un asentimiento la llave que la mujer le entregaba. Esta se dirigió al cuadro del viejo conde de Carrick y lo descolgó, mostrando una caja de madera incrustada en la pared, de la cual sobresalía un gran candado. Ella colocó el cuadro en el piso y él se apresuró a abrir la caja. Dentro, había varios papeles, y por supuesto, joyas. Richard sacó los papeles y los empezó a revisar uno por uno. Descartando lo que eran futuros proyectos a proponer y facturas de sus propiedades.

—¿Sabes si tu esposo ha quemado en alguna ocasión, hace cinco años específicamente, algún documento?

Lady Carrick frunció el ceño y compuso una expresión pensativa. Richard siguió revisando papel por papel atento ante el mínimo detalle.

—¡Sí! —exclamó lady Carrick de pronto, llamando su atención—. En una ocasión lo vi lanzando una misiva al fuego. Y creo que no era la primera vez que lo hacía. Siempre recibía misivas anónimas de las que nunca comentaba nada.

Richard se lamentó viendo sus sospechas confirmadas. El hombre no era tonto, por supuesto que debía de haberse deshecho de cualquier evidencia en su contra. Si quería quitárselo de encima, debía de pensar en algo más. Estaba a punto de devolver todos los documentos a su lugar, cuando una pequeña hoja resbaló hasta el piso. Estaba arrugada, pero la fecha de la carta era perfectamente legible y casi relucía como si deseara ser vista.

Febrero, 1815

Desdobló el papel y descubrió que en realidad eran dos hojas juntas. Una con una caligrafía extraña, y otra con lo que parecía ser la caligrafía de lord Carrick. La de la caligrafía extraña decía:

Va a huir de Elba. Tiene un plan. Nos vemos en el puerto a la misma hora

En la otra se leía.

Está todo listo

Y firmaba

L.C

—Esto es perfecto —musitó Richard con una sonrisa de incredulidad en el rostro.

No lo podía creer. De seguro Lord Carrick no había podido enviar la misiva en ese preciso instante, y la había escondido mientras se ocupaba de que lo que fuese que lo distrajo. Ahora tenía una prueba en sus manos que ya discutiría con Adam la mejor forma de usarla.

—Muchísimas gracias, Charlotte. No tienes idea de lo que has hecho.

—No, no la tiene —tronó una voz desde algún punto de la estancia, consiguiendo que los presentes tensaran sus cuerpos cual vara—, ninguno de los dos tiene idea de lo que ha hecho. Ya me cansaste, Richard Allen, pero que bueno que estás aquí. Creo que solo has adelantado tu final.

Recién dichas esas palabras, un disparo hizo eco en el lugar.

Capítulo 23.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Arleth cuando escuchó lo que pareció ser un disparo a lo lejos. El sonido se oyó amortiguado debido a lo distante que el carruaje se encontraba de la casa que estaba siendo citada, pero a ella no le quedó ninguna duda de dónde provenía el ruido—. Oh, Dios, Richard.

Sin pensarlo dos veces, y con una opresión en el pecho, abrió la puerta del carruaje y saltó de él.

—¡Espera! —escuchó que decía el duque, pero ella ya empezaba a caminar—. Espera muchacha, no puedes acercarte. ¡Maldita sea! ¡Espera!

Ella no se giró para comprobar si el hombre había logrado bajarse del carruaje o si había desistido de seguirla, ella echó a correr decidida a llegar al lugar antes de que los vecinos chismosos se pusieran indagar. Su corazón golpeaba con fuerza lleno de preocupación, y pensamientos negativos empezaron a revolotear su mente, atormentándola cada segundo. No podía ser.

Llegó a la casa y lo primero que divisó fue la puerta del balcón que estaba abierta. Suponiendo que por ahí había entrado, respiró hondo y se estiró toda su altura para llegar a la rama más cercana del árbol; luego se impulsó y empezó a escalar.

El sonido del disparo y la bala que pasó justo a su lado pusieron a todos los presentes en tensión, incluido el mismo lord Carrick, cuya mano temblaba con el nerviosismo de alguien que se sabe en problemas.

—No te muevas —espetó el hombre apuntando a Richard—, y tú tampoco, zorra, o le disparo —le dijo a su mujer.

Lady Carrick dio un paso hacia atrás con cautela. Su rostro había palidecido considerablemente y su cuerpo temblaba de miedo.

—¿Qué pensaban hacer?, ¿eh? —preguntó el hombre—. ¿Querían arruinarme?

—Baja el arma, Carrick. Si me matas, te meterás en problemas —le dijo Richard con tono conciliador—. ¿Cómo planeas justificarlo?

El hombre soltó una amarga carcajada.

—Eso será los más fácil, Allen. ¿Qué tal suena esto?: un miembro de la Cámara de Comunes entró a mi casa con el fin de destruir todas las pruebas de infidelidad en contra de Caroline: las cartas que le dirigió a su amante. En la pelea, salió herido de un disparo, pero no pude evitar que lanzara las cartas al fuego. —Negó con la cabeza como si lamentara algo—. Será muy triste.

—Roger... —comenzó lady Carrick—, esto es una locura.

—Locura es lo que tú ibas a hacer —espetó el hombre mirándola con rabia, pero sin dejar de amenazar a Richard con el arma—. Ya después me las arreglo contigo.

—Milord, ¿qué...? —El mayordomo y unos cuantos más del servicio se había asomado alertados por el disparo. Cuando vieron a su señor con la pistola, palidieron.

—Vayan a buscar a los agentes de Bow —dijo lord Carrick con aparente calma—, una sabandija se ha colado en mi casa.

—Llámalos, quiero ver quién sale perdiendo si logro entregarles estas cartas primero.

El conde pareció recordar entonces las cartas.

—Suéltalas —ordenó, pero Richard no hizo caso—. ¡Suéltalas o disparo!

Richard siguió sin hacerle caso, y la mano del hombre empezó a temblar. La servidumbre tampoco se había movido del lugar. No sabían qué hacer.

—No te muevas —gritó al percibir por el rabillo del ojo un movimiento por parte de lady Carrick. Empezó a mover el arma apuntándolos a los dos simultáneamente.

—Roger, querido, estás muy alterado —dijo lady Carrick con demasiada calma para la situación—, no cometas una tontería.

—¡Cállate! —espetó el hombre—, a ti menos que nadie te haría caso, perra.

El conde posó el arma de nuevo en Richard.

—¡Suelta las cartas! —volvió a ordenar, esta vez haciendo un poco más de presión en el gatillo para amenazar.

El puso de Richard se aceleró provocando que su cerebro tuviera dificultades para pensar en cómo salir de esa. Ese tipo de situaciones nada más podía ocurrirle a él. Maldito apellido.

Un quejido de dolor atrajo su atención, y se dio cuenta de que algo se había estrellado contra el brazo de lord Carrick, algo que había causado el dolor suficiente para conseguir que este soltara el arma. Sin ponerse a pensar de donde había llegado el objeto volador, Richard aprovechó la distracción para lanzarse sobre el hombre y empezar una pelea por el piso.

Lady Carrick, eficiente, recogió el arma y las cartas, manteniéndolas fuera del alcance de los hombres que empezaban a destrozar todo lo que se les atravesaba. Miró hacia la puerta buscando al causante de su salvación, y sonrió cuando reconoció la figura de Arleth.

Arleth respiraba con dificultad, tanta, que temía desmayarse en cualquier momento. Sus músculos se sentían pesados y su visión estaba un poco borrosa. Cuando vio a Richard, no pudo describir el alivio que sintió al verlo vivo; pero cuando observó a ese hombre apuntándolo y a nada de apretar el gatillo, la desesperación la envolvió. Aprovechando que todos estaban demasiado ocupado en lo suyo para percatarse de su presencia, y tomando lo primero que encontró: un jarrón de sabrá Dios que material, se lo lanzó a lord Carrick tomándolo desprevenido. Este había tirado el arma Y Richard había aprovechado la oportunidad.

Los hombres rodaban por el piso intentado tener el control sobre el otro. Lord Carrick era un hombre robusto, pero Richard tenía más fuerza y consiguió al final inmovilizarlo boca abajo contra el piso, poniéndole las manos en la espalda, y pidiéndole con la mirada a lady Carrick que buscara algo con que atarlo.

La mujer, que por algún motivo desconocido para Arleth, los estaba ayudando, se apresuró a rasgar tela de su vestido y entregársela como cuerda provisional. Richard se encargó de atarle lo mejor posible las manos y los pies, mientras la mujer se dirigió a sus sirvientes y dijo:

—Este hombre es un traidor —informó—, ahora sí pueden mandar a buscar a alguien de Bow Street. Debe ser juzgado.

El mayordomo, que fue el primero en reaccionar, asintió y desapareció de escena. Richard terminó de atar al hombre que maldecía a todo pulmón y se levantó. Entonces, como si su mirada lo llamara, posó su vista en Arleth.

No tardó mucho en comprender quién había lanzado el jarrón contra lord Carrick, y el agradecimiento inició una batalla campal contra la rabia. ¿Cómo se le había ocurrido ir hasta ahí? ¿Tenía acaso idea de lo que le pudo haber pasado? Quiso reprochárselo, pero aquella dulce mirada llena de preocupación por su persona lo conmovió tanto que no pudo hacer más que acercarse a ella.

A Arleth se le llenaron los ojos de lágrimas sin motivo, y se le lazó encima para abrazarlo. Quería sentir su calor, comprobar que se encontraba bien. El correspondió el abrazo con fuerza e

inspiró su aroma.

—Sabes, ¿qué tal proponer una ley que permita el cambio de apellido? —sugirió contra su pecho.

Él soltó una pequeña risa y ella lo abrazó con más fuerza, diciéndose que no había otro lugar en el mundo donde le gustaría estar que no fuera en esos brazos, así fueran mil maldiciones el precio a pagar.

—Al menos ya terminó todo —dijo Arleth mientras, con mucho cuidado, limpiaba con un pañuelo que sacó del corpiño la herida que lord Carrick había conseguido propinar en el pómulo de Richard.

Lord Rutland había llegado poco después de que sucediera todo y se había llevado a Arleth consigo al carruaje otra vez, para evitar que se viera involucrada en la detención del hombre. Una hora después de eso, había aparecido Richard quién les informó que todo estaba resuelto. El hombre sería llevado Newgate donde posiblemente lo condenarían a la muerte por traición. Puesto que la palabra de un traidor no valía nada, Richard no temía por posibles difamaciones hacia su persona.

En cuánto a lady Carrick, a la mujer no pareció impórtale en lo absoluto que su nombre se haya visto manchado por el escándalo, y que con toda probabilidad, fuera repudiada por la sociedad, al contrario, le comentó a Richard que se encontraba feliz. No sabía cuáles eran sus planes, pero se le deseaba suerte.

Sobre el duque de Rutland...lo habían dejado en su casa, y por primera vez desde que la conocía, Arleth pudo visualizar un semblante en la duquesa que no fuera indiferencia, ironía, o desconfianza. La mujer se había mostrado preocupada, aunque se cuidó de no perder los nervios frente a los otros, y con un tono que no podía venir de alguien que no estuviera acostumbrado a ser obedecido, mandó a llamar al doctor a pesar de las protestas de su marido de que se encontraba bien. Arleth solo esperaba que no fuera nada grave.

—No debiste haber entrado en la casa —reprochó Richard haciendo una mueca de dolor cuando ella colocó un paño húmedo en su herida—. Te permití que me acompañaras con la única condición de que te quedarás en el carruaje.

Arleth resopló.

—¿Cómo podías planear que me quedara tranquila cuando escuché ese disparo? Pensé que te había pasado algo.

—Ese no era motivo suficiente para exponer tu propia vida.

—Para mí lo era —insistió terca—, si te hubiese pasado algo...—Fue incapaz de continuar la frase, no quería ni imaginarlo.

—Si a ti te hubiese pasado algo —dijo él con intensidad—, yo no me lo hubiera perdonado jamás. Y no solo eso, sino que la depresión que me hubiese invadido iba a ser tal, que no me vería capaz de sobreponerme. ¿Tienes idea Arleth, de lo que hubiese sentido? Mi corazón hubiera llorado cada día tu pérdida hasta el punto de acabarme. Hubiera maldecido cada día de mi existencia a mí, a Dios, y a todo el que pudiera haber sido el causante de tu muerte, me hubiera carcomido la amargura. Te amo, Arleth —le confesó—. Te amo desde que te conocí; te volviste una obsesión, te adueñaste de mis pensamientos. Casi me vuelves loco. Te amo tanto que una vida sin ti se me hace inimaginable. Si te hubiera pasado algo, no sé que hubiera sido de mí.

A Arleth se le encogió el corazón, y la mano con la que sostenía el paño se quedó paralizada, su cerebro tratando de asimilar lo que tenía todas las características de ser un sueño.

—Oh Richard —musitó—, yo también te amo. No estoy muy segura de porqué —admitió haciendo que él sonriera— Eres irritante, problemático. Casi muero por tu culpa dos...

—Tres —corrigió él.

—Tres veces. Pero eres especial —dijo con ternura—, y te colaste en mi corazón de una forma que no puedo explicar. Cada palabra, cada mirada que me diriges provoca que algo dentro de mí grite de alegría. Me haces feliz, Richard. Y por mantener esa felicidad, estoy dispuesta a todo. No me importa nada; nada más que no sea estar contigo; y bendito sea el destino que nos juntó. Benditos sean los mellizos también, por aquella improvisada idea que nos trajo hoy aquí.

—Pero no se los vayas a decir. No queremos subirles el ego.

Arleth rió.

—Creo que ya lo tienen demasiado alto. No lo necesitan.

—Tienes razón —acercó sus labios a los de ella y los rozó con suavidad—. Entonces, ¿me puedo considerar perdonado por cada vez que casi provocó tu muerte, por haber sido el causante de que soportaras las travesuras de Clarice, y por haberme comportado la mayoría de las veces de manera...irritable?

Arleth sonrió y acarició con su dedo la mejilla sana.

—Como dijiste en una ocasión, en el fondo te consideraba encantador.

—Pero soy problemático —recordó—, y temo que es algo que tendrás que soportar toda la vida. ¿No te cansarás en algún momento?

—No. Eres un problema, sí, pero un problema encantador. —Y como si quisiera recalcar que no le importaba en lo absoluto ese detalle, lo besó.

Ambos se besaron sellando una promesa donde juraban que no importaba cuántos problemas se le vinieran encima, los superarían porque así es el amor; una fuerza grande y capaz de vencer cualquier obstáculo. Un sentimiento especial y único que derribaba cualquier inconveniente, pero a veces el mayor, pero mejor, problema de todos.

Epílogo

Inglaterra, 1822.

—Le voy a pedir matrimonio —notificó Alexander Allen a todos los presentes cuando decidieron reunirse en el salón después de la cena—. Cuando comience la temporada, lo haré.

Un tanto sorprendidos, los integrantes de la familia Allen sonriendo y felicitaron al joven por su decisión.

—Eso es maravilloso —declaró Shaphire deteniendo el bordado que estaba intentando hacer.

—Nunca creí que esas palabras salieran de un hombre por voluntad propia —dijo Angeline acomodando mejor en su regazo al niño de un año y medio que se revolvía inquieto.

—Enhorabuena, hermano —lo felicitó Richard, a la vez que pasaba un brazo por los hombros de su mujer—. La familia pronto crecerá más.

—Hablando de eso —comentó Julian—. ¿Alguien le ha comentado al barón de Plymouth que por fin el primogénito nacerá? Estoy seguro que le alegrará, después de todo, lleva dos años esperándolo.

Arleth rio y posó con ternura las manos sobre el abultado vientre de cinco meses. Le había costado bastante concebir, y estaba muy alegre de por fin haberlo hecho. Esperaba con muchas ansias tener a la criatura en sus brazos. Richard se había mostrado también muy alegre con la noticia.

—No creo que le importe tanto.

En realidad, no había visto más a su padre desde la boda. Rachel había comentado que se había encerrado en su propiedad, y que solo salía a las tabernas y regresaba muy borracho. La gente empezaba a tildarlo de loco. Rachel suponía que la soledad y la amargura por fin lo estaban consumiendo. Arleth solo podía sentir lástima, pero nada más. No tenía ningún otro sentimiento hacia el barón.

—Es mejor que regresemos. Se está haciendo muy tarde.

Se despidieron de los condes y se fueron a la casa que Richard había comprado en Grovensor Square. No era una mansión tan grande como la de los condes, pero Arleth se sentía bastante a gusto. Tenía su propio hogar, pronto sería una familia completa. Nunca pudo imaginar que la vida le sonriera tanto luego de aquella noche que huyó de su casa buscando un futuro mejor.

—¿En qué piensas? —preguntó él a su lado en el carruaje. La estaba abrazando. Hacía tiempo que se había vuelto una costumbre viajar así.

—En cómo mi vida dio un giro tan bueno en tan poco tiempo, ¿no es maravilloso?

—Considerando que te topaste con nosotros en el camino, sí, lo es. Esos giros nunca son buenos.

—Querrás decir que no comienzan bien, pero sí terminan de forma favorable. No veo a tus hermanos infelices.

Richard lo consideró un momento.

—Supongo que tienes razón.

—Además, las cosas mejoran con el tiempo. Al menos, no ha habido más intentos de asesinato.

Él rio.

No, gracias a Dios no había habido más problemas similares. Las cosas en el parlamento

estuvieron bastante tranquilas desde que el asunto de Caroline se resolvió con su muerte ese mismo año. Un asunto aún lamentable. Luego de haber ganado tanto apoyo por parte del pueblo, la reina lo perdió al presentarse en la coronación de Prinny y armar un escándalo cuando no la dejaron pasar. Posteriormente enfermó y murió dos semanas más tarde. El caso se cerró y el ahora rey podía seguir llevando su vida disoluta sin complicaciones.

—Solo aumentó el amor y mi deseo por ti —le susurró él y se inclinó para robarle un beso.

Arleth respondió, y cuando se separaron, ella sonreía.

—Estoy de acuerdo, aunque eso, mi querido señor Allen, no es en lo absoluto un problema.

Nota de autora.

Todos los datos aportados sobre Caroline son reales, exceptuando, por supuesto, la participación de Richard, Lord Carrik y Lord Merton. Estos últimos existieron, pero no estuvieron implicados en el asunto, al menos no que yo sepa. No obstante, la reina si fue repudiada por su marido, si hubo pleitos porque Prinny quería divorciarse, y al final ella murió poco después de la coronación. Se dice que aun hoy en día se puede leer en su lápida: *Carolina, la injuriada reina de Inglaterra.*